
Los monstruos
más crueles
llevan corbata.
ISABELLA
MARÍN
SÍGUEME

Sígueme

Isabella Marín

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Sígueme*
© *Isabella Marín*

Edición publicada en junio del 2026

Diseño de portada y contraportada: *Adyma Design*
Corrección: *Correctivia*

Índice

Índice
…por la madriguera del conejo
…en las redes
…en la vida real
…aunque no debas
…en mis fantasías
…en mi cumpleaños
…en una suite
…en París
…cuando te pida lo contrario
…una y otra vez
…aunque nadie lo comprenda
…en la obsesión
…en la convivencia
…en mi nueva vida
…fuera de nuestra burbuja
…en la desobediencia
…en la eternidad
…en lo que venga
…en el Paraíso
…al otro lado del Paraíso
…donde hay serpientes
…de vuelta a nuestro mundo
…donde hay grietas
…pese a los secretos
…como prometiste hacer
…en todas partes
…donde no puedes seguirme
…o yo te seguiré
…en la tortura

…en la ceremonia
…después
…cuando el sol se ponga a mediodía
…en la traición
Deja de seguirme, puto cabrón
Agradecimientos

…por la madriguera del conejo

Corro. Piedras, ramas secas, hojas de palmera que desgarran mi piel como cuchillas.

Nada consigue detenerme. No tengo elección. Me están dando caza como a un animal.

Sé que están ahí, ocultos en la noche. Siempre lo están. Tienen drones, cámaras, cada piedra en mi camino esconde un micrófono. El control es absoluto. El aislamiento, total.

Nadie escapa. No hay lugar seguro. Aire, tierra y mar. Todo les pertenece.

Tengo un uno por ciento de probabilidades de salir —viva o muerta— de esta isla.

Uno es mejor que cero. Pienso aferrarme a ello.

Desgarro con los brazos la vegetación salvaje que rodea el complejo y sigo corriendo. El aire me abrasa los pulmones. El tobillo me está enviando una última advertencia. No estoy segura de cuánto tiempo más voy a resistir. Los músculos se me resienten. Me duele el pecho. Estoy jadeando. Algo terroso me inunda la boca. Barro, sangre, ambas…

El bosque se cierra a mi alrededor, cada vez más denso. No sé qué hay al otro lado.

Me adentro en un territorio inexplorado, aunque dudo de que lo que haya aquí pueda ser peor que las bestias de las que huyo.

Huyo.

Es lo que estoy haciendo en realidad.

Huir. Fugarse. Desertar.

He mentido. Correr suena a elección, a alguien que sabe adónde se dirige. Huir es otra cosa. Implica miedo, y que algo te persigue.

Un dron pasa justo por encima de mí, iluminando el perímetro. Me tiro al suelo y contengo la respiración.

No existo. Soy oscuridad. Hojas muertas. Tierra.

Y durante unos minutos, mi vida entera se concentra en un zumbido.

Cuando lo oigo alejarse, el alivio es tan brutal que no consigo levantarme. Las piernas han dejado de responder. El pánico y los jadeos me vencen.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Los monstruos más crueles son los que llevan corbata.

Debo.Seguir.Moviéndome.

YA.

Me pongo en pie y vuelvo a la carrera. Resistiendo. Respirando. Jadeando. Viva, joder.

El bosque desemboca en un precipicio.

Freno en seco en el último momento y contemplo desde arriba el final de esta historia.

El que no he querido admitir.

Unas cuantas piedras se desprenden bajo mis pies. El estrépito con el que caen al vacío deja muy claro que he agotado mis opciones.

Aquí termina el mundo.

Al menos, el mío. Puedo rendirme y dejar que todo lo que me define muera en este lugar que ni siquiera sabría situar en un mapa, o puedo escoger la nada.

Me aterra incluso pensar que *esa* podría ser una opción.

¿Lo es?

Abajo todo es negro. El mar embiste las rocas en su eterno vaivén. Lo sé porque lo oigo. No veo nada. El abismo parece no tener fondo. ¿Será clemente conmigo? ¿Más que ellos?

El viento es brutal. Me corta la piel, me obliga a entrecerrar los párpados, intenta alejarme del precipicio a empujones. Está furioso. Todos lo estamos esta noche.

Ojalá hubiera alguien dispuesto a ayudarme. Pero incluso Dios me ha abandonado a mi suerte. Supongo que nunca fui su enviada. Solo tengo la naturaleza, y no se me ocurre un entorno más cruel. Obliga a los cazadores a perseguir y a las presas a luchar por su vida. Para que el ecosistema perdure, algo ha de morir.

Ese algo no voy a ser yo. Aún tengo opciones. Puedo saltar.

Ignoro qué me espera abajo. ¿Un mar suave que amortigüe mi caída o unas rocas afiladas que me hagan pedazos como a una muñeca de porcelana?

Solo hay una forma de averiguarlo.

¿Lo haría? ¿Tan desesperada estoy?

O puedo volver.

La tentación de rendirse es grande. ¿Por qué no dejar que me convenzan? Él cuidaría de mí. Podría quedarme en el Paraíso para siempre. Aún siento algo por él. No creo que sea amor. O puede que sí. El amor es un sentimiento repulsivo. Puedes controlarlo tanto como controlas el viento o las mareas.

Tendría que darle lo que me pide. Acatar sus normas. Dejar de resistirme.

Cuando pisé la isla por primera vez, creí que era el lugar más hermoso que había visto jamás. Luz, vegetación, paz... El mar no se decidía entre el turquesa y el esmeralda. La arena blanca y fina calentaba las plantas de mis pies. Olía a salitre. El tiempo no significaba nada. Tenía lo que quería: a él.

Debería haber sabido que algo tan perfecto no me saldría gratis.

La muerte es el precio que hay que pagar para entrar en el Paraíso. Se exige un sacrificio. Otras lo hicieron.

Él dice que yo no soy como las demás.

Tiene razón. Me niego a aceptar ese final. Supongo que soy una rebelde, después de todo.

O una puta mártir. Está por ver.

Retrocedo sin perder de vista el precipicio. Aguardo unos segundos, con el pulso en los oídos y la adrenalina disparada.

Saltar. Morir. Vivir. Rendirse. Obedecer. Luchar.

Cuesta decidirse. Te lo juegas todo a una sola carta.

Y el tiempo vuela.

—*Tempus semper fugit* —le susurro al viento.

Estallo en carcajadas. Estridentes. Desesperadas...

Porque me ha encontrado.

Por supuesto que sí.

Soy la presa que trazó su propio cerco. Correr siempre me devolverá al punto de partida. Esto es un círculo. Un reloj. Doce

agujas en constante movimiento. Tic tac, tic tac, tic tac.

Basta de mentiras. No tengo dos opciones.

No tengo ninguna.

—Willa. ¿Qué haces? Apártate del precipicio.

Hay rabia en su voz, pero yo me deleito en lo que esconde debajo, en su pánico.

Me quiere viva. Suya por toda la eternidad.

Y una mierda, cabrón.

Le saco el dedo, echo a correr por última vez y salto. Decido yo.

Por fin.

—¡WILLA!

No llega a atraparme.

Me fundo con la oscuridad y con el viento inmisericorde.

Soy Alicia cayendo por la madriguera del conejo. Soy tú. Soy todas ellas.

Esta no es una historia de amor.

Aunque al principio lo parecía.

...en las redes

En Londres llevábamos quince días sin ver el sol. Me pregunté si se había marchado a algún lugar mejor. Soleado, quizá.

No podía quitarme de la cabeza una foto que había visto en el Instagram de alguien. Arena blanca, agua turquesa, cero presencia humana...

Lástima que no estuviera ahí.

La sala en la que me encontraba estaba llena. Treinta personas esperaban que dijera algo interesante. Qué desperdicio para todos.

Eran las seis de la tarde.

A mi espalda, la lluvia torrencial convertía las calles en ríos. Lo sabía sin necesidad de mirar. Notaba el frío que emanaba del cristal.

La playa quedaba tan lejos que, al igual que el sol, no sabía si existía de verdad.

Ocho segundos. Es el tiempo de atención medio de un ser humano hoy en día. Menos que el de un pez de colores, según dicen.

Así que tenía exactamente ocho segundos para convencerlos de que valía la pena escucharme.

—Nos llamaron la Generación Zeta —empecé desde mi atril—. Nacimos después de la caída del Muro y aún llevábamos pañales cuando derrumbaron las Torres Gemelas y el mundo se vio obligado a declararle la guerra al terrorismo. Aterrizamos en plena era digital. Nuestras madres chateaban en el MSN mientras esperaban el aumento de las contracciones. No os riais. No es broma. Todo el mundo lo usaba a finales de los noventa.

Se produjo una pequeña pausa. Me quedé en blanco. Bajé la mirada hacia la chuleta y busqué deprisa el párrafo en cuestión. No me costó localizarlo. Memoria visual.

—Hay quienes dicen que somos la mejor y más preparada de las generaciones —proseguí, levantando la mirada hacia mis oyentes con una sonrisa leve—. Que, a diferencia de nuestros antepasados,

los estigmatizados, individualistas y aburguesados *millennials*, hemos avanzado en materia de igualdad, derechos humanos, tecnología y tolerancia. Decimos *no* al machismo, *sí* a la diversidad y, por supuesto, protestamos por cualquier cosa. ¿Habéis visto las redes últimamente?

Sus risitas me hicieron detenerme.

Aproveché para cuadrar los hombros. Buscaba proyectar una pose relajada, parecer cercana. Es lo que hacen los buenos oradores.

Todo estaba ensayado. Incluso las pausas. Sabía cuándo debía mirar hacia la derecha. Cuándo enfocar un rostro a mi izquierda. Cuándo sonreír. Yo era como ellos. Una de ellos.

Y me estaban escuchando.

—Nos tildan de irreverentes porque nos lo cuestionamos absolutamente todo. No nos satisfacen respuestas del tipo *porque así lo hemos hecho siempre.* Disculpad si pretendemos mejorar el sistema. No es rebeldía ni anarquismo. Es que nosotros tenemos algo que las demás generaciones no tenían: información. Algoritmos complejos, *gigabytes*, cada vez más y más velocidad de red. Los datos están en todas partes, a un solo clic de distancia. Lo que quieras, cuando lo quieras. Pregúntaselo a ChatGPT y te lo dirá. Sé que lo hacéis. Lo veo en vuestros ojos. Preguntáis gilipolleces como… ¿*cuál es la criptomoneda que más va a subir este año?* ¿A que sí?

La sala entera se echó a reír. Incluido el CEO, que era el tipo más seco que había visto en toda mi vida.

—La información, al menos la que se os puede dar, está siempre ahí, a vuestro alcance, pero tenéis que aprender cómo exprimirla. El primer bloque de este seminario se centra en redes sociales. El segundo, en cómo trabajar con la IA. Ya sé lo que estáis pensando, zetas. Que el primer bloque está chupado. Subís fotos a Instagram todos los días y eso os convierte en expertos. Igual que conducir a diario en hora punta por la A40 me convierte a mí en piloto de Fórmula 1, ¿verdad? De eso nada. Me llamo Willa Cassidy y vuestros jefes me han contratado para convenceros de que no, no lo sabéis todo. Ese es, literalmente, mi trabajo.

*****

Acabé el seminario unos cuarenta minutos después. Los nuevos empleados salieron en estampida. Ni que el edificio estuviera ardiendo. Sonreí a los jefes a través de las gafas de montura negra —que solo me ponía cuando estaba delante de una pantalla o si pretendía parecer más interesante de lo que era—. El CEO me dijo que había sido *una charla productiva.* Farfullé una especie de agradecimiento.

Al quedarme sola en la sala, amontoné mis cosas en el bolso, me guardé las gafas en el estuche y, con el móvil en la mano —típico de los zetas—, apagué las luces y eché a andar hacia el ascensor.

El edificio parecía estar vacío.

Y, sin embargo, tenía la molesta sensación de que alguien me vigilaba, de que me había convertido en el objetivo de unos ojos.

Miré atrás, por si había algún rezagado. No vi a nadie, solo un pasillo en penumbra.

La cámara de la esquina me apuntaba de lleno. Me la quedé mirando, desafiante. No tenía forma de saber si alguien me estaba viendo al otro lado. La luz roja parpadeaba, rítmica e invariable.

Me sobresalté cuando se abrió el ascensor, lo cual era ridículo. Tenía veinticuatro años. Un poco mayor para tenerle miedo a la oscuridad, ¿no? Entré, presioné el botón de la planta -2 y me volví. La cámara seguía enfocándome. Le lancé un beso, y entonces se movió. Lo justo como para responderme.

Te estoy vigilando.

Se cerraron las puertas y el ascensor bajó deprisa. Acabé esbozando una sonrisa.

*****

Llamaron al timbre.

Dejé la copa de vino sobre la mesa y me dirigí a la puerta. Estaba descalza, solo llevaba puesta una camiseta que me llegaba hasta la mitad del muslo, y notaba el suelo frío del apartamento bajo mis pies.

Abrí. No recordaba haber quedado. Aun así, le sonreí al hombre alto y moreno que tenía un brazo apoyado contra mi marco.

—Hola —dijo mientras repasaba mi indumentaria con mirada juguetona.

Creo que nunca me había visto tan hogareña. Yo no era la realidad de nadie, era la fantasía, la que se ponía lencería sexy.

—Hola. No te esperaba esta noche.

—Ya lo veo. No llevas maquillaje.

—No tenía a nadie a quien impresionar.

Se le arrugaron las comisuras.

—Estás guapa.

—Y tú.

Se llamaba Alex.

No éramos novios. Solo nos lo montábamos cuando conseguíamos cuadrar agendas, algo que ocurrió justo después de nuestro breve intercambio de palabras.

Me besó nada más echar yo el cerrojo, lo besé de vuelta y mi camiseta acabó en el suelo, al lado de su pretenciosa camisa.

Alex era abogado. Me sacaba unos diez años. Puede que doce. Lo había conocido ocho meses atrás en el trabajo. Fui a su bufete a enseñarles cómo sacarle partido a la IA y conectamos enseguida. Me pareció guapo. Seguía pareciéndomelo. Diferente a los tíos con los que me había enrollado antes.

Me había pedido salir en un par de ocasiones —fuera de mi apartamento, quiero decir—, pero no me interesaban las relaciones. No es que buscara sexo. Solo la paz que llegaba después.

Y ser como los demás.

Acostarse con Alex era como cenar en un restaurante conocido en el que ya no te molestas en mirar la carta. Siempre pides el mismo plato de comida. Nunca ocurría nada nuevo o interesante. Solo dos cuerpos intentando liberarse lo antes posible. Conocíamos la técnica y la ejecutábamos de forma eficiente.

Al rato se marchó, y yo volví a sentarme en el sofá, con el vino y el móvil.

A veces miraba alguna serie. Ahora no me apetecía ver nada.

Vivía sola. Estaba orgullosa de poder pagar el alquiler. Disfrutaba de mi independencia, de mi espacio, aunque se tratara de solo treinta metros cuadrados en un barrio tan lejano que a veces me preguntaba si aún vivía en Londres.

El timbre me interrumpió de nuevo.

Después del sexo, llegaba la cena. Todo lo sirven a domicilio hoy en día.

*****

Estaba navegando por Instagram cuando me topé con su perfil. Algo hizo que mi dedo dejara de deslizarse impaciente por la pantalla. Creo que tardé menos de tres segundos en pulsar sobre su foto en miniatura.

Enseguida se agrandó.

Un par de ojos oscuros me devolvieron una mirada tan fija y penetrante que sentí un tirón inexplicable en el estómago. Era guapo. Demasiado, quizá. La clase de tío que nunca conocerías en el mundo real.

Tenía el aspecto de alguien que no puede pedirle nada más a la divinidad. Mandíbula limpia, pómulos marcados, labios llenos que no sonrían y, a pesar de ello, insinuaban una leve diversión, casi irónica.

Al observar con más atención la curva medida que le asomaba en las comisuras, tuve la sensación de que se estaba riendo de todos nosotros hacia sus adentros.

No tardé en comprobar las demás fotos, en recabar información.

No tenía sentido que la aplicación me lo sugiriera. No había seguidores en común. Él vivía en Santa Bárbara. Un completo extraño. El algoritmo debía de saber algo que yo ignoraba.

Ni siquiera era *influencer*.

Se llamaba Viktor. Prefería Vik.

Averigüé un montón de cosas sobre él. La información está ahí. Y yo sabía cómo exprimirla.

Le encantaba navegar. Hacía senderismo. Pilotaba una avioneta. Jugaba al baloncesto con sus colegas. Decía estar soltero. No me lo

creí ni por un segundo. Ese se llevaba a una tía nueva a la cama cada noche.

Le gustaban las artes marciales.

Me recreé en una foto que alguien le había sacado en el gimnasio. El pelo, oscuro y rebelde, le caía sobre la frente. Su gesto era de absoluta concentración. Estaba ahí al cien por cien, implicado en lo que hacía.

Y era evidente que sabía pelear. Se notaba en cómo sostenía el cuerpo. Vi control, fuerza, disciplina. No miraba a la cámara. Nada de exhibición. No era esa clase de perfil.

Estaba enganchada. ¿Quién era ese tío? ¿A qué se dedicaba? ¿Le gustaba su vida?

Tenía millones de seguidores en Instagram y un velero.

Pues claro que le gustaba su puta vida.

Lo seguí. No es que lo decidiera. Decidir implica una acción deliberada. En mi caso fue un gesto involuntario.

Es así de simple. Presionas un botón sin pensar y, en una décima de segundo, en algún lugar del mundo, a través de ondas y algoritmos que no entiendes ni te importan, se crea una conexión instantánea entre un desconocido y tú.

Ahora él ya sabe que existes.

Este monstruo lo hemos creado nosotros.

…en la vida real

Maya era mi única familia. Tenía una madre con la que no hablaba desde hacía año y medio. No me había perdonado que dejara Medicina. Para dedicarme a… ¿qué exactamente? Cursillos para adultos. Lo soltaba con el mayor de los desprecios. Lo de los seminarios corporativos no le parecía un trabajo de verdad. Era una fase en el mejor de los casos.

Cuando se es neurocirujana, cualquier cosa te parece insuficiente.

Mi madre era una eminencia en su campo.

Mi padre también lo era —en cardiología— antes de que ella se lo cargara.

Conducía el coche. Él murió. Yo dejé Medicina.

Una copa de vino lo desencadenó todo. Si hubiese estado sobria, habría encontrado la forma de perdonárselo.

Quizás.

No es que intentara disculparse, de todos modos. Fue un accidente. Lo provocó el otro coche al saltarse el stop. No era culpa de nadie. Las cosas ocurren sin más.

Yo solo sabía que *ella* había bebido. Que estaba cansada después de una operación de siete horas. Que era una psicópata. Que me había quitado a la única persona que me quería y apoyaba.

Llegó Maya, corriendo y ruborizada, y dejé de pensar en ello.

—Joder, lo siento. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Tranquila. Acabo de llegar —mentí. A veces es bueno mentir—. ¿Vamos dónde siempre?

—Sí. Necesito una copa lo antes posible.

—¿Un día duro?

La miré mientras nos abríamos paso entre la gente. Llevaba el pelo rubio recogido de cualquier manera, y tenía unas ojeras horribles, violáceas.

—Las putas guardias me tienen frita. No duermo, no como, no cago… Ya ni menciono el follar. Me parece que he vuelto a ser virgen.

Se me escapó una risita.

Maya llevaba dos años de residente en urgencias. El NHS no era un trabajo. Era una condena.

Yo podría haber tenido la misma vida que ella.

—Y tú, ¿qué? ¿Cómo te va con los seminarios?

—Va.

No insistió. Puede que, al igual que mi madre, pensara que se trataba de una fase.

Ella siempre había sido la sensata. No porque llevara en el mundo quince meses más que yo, sino porque se le daba mejor seguir el camino recto.

A mi madre le hubiera encantado tenerla de hija. Alguien tan tenaz y ambiciosa como ella. Qué maravilloso. No le quedaba otra que conformarse conmigo. Me regodeé al pensarlo.

Puede que lo de los seminarios fuese una fase, después de todo. Puede que buscara castigarla.

Abrí la puerta del pub y dejé que ella pasara primero. Me lo agradeció con una sonrisa exangüe.

Nos sentamos en la primera mesa libre que pillamos, pedimos nachos con queso y unos *Aperol*.

La tele colgaba suspendida en un rincón —la BBC, titulares que nadie leía—, y por los altavoces *Wham!* hacía lo que podía por animarnos.

Maya y yo nos miramos sin saber muy bien qué decirnos. Creo que las dos habíamos tenido un día absurdo.

—Dos *Aperol* para dos chicas guapas —me sobresaltó el camarero.

Mi amiga se bebió el suyo con la rapidez de alguien que realmente lo necesitaba.

Le hice un gesto al hombre y enseguida le trajeron otra copa.

—Y, por lo demás, ¿cómo te va? —preguntó por fin.

Me encogí de hombros.

—Poco que contar. Necesito vacaciones.

—¿Y quién no? ¿Aún te ves con Alex?

—De vez en cuando.

Sorbió de su copa. Parecía dispuesta a saborearla esta vez.

—¿Te gusta?

Pensé en ello. ¿Me gustaba, o era otra fase?

—No lo sé. Sí, me gusta.

—¿Te ves saliendo con él en el futuro? Quiero decir… ¿fuera de tu apartamento?

—Solo si deja a su novia.

Se echó a reír.

—No deberías joder con gente que tiene novia.

—Sinceramente, no debería joder con gente en general.

Me clavó una mirada penetrante en las retinas.

—Sigues sin pillarle el truco al sexo, ¿eh?

Me recogí el pelo castaño, me lo retorcí y lo sujeté en la nuca con la goma que llevaba en la muñeca.

—No es que no lo disfrute. Solo que no entiendo a la gente que hace un mundo de ello. No es para tanto.

—Si recordara cómo es, podría opinar.

Me reí, y ella también.

—Oye, ¿qué fue de ese paramédico cachas con el que te enrollabas antes?

Hizo una mueca.

—Descubrí que está casado.

—Típico de los tíos. Todos los que valen la pena están casados.

—*See.* Por eso alguien los ha retirado del mercado. Te están escribiendo.

Cogí el móvil, y de repente el bar se convirtió en un decorado. Maya era un decorado. Mi vida entera era un puñetero decorado.

Lo único que parecía real era su nombre en mi pantalla.

Vik.

Hacía semanas que lo seguía, y por algún motivo ahora me estaba escribiendo.

Vik: Así que dejaste medicina.

Yo: Así que miras perfiles de desconocidas.

Vik: Solo los interesantes.

Yo: ¿El mío lo es?

Vik: No lo sé. Intento averiguarlo.

Yo: Qué honesto.

Vik: Suelo serlo. ¿Por qué lo dejaste?

Yo: Eres un poco directo, ¿no crees?

Vik: También podemos hablar del tiempo.

Yo: Me aburrirías. En Santa Bárbara siempre hace sol.

Vik: Ja ja ja. ¿Quién mira perfiles de desconocidos ahora?

Yo: Me has pillado. Puede que haya fisgoneado un poco en el tuyo.

Vik: ¿Por qué?

Yo: No lo sé.

Vik: Yo creo que sí lo sabes.

Yo: Ah, ¿sí? ¿Y qué crees que sé?

Visto a las 22.51.

Esperé.

Recargué.

Volví a esperar.

Al final puse la pantalla bocabajo para dejar de comprobarla todo el rato. Estaba decepcionada. Había entrado fuerte y luego se había esfumado.

A lo mejor había decidido que yo no era interesante.

Él era el tipo de hombre para el que se había inventado Instagram. Yo, alguien que dejó Medicina y ahora impartía seminarios por las empresas de Londres. No teníamos mucho en común. De hecho, no teníamos nada. Él pilotaba avionetas. Lo más arriesgado que había hecho yo en toda mi vida había sido irme a la campiña en plena época de garrapatas. Y porque mis padres me habían arrastrado.

Maya también estaba con el móvil cuando la miré. Las redes te absorben.

—¿Pedimos otra?

Intenté sonar animada.

—Claro. Perdona. Estaba hablando con Maud.

—¿La profe de pilates?

—Mm-hm.

—¿Cómo le va?

—Pues verás qué drama.

Fuimos las últimas en salir del bar.

*****

Estaba acostada cuando me llegó su contestación. Eran las cinco de la mañana.

Vik: Creo que te gusto.

Me cubrí el labio inferior con los dientes y sonreí. No pensaba contestarle. Era mejor que probara de su propia medicina.

Apagué la pantalla, pero enseguida volvió a encenderse. Otro mensaje de él. Tardé medio segundo en abrirlo.

Vik: Que duermas bien, Willa. Y, si sueñas conmigo, espero que sea un sueño satisfactorio.

Me reí por lo bajo, envuelta en mi edredón.

Era gracioso. Y muy arrogante. No pensaba soñar con él. ¿Para qué? Nunca lo conocería. Nuestro coqueteo solo podía acabar en sexo telefónico. Tarde o temprano me enviaría una foto de su polla.

Vivíamos en continentes distintos. Mejor lo dejábamos ahí.

Pero no había estado mal. Era la primera vez que reía sin que algo me apretara el pecho.

Lo dejé en visto y no pensé más en él. Yo estaba en el mundo real. Él no existía fuera de mi pantalla. No era una persona de carne y hueso. Solo una idea, una fantasía. Un sueño del que me acabaría despertando.

Al día siguiente me di cuenta de que él también me seguía. No hablamos más.

…aunque no debas

Se echó novia a las pocas semanas. Una actriz de cine que subía millones de fotos de ellos dos juntos. Lo etiquetaba en todas. Fiestas, estrenos de películas, restaurantes, yates… Hacían muy buena pareja. Ellos estaban en su mundo dorado, con sus alfombras rojas y su vida extravagante, y yo en el mío, gris y real. No hay nada más gris y real que Inglaterra en pleno invierno.

Alex me pidió otra cita. Había roto con su novia mientras tanto. Esta vez le dije que sí.

Fuimos a uno de mis restaurantes favoritos. Me dejó escoger el lugar. Me gustaba eso, que no intentara imponerme nada.

Pedimos pasta y vino.

Era un napolitano auténtico, cerca de mi casa.

De postre hubo fresas al vino. En enero. Me parecieron lo más exótico que había visto en semanas fuera de la pantalla, lo cual decía bastante del estado ruinoso de mi vida.

Alex sujetaba mi mano por encima de la mesa. Estaba tranquila, casi feliz.

Entonces, vibró el móvil.

Era él. *Él.*

Vik: Hola, Willa.

Después de casi dos meses. *Hola, Willa.* Sin más.

Y a mí se me disparó el pulso.

Me concentré en la mano en Alex. En las fresas. En el vino. En el olor a ajo que salía de la cocina.

Lo intenté, pero lo oía en mi mente.

Hola, Willa.

Grave, tranquilo, con los labios casi pegados a mi oreja. Me estremecí. Era ridículo. Ni siquiera sabía cómo sonaba su voz.

Lo único que tenía claro era que mi cuerpo reaccionaba ante aquella fantasía como nunca había reaccionado ante nada real.

Al otro lado de la mesa, mi cita seguía en una conversación de la que yo me había desconectado.

No iba a contestarle. No iba a hacerlo.

—¿Te lo puedes creer?

Parpadeé y me obligué a seguir ahí.

—Cuesta hacerlo.

—El principal problema es que…

Lo ignoraría. ¿Qué sentido tenía responderle?

—Lo siento, ¿me disculpas un segundo? Tengo que atender esta llamada. Es del trabajo. No tardo nada, lo prometo.

—Tranquilo.

Salió a la calle y yo me abalancé sobre el móvil.

Yo: ¿Qué te cuentas, Vik?

Vik: No mucho. Solo que no puedo dejar de pensar en ti. ¿Sigues sin saber por qué dejaste medicina?

Yo: Sigo pensando que no es asunto tuyo.

Me mandó un guiño.

Alex regresó enseguida. Me dijo que ya podíamos marcharnos. La cuenta estaba pagada.

Cogí la cazadora y lo seguí. Decidí guardarme el móvil. Era lo mejor.

Fuera hacía un viento húmedo. Alex me cogió de la mano y echamos a andar hacia mi apartamento. Apenas le prestaba atención.

En el ascensor, me besó. Su lengua sabía a fresas y a vino. El móvil me pesaba en el bolsillo.

Entramos. Él se quitó el abrigo, la chaqueta y se aflojó el nudo de la corbata. Yo solté mi cazadora sobre una silla y me deshice de los botines.

—Voy a abrir otra botella de vino —le dije, de camino a la cocina abierta—. No deberíamos follar esta noche.

—¿Por qué no? ¿Estás con la regla?

—No. Pero es nuestra primera cita.

Se echó a reír. Lo hizo con ganas.

El móvil vibraba todo el rato. Tenía varias notificaciones. Una era de él.

Vik: ¿Qué plan tienes para hoy?

—¿Pongo una peli? —me preguntó Alex desde el sofá.

Era difícil estar en dos mundos a la vez.

Fui hasta él, le di la copa y un beso en la mejilla sin afeitar.

—¿A qué viene esto? —me preguntó, divertido.

Yo nunca daba muestras de cariño innecesarias. Era hija de mi madre. Mi madre, la que podía extirparle a alguien un tumor del cerebro sin parpadear. Sin que le temblara el pulso.

—A nada. Hagámonos un *selfie*.

—Muy bien.

Me senté en su regazo, lo volví a besar, esta vez muy cerca de la comisura de la boca y saqué la foto sin mirar a la cámara.

Se la mandé a Vik mientras Alex buscaba una película.

Contestó enseguida.

Vik: ¿Vas a acostarte con él esta noche?
Yo: ¿Y tú con ella?
Vik: Quizá.
Yo: Quizá yo también lo haga.
Vik: Bien.

No volvió a decir nada hasta la madrugada. Entonces:

Vik: Estabas guapísima con ese vestido. Ojalá te lo hubieras puesto para mí.

Me arrastró de vuelta, cuando me había prometido a mí misma que no volvería a caer.

*****

Empezamos a escribirnos a diario. Me costaba despegarme de la pantalla.

Vik era gracioso, listo y tenía esa extraña cualidad de hacer que todas las demás personas a mi alrededor parecieran menos interesantes que él.

Nuestras conversaciones duraban horas. Nunca me preguntaba banalidades. No quería saber qué llevaba puesto ni me pedía que lo ayudara a correrse. No recibí ni una fotopolla por su parte.

Lo encontré admirable. Me había topado con cada alimaña que las redes podían ofrecer. Él era diferente. Me gustaba que lo fuera.

Me gustaba más de lo que me convenía.

No estaba loca. Sabía que no era real, que Vik era una fantasía que solo existía en el mundo virtual.

Pero saberlo no me impedía abalanzarme sobre el móvil cada vez que se encendía la pantalla.

Y se encendía todo el rato.

Vik: ¿Qué haces?

Yo: Mirar el móvil. ¿Y tú?

Vik: Pensar.

Yo: ¿En qué?

Vik: ¿A todos los ingleses os gusta Shakespeare?

Yo: No lo sé. No conozco a todos los ingleses.

Vik: ¿Te gusta a ti?

Yo: ¿Puedo serte sincera?

Vik: Siempre.

Yo: Jamás he leído a Shakespeare. Hacía trampas en el instituto. Buscaba el comentario literario en internet y me lo aprendía de memoria. Hoy en día puedes saber el argumento de cualquier historia sin habértela leído.

Vik: Qué alivio. Creía que era el único. Nunca entendí a Shakespeare.

Yo: ¿Qué parte no entiendes?

Vik: La parte en que se supone que tengo que fingir que lo entiendo delante de gente que tampoco lo entiende.

Yo: Esa es la peor parte. La detesto.

Vik: ¿Qué parte te cuesta a ti?

Yo: La parte en la que todo el mundo muere y se supone que es bonito.

Vik: Ya. Esa parte es odiosa.

Yo: Me voy a la cama.

Vik: ¿Por qué?

Yo: Es tarde. Estoy cansada.

Vik: Ojalá viviéramos dentro de la misma franja horaria.

Yo: Pero no es así. Buenas noches, Vik.

Vik: Buenas noches, Willa.

Soñaba con él. Tenía fantasías eróticas. Hablábamos de todo, de la vida, de la muerte. De todo, menos de nuestras parejas, a quienes estábamos traicionando en cierto modo.

Yo sabía que él aún salía con ella.

Él debía de saber que yo estaba con Alex. Nunca subía fotos nuestras como pareja, pero había pequeños detalles. Dos copas de vino blanco al lado de un bol de fresas. Dos entradas para un concierto.

Vik tampoco subía fotos de su novia. Era ella la que no dejaba de etiquetarlo. Él, no. Él me escribía a mí.

Vik: ¿Qué querías ser de mayor?

Yo: Cirujana. Ya ves lo bien que me salió.

Vik: ¿Y antes de eso?

Yo: ¿A qué te refieres?

Vik: A qué querías ser antes de que alguien te dijera lo que debías querer.

Siempre me dejaba reflexionando.

Un día decidí preguntar yo.

Yo: ¿Eras feliz de niño?

Vik: Tenía una casa en un árbol. Me encerraba ahí cuando las cosas se ponían feas.

Yo: ¿Se ponían feas a menudo?

Vik: Bastante.

Yo: ¿Qué ocurría abajo?
Vik: Mi padre pensaba que yo estaba sordo.
Yo: Lo siento.
Vik: No lo sientas.
Yo: Mis padres también tenían broncas a veces. Yo salía a correr cuando se ponían a gritar.
Vik: ¿Aún lo haces?
Yo: Más que nunca.
Vik: ¿De qué huyes ahora, Willa?
Yo: De mí misma. ¿De quién te escondes tú, Viktor?
Vik: De todo el mundo. Menos de ti.

Eran conversaciones sinceras e interminables. Le conté cosas de mí que jamás le había contado a nadie. Ni a Maya siquiera.

Él sabía que aborté a los dieciséis años porque me daba miedo decirle a mi madre que estaba embarazada. Que un pseudo amigo me drogó en una fiesta hará unos tres años y que no recordaba nada de aquella noche. Que creía que había ocurrido algo malo, pero que prefería no saberlo. Que nunca había amado a nadie. Que me preocupaba ser como mi madre, una psicópata. Que cada año me parecía más a ella. Que había escogido esa vida porque no me exigía nada real. Podía aparecer, actuar y desaparecer cuando quisiera, sin dejar rastro.

Vik no me juzgó. No me consoló. Solo me escuchó.

Y sacar toda esa mierda de dentro me vino bien.

Él, por su parte, me contó que venía de una familia con más dinero del que nadie necesita. Que su bisabuelo había comprado una petrolera por una miseria y la había convertido en un imperio. Que las generaciones futuras no tuvieron méritos propios, se habían dedicado solamente a despilfarrar la fortuna familiar.

Me describió a su padre como una figura oscura y autoritaria a la que intentó no parecerse durante años. No estaba del todo seguro de haberlo conseguido. Algunas veces no sabía si era capaz de hacer daño a alguien a quien quería. Daño de verdad. Lo dudaba, y una duda así le parecía peor que cualquier certeza.

Él no vivía de su fondo fiduciario. Tenía una empresa de tecnología que había levantado con un préstamo. Al igual que su bisabuelo, empezó de cero y convirtió el negocio en un imperio. Lo último no lo mencionó. Lo busqué yo en Google.

Un día le dije que fantaseaba con desaparecer. No morir, solo empezar de nuevo sin tener que ser yo misma.

Vik: Estoy enamorado de ti, Willa.

Me lo soltó sin más al cabo de unos cinco meses, mientras yo parloteaba sobre un musical que acababa de ver.

Yo: No puedes enamorarte de alguien a quien nunca has visto en persona.

Vik: Estoy enamorado de tu alma.

Yo: Qué profundo.

Vik: No te rías de mí. Lo digo muy en serio.

Yo: Vik…

Vik: ¿Willa?

Me lo imaginé tranquilo, sonriendo.

Yo: No hablemos más de esto.

Vik: Deja de correr, Willa. En algún momento tendrás que parar.

Yo: No sabes lo que estás diciendo.

Vik: Claro que sí. Dejaste medicina porque te recordaba demasiado a tu madre. La odias. Crees que mató a propósito a tu padre.

Yo: Yo nunca dije eso.

Vik: Lo piensas.

Yo: No sabes una mierda sobre mí.

Vik: Te conozco. Siempre reaccionas así cuando alguien se te acerca demasiado. Te pones a la defensiva.

Yo: ¿Crees que te estás acercando? Pues déjame que te diga algo. Alex y yo hemos decidido irnos a vivir juntos.

Tardó en contestar. Puede que un minuto entero.

Vik: Te fallará. No está a la altura.
Yo: No quiero seguir con esto. Lo que sea esto.
Vik: De acuerdo.

No insistió.

…en mis fantasías

Alex y yo nos fuimos de vacaciones. Por fin sol y playa. Nunca había estado en Málaga. Parecía un sueño de los buenos.

Las calles del centro eran estrechas y antiguas. Las noches andaluzas olían a jazmín. Comíamos a las tres de la tarde en terrazas que daban al mar. Quería quedarme a vivir ahí para siempre, sin preocupaciones, sin horarios, sin pensar.

Todo el mundo hablaba alto y reía a carcajada limpia, y nadie sabía quién era yo. La luz del sol me llegaba de otra manera. Estaba *obligada* a sentirlo sobre mi piel. En cierto modo, me penetraba. Había algo voluptuoso en todo aquello.

Recostada en la tumbona, contemplando la piscina del hotel, el agua turquesa que reflejaba el cielo, me sentía como si me hubiese pasado la vida entera en la oscuridad.

Alex hacía largos.

Me hizo un gesto para que lo acompañara. Negué con la cabeza. Dio por hecho que estaba cansada y siguió nadando solo, tan feliz.

Puede que estuviera cansada.

Salíamos a cenar todas las noches y volvíamos en plena madrugada.

Al día siguiente tocaba volver a patearse las calles a pesar del calor y la resaca.

Me encantaban los patios interiores, con sus macetas apiñadas, los azulejos antiguos y los colores alegres. Me encantaba esa idea de que la mejor parte de la ciudad estaba escondida, a solo dos metros de la calle, disponible solo para aquellos que sabían cómo encontrarla. Era otro mundo.

Y el sol…

El sol se posaba sobre mi piel como una mano. Era casi obsceno.

Llevaba todo un mes sin hablar con Vik.

Me sentía como si estuviera en una clínica de desintoxicación. Como aquella vez que decidí revisar qué productos del baño me

acabarían provocando un tumor y los acabé tirando todos. Menudo alivio. Ya nunca iba a tener un bulto.

Al menos, no hasta que volví a comprar otras cremas.

*****

Alex me llevó a escuchar flamenco. Estaba un poco achispado. No dejaba de mirarme con una sonrisa a medio esbozar que solo él sabía a qué se debía.

—¿Qué? —dije al final.

—Te quiero.

No lo dices en serio.

Fue lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Yo también.

Solté lo segundo que se me ocurrió. Sonaba mejor.

Su sonrisa aumentó un poco. Alargó la mano y me rozó la mejilla por encima de la mesa.

Esa era la vida real. Alex era real. Vik era una fantasía. Vik no estaba ahí. No podía tocarlo. Más valía que lo recordara.

Puse la palma encima de su mano y le devolví la sonrisa.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué dejaste a tu novia?

—¿A qué viene esa pregunta ahora?

—Nunca hemos hablado de ello.

Se me quedó mirando.

Durante unos segundos, solo tuvimos la sensualidad oscura, casi dolorosa, del flamenco.

—Me enamoré de otra.

—Alex…

—No pude evitarlo. No soy de esos, ¿sabes?

—¿Y si vuelve a ocurrirte?

—Lo dudo.

—¿Cómo es que estás tan seguro?

—Hay cosas que solo ocurren una vez en la vida.

Pues qué deprimente, pensé.

Pero, ¿qué iba a saber yo, que nunca me había enamorado? O puede que sí. De una fantasía.

*****

Aquella noche Alex me hizo el amor. Fue atento y cuidadoso y dijo mi nombre con una ternura que me resultó casi insoportable.

Yo estaba ahí sin estarlo de verdad. Había otra persona en mi mente.

Estoy enamorado de ti, Willa.

Veía sus labios cerca de los míos.

Sentía sus manos en mi piel, en mi pelo. Sus dedos me recorrían el rostro.

Estoy enamorado de ti, Willa.

Me aferré a él con los ojos cerrados mientras Alex me follaba por los dos. Era la cosa más cruel que había hecho nunca.

Y no paré.

No podía. Necesitaba más que unas migajas. Lo quería todo.

Lo tumbé en la cama, y tomé el control. Movía las caderas por puro instinto. No había límites. Mi cuerpo por fin ardía. Solo que no era Alex quien lo había encendido, sino Vik. Sin estar presente, sin tocarme, sin besarme ni una sola vez, había despertado algo dentro de mí, no sabía si llamarlo deseo u obsesión.

Ambas cosas me parecían igual de peligrosas.

Tuve un orgasmo brutal, y luego dormí durante ocho horas seguidas. Como si todo encajara por fin.

Puede que lo hiciera.

*****

—Estoy teniendo un despertar sexual.

Maya me arqueó las cejas por encima de la taza de café. Estaba más relajada que nunca, la pillé de vacaciones. Fuera hacía sol. Estábamos en su terraza. Había heredado el piso de su abuela, y tenía el balcón lleno de flores. También heredadas. Sospechosamente vivas.

Yo era horrible con las plantas. Mi madre siempre me decía: *Willa, no tengas hijos ni plantas*.

Y yo pensaba: *lo mismo digo*, *puta psicópata.*

—Así que tu novio el buenorro ha sabido encontrar la tecla.

—No, no es cosa suya.

Mi amiga se enderezó en su silla de Ikea. Sabía que era de Ikea porque habíamos comprado aquel juego de mesa y sillas juntas, y yo la había ayudado a pintarlo de turquesa. Maya decía que el turquesa le recordaba a los veranos de su infancia. En Ikea no había nada parecido que costara menos de doscientas libras, así que pillamos lo más barato, un bote de pintura y ella consiguió lo que quería. Fue idea mía. A veces me daba por la practicidad.

—¿Qué quieres decir con que no es cosa suya?

Se lo conté todo desde el principio.

Me escuchó. El sol se acabó poniendo entre los edificios. Olía a verano. Me sentía sexy con mi vestido naranja de viscosa, mi piel bronceada y mi cuerpo renovado.

El deseo era constante desde que había vuelto de España. Alex estaba agotado. Decía tener una edad.

—Eres mayorcita. No voy a decirte que tengas cuidado. Pero ten cuidado.

—¿Por qué?

—Es un desconocido.

—No es un desconocido. Lo conocen, literalmente, millones de personas.

—Seguir a alguien en las redes no es lo mismo que conocer, Willa. La gente sigue a asesinos en serie sin saberlo, y a estafadores, y a toda clase de personajes. Las versiones maquilladas que ves en pantalla pueden no ser reales fuera de ella.

Por eso era la más sensata de las dos. Por eso y porque había acabado Medicina.

*****

Mi despertar sexual acabó en otoño. Londres se volvió brumoso y Alex empezó a trabajar hasta tarde, como antes. Estaba agotado los

fines de semana, y yo volví a mi vida gris, en mi apartamento gris, con mi trabajo gris, y todo dejó de importarme. *Otra* vez. Casi se me había quitado el bronceado. Ya no recordaba lo que era que el sol tocara mi piel.

Una noche estaba en la cama con el portátil sobre las rodillas, contestando *e-mails* de trabajo. Alguien de recursos humanos quería contratar un seminario. Alex llegaba tarde de nuevo. Llevaba semanas hasta arriba de trabajo.

Cuando se encendió la pantalla del móvil, lo cogí pensando que era él.

Pero era Vik.

Vik: ¿Eres feliz?
Yo: ¿A qué viene eso?
Vik: Es una pregunta sencilla. Y siento curiosidad. ¿Lo eres?
Yo: Estoy bien.
Vik: No te he preguntado si estás bien.

Salí de Instagram, dejé el móvil en la mesilla y le di un sorbo a mi copa de vino. No pensaba contestarle.

Lo hice en plena madrugada. Alex dormía a mi lado.

Yo: No. No mucho.
Vik: Lo sé.
Yo: ¿Y para qué me lo preguntas entonces?
Vik: Quería que tú también lo supieras.

Cabrón.

…en mi cumpleaños

Cumplía veinticinco años. Alex y Maya me habían montado una fiesta sorpresa de la que acababa de escaparme. El pub estaba en el centro de Londres. Se podía subir a la azotea. No había nadie ahí arriba porque hacía un frío de narices. Por fin un sitio en el que no había nadie.

Apoyé las manos en la balaustrada y contemplé la ciudad, las luces amarillas que se extendían hasta donde alcanzaba mi vista.

Nueve millones de personas ahí abajo, cada una con sus propios problemas y sus desastres.

¿Alguien era feliz?

Me envolví en el abrigo de Alex, lo primero que había pillado antes de salir corriendo, y respiré hondo. La ciudad siempre olía a lluvia, aunque no lloviese.

El ruido sordo del tráfico era reconfortante. Intenté concentrarme en él para evitar pensar en chorradas.

—Feliz cumpleaños, Willa.

Me quedé paralizada. Esa voz se le parecía demasiado a la que yo había estado imaginando.

Pero era absurdo. No, no podía ser.

Me giré, con el corazón desbocado.

Sí podía ser, porque *él* estaba justo ahí. Mirándome. Tan tranquilo.

Oscar Wilde decía que a veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto y que, de pronto, toda nuestra vida se concentra en un solo instante. Un momento en el que la vida da un giro total y lo que había antes ya no existe.

Lo reconocí mientras ocurría. Mientras yo lo miraba a los ojos y él me aguantaba la mirada con ese sosiego que parecía caracterizarlo, y los ruidos de la ciudad a mis espaldas se difuminaban hasta convertirse en un eco lejano e irrelevante, supe que Vik iba a dinamitarme la vida.

Y le sonreí.

—Hola.

—Hola —me dijo con voz suave.

Había construido una versión de él en mi cabeza, una adaptación detallada y conveniente. La realidad no se le parecía demasiado. Era más alta, más brutalmente atractiva, con una mirada aún más intensa que me recorrió entera, como si mi cuerpo fuera un código encriptado que solo él sabía interpretar. Me tocó por todas partes sin moverse del sitio. Yo quería que se moviera, quería abrazarme a su pecho.

Pero se mantuvo inmóvil, con las manos en los bolsillos. Estaba arremangado, pese al frío que hacía. La tela de su camisa blanca se movía con el viento. Mi pelo, también.

—Tomemos algo —propuso tras un tiempo incalculable.

Y yo lo seguí.

¿Hacia dónde? No tenía ni idea. Me cogió por la muñeca y yo me marché con el abrigo de mi novio.

Anduvimos por la calle en silencio. Lo miraba todo el rato. Me sentía mareada. Como cuando el suelo se mueve tan deprisa que tardas un segundo de más en comprender que te encuentras en medio de un terremoto. Ese segundo es vital para ponerse a salvo. Yo no me moví.

Sí, lo hice. Para cruzar la puerta que él acababa de abrir para mí. ¿Adónde conducía? Creo que ni siquiera me lo planteé. Lo habría seguido a cualquier parte.

El bar era moderno. Diferente a los sitios que solía frecuentar. Yo acostumbraba a escoger *pubs* que olían a rancio. Aquí las luces eran bajas. La gente vestía bien. Sonaba la clase de música que hace que quieras perder la cabeza.

Vik pidió una botella de champán. Del de verdad. También pidió un postre.

—Con chocolate —le especificó al camarero.

Estaba fascinada. Lo miraba como mirarías algo hermoso que no pertenece a este mundo.

Se sacó una vela morada del bolsillo, la clavó en el trozo de pastel y la encendió con un mechero. Venía preparado.

—Pide un deseo.

Me lo quedé mirando. Sus ojos oscuros, las luces y las sombras del local jugando sobre su rostro apuesto, lo serio que estaba. Se lo tomaba como si fuera algo muy importante.

—No sé qué pedir.

—Algo que desees de verdad.

Me lo pedí a él.

Luego apagué la vela.

Vik esbozó una sonrisa de lado, pequeña, apenas perceptible.

—Así que veinticinco. ¿Te sientes sabia?

—No mucho. ¿Y tú?

—No recuerdo lo que sentí al cumplir tu edad. Fue hace tiempo.

—Dime qué sientes ahora.

—¿Ahora? Ganas de besarte.

Sus palabras me atravesaron. Yo sentía lo mismo. Necesitaba desesperadamente besarlo.

Nadie se movió. Mis ojos no se apartaron de los suyos.

—¿Qué haces en Londres?

—Tenía que cerrar un trato.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Por tu Instagram.

—¿Y cómo supiste que estaría en la azotea?

—Intuición. ¿Dónde iba a estar una chica que siempre huye?

—Yo no huyo.

—No. Tú corres. Suena menos peligroso.

Dejé pasar unos segundos. Supongo que lo estaba asimilando.

—¿De qué crees que huyo?

—De lo que sientes. De lo que más deseas.

Era directo. Demasiado, a veces.

Me presioné la boca con los nudillos. Un gesto de cuando era niña. Detrás, sonreía.

—¿Qué crees que deseo?

—¿Sinceramente? Ganas de devolverme el beso.

Le mostré mi sonrisa.

Después, me tomé la copa de champán y me comí la tarta. Yo sola. Él apenas la probó.

—Gracias por esto. Necesitaba…

—¿Algo más íntimo?

—Supongo que sí.

—Había mucha gente en tu fiesta.

—Demasiada —admití, colocándome un mechón de pelo tras la oreja. Sonrió para sí al fijarse en mi gesto—. ¿Qué?

Negó. Algo en su mirada se había calentado.

—Me gusta mirarte. Me fascina.

—No estoy haciendo nada fascinante.

—Cada cosa que haces es fascinante.

Callé unos segundos.

Lo miré.

Volví a ocultar la sonrisa tras los nudillos.

—Se me hace raro esto —dije al final.

Frunció el ceño.

—¿El qué?

—Estar aquí contigo. Descubrir que eres real.

—¿Hasta ahora pensabas que no lo era? —me replicó, divertido.

—Cuando era pequeña, muy pequeña, *realmente* pequeña, me preguntaba cuánto dinero habían pagado mis padres para que esa gente viviera en el interior de nuestra televisión. Debía de ser mucho para que les compensara abandonar a sus familias.

Vik se mordió el labio. Intentaba no reírse.

—Mm-hm.

—Tú eras la gente del interior de mi móvil. Y ahora estás aquí. Podría tocarte.

—Pero no lo estás haciendo.

—¿Te gustaría?

Contuvo la sonrisa. Sus ojos estaban en los míos. No me respondió. No hacía falta.

—¿No te ha ocurrido lo mismo conmigo? —le pregunté al cabo de unos segundos. Necesitaba volver a un terreno más seguro.

—No. Para mí siempre has sido real, Willa.

Me pidió que lo acompañara a su hotel. Que pasara ahí la noche de mi vigesimoquinto cumpleaños. Me aterraba lo mucho que quería decirle que sí.

—No puedo hacerlo. Estoy con Alex, ya lo sabes.

—Mañana.
—Vik…
—¿Willa?

*****

Aquella noche soñé que la pared de nuestro salón se llenaba de bichos. Era repulsivo. Y enseguida llegaron unas moscas grandes, horribles, que arraigaron ahí en nidos como de avispa, atraídas por una plaga de la que se alimentaban.

Nada consume sin ser consumido. Todo ser vivo tiene su depredador, algo que llega después, observa paciente sus movimientos y, cuando los tiene estudiados, ataca y aniquila. En la naturaleza no existe el mal. Es cuestión de equilibrio.

Las moscas resultaron ser peores. Devoraban no solo a los bichos, también se comían la pared.

Y ahí estaba yo mientras ellas descubrían las feas entrañas del apartamento, los hierros enredados como venas, las vísceras, el putrefacto esqueleto de la casa.

No hice nada. Solo miré el agujero.

Me desperté sudando.

Tardé unos segundos en comprender que lo que sentía a mi alrededor eran los brazos de Alex, protectores, alejándome de mi pesadilla.

—Chiss. Tranquila, cariño —murmuró con los labios pegados a mi sien—. Solo es un mal sueño.

Al día siguiente había quedado con Vik en su hotel.

…en una suite

Me quedé parada en el umbral. No era mi mundo. Supongo que lo supe en recepción, cuando me ofrecieron una toalla caliente para las manos, un té de jengibre y unos *macarons*, que me comí mientras alguien avisaba al señor Baumann de mi llegada.

Esperaron a que me terminara el té, y entonces un joven uniformado me condujo hasta la suite. La puñetera suite del hotel más caro de Londres.

La había visto por la tele una vez. A veces a la gente normal se nos enseña el mundo al que nunca podremos acceder. Así estamos entretenidos.

Verlo en pantalla me impresionó, aunque no tanto como en la vida real.

No entendía cómo podíamos seguir en Londres si no llegaba ningún sonido del exterior. Nueve millones de personas ahí fuera. ¿Nada? ¿En serio? ¿Ni un maldito claxon?

La suite era enorme. Las paredes estaban forradas de seda de color marfil. Una araña de cristal con forma de bellotas doradas colgaba del techo alto, altísimo.

La observé desde la puerta. Intenté contar las bellotas. Vik me estudiaba a mí.

—Pasa —dijo, a saber cuánto tiempo después.

Entré.

Lo primero que hice fue acercarme a la ventana. Hyde Park, verde, inmenso, estaba al otro lado. Podía ver los jardines.

Impresionante.

Avancé despacio por la habitación. Me sentía como si estuviera en un museo. En cierto modo, lo estaba. Había arte en las paredes, arte de verdad, no los típicos floreros o los cuencos llenos de fruta que veía en los hoteles en los que solía alojarme.

El techo era un fresco. Sendas de carruajes, caballos, el puñetero siglo XIX mirándote desde arriba. La escena cobró vida por un

segundo mientras la miraba. Juro que oí el trote de esos animales.

Me alejé de ahí antes de que me aplastaran.

Nadie dijo una palabra.

Paseé los dedos por la parte superior del escritorio. Estaba forrada en cuero. Ya no se usaban muebles así. Tal vez los reyes aún lo hicieran. No lo sé.

Entré en el baño. Era de mármol exquisito, con una bañera oval independiente en medio. Me senté en el borde. Abrí el grifo con un dedo. El agua salió caliente. Alucina. En mi piso necesitaba diez minutos para calentarse, los diez minutos que me tomaba yo para retocarme las cejas.

Vik estaba apoyado contra el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos, alto, moreno, completa e innecesariamente guapo.

No me había quitado los ojos de encima desde que había entrado por la puerta y me había puesto a toquetearlo todo. Me miraba con fascinación.

—Estoy abrumada —admití.

Guardó silencio.

Al final, abismos de tiempo después, susurró:

—Yo también.

Me levanté, fui hasta él y le cogí el rostro entre las manos. Era lo único que aún no había tocado.

Su piel era cálida. La mandíbula raspaba un poco. Me gustaba sentirlo áspero bajo mis dedos.

—Fóllame —le pedí mientras escrutaba la oscuridad que ardía en sus pupilas.

Nada cambió en su rostro. No vi alivio ni regocijo. Supongo que no le pedía nada que no esperaba que le pidiera.

Me empujó despacio contra la pared. No me resistí. Me besó. Lo empujé hacia atrás. Luego lo atraje de nuevo hacia mí, y volvió a besarme. Me sujetó el mentón con una mano para obligarme a mirarlo a los ojos mientras me tocaba como si lo supiera todo sobre mí.

De repente sentí la necesidad de huir. De romper aquella conexión tan intensa y extraña.

—Podemos…

—¿Qué ocurre?

—Yo no…

—¿No follas con luz? —me preguntó, con una pequeña sonrisa de lado.

Me lo quedé mirando unos segundos, casi desafiante. Mis ojos marrones encajados en los suyos. Mi pecho subiendo y bajando violentamente contra el suyo. Aún me sujetaba por la barbilla.

—No.

—¿Nunca?

—No.

—¿Alex no quiere mirarte?

—Ya llevamos un tiempo juntos. Nos hemos acomodado.

—Jamás dejaría que nos pasara algo así.

Solté una risa vacía. Su otra mano estaba entre mis piernas. Dentro. Sus dedos no dejaban de acariciarme.

—Vik. No hay un *nos*.

Retiró la mano. Sonrió para sí. Puede que me lo imaginara. Apenas movió los labios.

Cogió mi rostro entre las manos, aunque con tanta suavidad que no estaba segura de que me estuviera tocando realmente. A lo mejor solo sentía su piel cerca de la mía, igual que sentía su respiración en mi boca. Igual que imaginaba su sonrisa.

—Willa —murmuró un buen rato después, mientras sus dedos se cerraban alrededor de mi garganta. No apretó, solo echó mi cabeza hacia atrás hasta que nuestros labios estuvieron a punto de encontrarse—. Estoy aquí. Claro que hay un nosotros.

—¿Con *aquí* te refieres a esta habitación?

Su pulgar encontró el punto de mi garganta donde la piel es más fina, donde late la vida y los deseos, y se quedó ahí, sintiendo la rapidez con la que bullía mi sangre. Él sabía por qué latía tan enfebrecido mi pulso. Lo vi en la curva medida que le asomó en las comisuras.

—Me refiero a Londres, doc.

Doc. Qué capullo. Yo nunca iba a ser una doc.

—Dijiste que estabas en la ciudad por un trato que tenías que cerrar.

—Este es el trato, Willa, y lo estoy cerrando.

Me folló. Ahí mismo. No fue violento. Tampoco gentil. Fue más de lo que esperaba. Lo fue *todo* porque durante un cuarto de hora, la parte de mí que siempre se mantenía al margen, la que observaba desde fuera, desmembrando la escena con frialdad clínica, sin conseguir implicarse en ella, desapareció.

Más tarde solo recordaría retazos. La textura de su camisa bajo mis dedos cuando se la arranqué. Su mano en mi pelo o en mi garganta. Su boca poseyendo la mía. La firmeza de la pared contra la que me incrustó.

Que nunca cerré los ojos.

Que él nunca dejó de mirarme.

Después me quedé quieta, con la mejilla apoyada contra su pecho, escuchando los rápidos latidos de su corazón. Sus brazos me mantuvieron pegada a él. Su respiración todavía sonaba áspera. No pensé en Alex ni por un segundo. Mi vida antes de Vik ya no existía. Ni yo misma existía ya fuera de aquella suite.

*****

—Vayamos a cenar a París —me soltó al día siguiente. Como si dijera *¿pedimos comida china para llevar?*

—No puedo hacer algo tan loco —le respondí con una risita.

Tenía bastante flexibilidad laboral, pero aun así había tenido que cancelar un seminario para estar con él. Si por el día me veía obligada a hacer ajustes, por la noche de ningún modo podía irme. ¿Qué iba a decirle a Alex?

—¿Por qué no?

—Porque no.

—¿Es por tu novio? —murmuró mientras me llenaba los pechos de espuma.

Estábamos en la bañera oval de su suite. Él, sentado a mis espaldas, con la boca en mi hombro. Yo, encajada entre sus piernas. La música llegaba desde el salón. Le gustaba Bowie. ¿Y a quién no?

—Claro que es por mi novio.

—Hmm.

Siguió cubriéndome de espuma. Su lengua no tenía ninguna prisa en el lóbulo de mi oreja.

—¿Cómo está tu novia? Hacéis muy buena pareja. Estabais muy guapos los dos en el Festival de Cine de Venecia.

No sé por qué se la mencioné. Celos, supongo. O rabia. Ella podía tenerlo y yo no. No era tan inconsciente como para pensar que nuestra aventurilla fuera a acabar bien. Solo tenía que mirar a mi alrededor. Aquel era su mundo, no el mío. *Nosotros* éramos una fantasía. Las fantasías no duran. Una vez cumplidas, dejan de brillar. La realidad es mate.

Vik me giro hacia él sin decir nada. Las manos firmes en mis caderas y el agua moviéndose entre los dos, saliendo por el borde de la bañera cuando me deslizó hacia abajo hasta convertirnos en uno de golpe. Separé los labios para respirar, y él acercó la boca a la mía.

—¿De qué novia me estás hablando?

—De la que tienes.

—Solo te tengo a ti. No necesito a nadie más, Willa. Solo tú y yo. ¿No sería genial? Piénsalo. Creo que somos almas gemelas.

—No creo en las almas gemelas.

Me besó despacio, con la calma de alguien que sabe que va a ganar esta batalla.

*****

—He reservado mesa para cenar en uno de mis restaurantes favoritos—me informó media hora más tarde mientras se anudaba la corbata—. Si queremos llegar a tiempo, hay que ponerse en marcha.

Lo miré desde la cama. Mi cuerpo se debatía entre el dolor y el placer que aún me atravesaba en oleadas. Mi mente no dejaba de devolverme imágenes del sexo arrasador que acabábamos de tener en la bañera.

—¿Y qué le digo a Alex?

—Que necesitas unos días para ti.

—Me esfumo. Así, de la noche a la mañana.

—¿Qué le debes a ese tío?

—¿Qué te debo a ti?

Frunció el ceño. En el fondo se le veía divertido. Había un brillo guasón en su mirada. Le gustaba que me resistiera.

—Yo soy tu alma gemela.

—Deja de decir tonterías. No puedo ir a París contigo. No puedo dejar toda mi vida en pausa solo porque tú hayas aparecido en Londres con tu ropa de sastre y tu jet privado.

—Willa.

—Vik.

Le sostuve la mirada, divertida. Y él a mí, paciente.

—Una palabra. París.

—Dos palabras. *Ni hablar*.

—Qué negociación tan dura.

Se recreaba en nuestro enfrentamiento. Lo vi en sus comisuras.

—¿Te divierte no conseguir lo que quieres?

—Es tu empeño lo que me divierte. Resulta realmente entretenido ver cómo intentas convencerte a ti misma de que no deberías querer lo que quieres.

—Eso es manipulación.

—Es primero de Psicología.

Me acerqué a él hasta que nuestras narices se rozaron. De cerca, sus ojos tenían un matiz verdoso.

—A ver si lo entiendes ahora. *No.*

—Mmm.

Me aguantó la mirada con esa expresión que oscilaba entre el humor y la certeza absoluta de que ya había ganado la pelea. Me resultaba irritante aquella expresión. Y devastadora, teniendo en cuenta lo sexy que lo hacía parecer.

—¿Qué significa *mmm*? —le solté, irritada.

—Que te he oído y que lo estoy considerando.

—No hay nada que considerar.

—Siempre hay algo que considerar.

Terminé sonriendo, y él también.

—Creo que estamos en punto muerto —señalé.

Hizo un gesto de desdén.

—Nadie dijo que fuera a ser fácil.

—Debería irme a casa.

—Muy bien. —Retrocedió unos pasos y me analizó desde ahí con calma—. Solo por curiosidad. ¿Por qué me estás diciendo que no?

Me lo pensé unos segundos.

—Porque no sé adónde nos llevaría un sí.

—¿Y no te gustaría averiguarlo, doc?

...en París

No era mi primera vez en París. Había ido dos veces antes. La primera, con mis padres, el típico viaje familiar coñazo. La segunda, con un novio que tuve en la facultad.

Con Vik era diferente. Todo vibraba más. Yo también.

Las conversaciones eran divertidas y profundas a ratos. A veces incluso inexistentes. El vino tenía mejor aroma.

Y yo caía, con plena consciencia de ello, como alguien que se tira al agua sabiendo que no va tocar fondo y, a pesar de ello, se lanza.

Estaba deslumbrada. No solo por el mundo que nos rodeaba, tan distinto al mío. Me impresionó cada detalle de nuestro viaje, pero nada podía compararse con él. Me tenía absorta. Su pulgar en mi espalda desnuda. Su forma de mirarme. Cómo me cogía la mano...

Sentí un vértigo terrible solo de pensar que en algún momento me vería obligada a regresar de golpe a la realidad.

A veces parecía no sentir nada. Ahora lo sentía todo. Por él. No era amor. Era algo mucho más oscuro y perturbador.

—¿Estás bien? —susurró.

—Sí. Genial.

Forcé una sonrisa que no me devolvió. Se limitó a leerme el rostro desde el otro lado de la mesa. Giré el cuello para impedírselo.

El restaurante al que me había traído era la clase de sitio en el que la gente habla bajo y la carta no tiene precios. Al menos, la mía no los tenía. ¿Eran capaces de darle a él otra distinta? No lo sabía. Estaba tan lejos de mi ambiente que ningún GPS hubiera sabido indicarme cómo volver a la normalidad.

Las mesas estaban bastante separadas entre sí. Había más bien pocas. El comedor era grande. La luz embriagaba. Todo embriagaba en aquel sitio.

—¿No te alegras de haber venido? —me preguntó después de concederme unos diez minutos.

Mis ojos regresaron a él.

—No. Odio los caracoles.

—Pues no te los pidas —resolvió, arqueándome una ceja con sorna.

Sujetaba mi mano por encima de la mesa, como si fuésemos pareja.

Desvié la mirada hacia el reloj que brillaba en su muñeca. Calculé que Alex ya estaría en casa o a punto de llegar. Me había inventado una tía lejana —pero muy querida— con una enfermedad repentina. Me sentí fatal cuando él se ofreció a tomarse el día libre para acompañarme. Le dije que no era necesario, tampoco es que se fuera a morir mi tía, solo quería pasar unos días con ella para retomar el contacto. Fue muy comprensivo.

Y ahí estaba yo, en París, mirando los platos de la carta en francés. Sin entender una mierda.

—¿Cuáles son los caracoles? —gruñí, exasperada.

Capté una pequeña sonrisa en sus comisuras.

—Los *escargots*.

—Bien. Pues *magret* de pato —anuncié, cerrando mi carta de golpe.

—Excelente elección —se burló.

Le di una patadita por debajo de la mesa. Su sonrisa creció un milímetro más.

—Estás guapa con ese vestido.

Volvió la intensidad en su mirada, y era como si el sol estuviera tocándome la piel. Como si el restaurante se hubiera vaciado de golpe. El mundo era una espiral que conducía a él y yo giraba y giraba, inevitablemente.

—Lo escogiste tú.

Cuando bajamos de su jet privado, había un vestido esperándome. Uno negro, minimalista, muy de mi estilo. Vik conocía mi talla. Conocía mis secretos. Conocía mi cuerpo.

Y también el momento exacto en el que me rendía y lo dejaba ganar.

*****

Después de la cena fuimos a dar un paseo. Era muy tarde, un día entre semana, hacía frío y estábamos los dos solos en la calle. Era un barrio elegante, no el típico lugar del centro atestado de turistas.

Me contó que su bisabuelo, suizo, huyó a América por un problema que tuvo con un comandante nazi. Que su bisabuela era americana. Que él se le declaró tras solo tres semanas de noviazgo.

—¿Tres semanas? ¿Veintiún días? ¿Estás de coña? ¿Sin conocerla de nada?

—Sí. ¿Por qué te sorprende?

—No lo sé. Tres semanas me parece muy poco tiempo para comprometerse con alguien de por vida.

—Hay cosas que están claras y punto.

Evalué su rostro en la oscuridad. Yo sonreía. Él, no. Estaba muy serio. De verdad se lo creía. Vik tenía la firme convicción de que una persona puede prometerle a otra que la querrá para siempre tras solo tres semanas.

Fascinante.

—¿Y acabó bien la historia? ¿Duró para siempre?

—Pues claro. El amor lo vence todo.

Un romántico. La primera vez que me topaba con uno. Creía que eran como los unicornios.

—¿Y para el resto de tu familia?

Torció el gesto.

—Mi abuelo era un degenerado. No se divorció de mi abuela, ni ella de él, pero se le conocía en ciertos círculos por sus prácticas poco… ortodoxas.

Quise preguntar a qué se refería. Me frené a tiempo.

—¿Y tus padres?

—Siguen casados. Por desgracia para todos.

—Hmm. ¿Hermanos?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

Se levantó un viento seco que revolvió algunas hojas doradas, pero yo estaba aferrada a su brazo y su cuerpo calmaba el frío que sentía con mi vestido de tirantes y solo un abrigo fino por encima. Notaba los pies helados dentro de mis sofisticados zapatos de tacón.

También conocía el número que calzaba.

—Mi padre tenía una aventura —le solté de pronto—. Iba a dejar a mi madre. Se lo dijo esa noche en la cena.

Vik se detuvo.

Era lo que más me atraía de él. No que me deseara con esa intensidad obsesiva que ningún tío había demostrado hasta la fecha, sino que me viera, que me escuchara. Que me mirara de verdad.

Él me miraba como nadie. Me asustaba que pudiera verme el alma. No todo era bonito ahí dentro. Algunos días me sentía como Dorian Grey sin el maldito retrato.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó mi padre. Habíamos quedado para comer aquel día, pero llegué media hora antes y lo sorprendí besándose con alguien en su consulta. Me quedé en *shock*.

Asintió.

—No debió de ser fácil para ti.

—A ver, no es que mis padres fueran un anuncio de felicidad conyugal, pero no me lo esperaba. Mi padre no parecía la clase de hombre que tiene aventuras, ¿sabes? Era un señor de lo más aburrido. Le gustaba el críquet, Agatha Christie y su té a las cinco en punto, ni un minuto más tarde.

—A veces las personas tenemos un doble fondo.

—¿Lo tienes tú?

Algo cruzó sus ojos muy deprisa. Demasiado como para averiguar qué era.

—Una vez hice algo de lo que no estoy orgulloso. Todavía me persigue.

—¿Te arrepientes?

—Me arrepiento de tener algo de lo que arrepentirme.

No dije nada. ¿Qué iba a decir? Dejé que mirara mi alma, y él la miró.

Estábamos plantados el uno delante del otro en mitad de una acera en París, solo nosotros, el viento y la oscuridad. Vik alzó la mano y me acarició la mejilla.

—¿Por eso crees que lo que ocurrió después no fue un accidente? —me susurró.

No había comentado mis sospechas con nadie.

—Sí.

—¿Crees que le dijo que la dejaba y ella provocó el choque deliberadamente?

—Mi padre y el otro conductor fallecieron en el acto. Solo nos queda la versión de mi madre. No había cámaras en el cruce. Y… la veo capaz.

—¿Se lo preguntaste?

—¿El qué? ¿Si lo mató? —Asintió, se estaba tomando la conversación muy en serio—. No.

—Ya veo.

*****

Se supone que no puedes vivir toda una vida en tres días. Pues lo hice.

Con Vik nada era forzado. No había huecos ni silencios incómodos que me viera obligada a llenar. Podíamos estar callados durante horas y solo tocarnos y mirarnos a los ojos, o podíamos hablar sin parar toda la noche. Él me seguía. Me precedía, incluso. Convertía en palabras algo que, hasta entonces, solo había existido dentro de mi cabeza.

Yo no creía en las almas gemelas. Ni siquiera creía en el amor.

Así que no tenía manera de explicar lo que estaba ocurriendo entre nosotros. No había nada científico que lo corroborara. Me parecía descabellado perder la cabeza por otra persona.

Pero la perdí.

Cuando aterrizamos en alguna parte del aeropuerto de Londres, no sentí tristeza exactamente. Dentro de mí empezaba a abrirse un vacío que me resultaba familiar.

Vik me acompañó hasta la pista, donde me esperaba un coche negro con el motor en marcha. Yo no llevaba ninguna maleta, solo mi ropa puesta y una bolsa con el vestido y los zapatos que él me había conseguido para la cena.

Mi ropa olía diferente. Me la habían lavado y secado en el hotel. Dos veces.

—¿Seguro que no puedes fugarte conmigo a California?

Me eché a reír. No por diversión. Capté una nota histérica en aquella risa.

—No.

—¿Por qué no?

—Tengo una vida.

—Mmm.

—¿Lo estás considerando? —dije, divertida.

—Sí.

Él también intentaba contener la sonrisa.

—No hay nada que considerar.

—Ya sabes que siempre hay algo que considerar, Willa.

—Toma. Esto es tuyo.

Le frunció el ceño a la bolsa.

—¿Qué? No. Quédatelos.

—No puedo. A medianoche Cenicienta tiene que devolver la ropa.

—Tú no eres Cenicienta.

Estaba delante de mí, tranquilo, con las manos en los bolsillos y los ojos recorriéndome el rostro, acariciándolo milímetro a milímetro.

Parecía justo lo que era: un hombre muy poderoso que nunca tiene prisa. El mundo se adaptaba a su ritmo y a sus necesidades. El piloto esperaría lo que hiciese falta. Todos estaban a su servicio. Pero yo no lo estaba.

—No voy a quedarme con esto.

—¿Por qué no? Creía que te gustaban.

—Y me encantan. Pero no me pertenecen. Solo los cogí prestados.

—Los compré para ti.

—Y ahora te los devuelvo.

—Piensas luchar por cada cosa, ¿a que sí?

—A mi alma gemela no le gustaría que me rindiera.

—¿Manipulación? —propuso con una media sonrisa.

—Primero de Psicología.

Lo encajó con un gesto divertido.

Se le veía satisfecho. No por haberme referido a él como *mi alma gemela,* concepto que obviamente se me atragantaba.

Si sonreía tan pagado de sí era porque le gustaba que lo vencieran en su propio juego.

Al final cogió la bolsa. Gané.

—Te lo guardaré hasta que recapacites.

No pensaba recapacitar. No podía explicarle a Alex por qué tenía un Valentino y unos zapatos de Hermès en el armario. Nuestro armario de Ikea que él había montado un sábado por la tarde mientras yo le pasaba las piezas y los tornillos y, a veces, mi copa de vino para que bebiera de ella.

De repente, ahí en la pista, con la fría llovizna londinense humedeciéndome el cabello y el rostro, me di cuenta de que Vik no ensamblaría un mueble de Ikea en su vida, y sentí una inesperada oleada de cariño hacia Alex.

Me lo imaginé en nuestro apartamento, con su camiseta gris, sus pantalones de chándal y esa sonrisa lánguida que se le pintaba en la cara cada vez que me veía, y tuve unas ganas horribles de correr a sus brazos, confesarlo todo y pedirle perdón.

Vik dio un paso hacia mí.

—¿Qué te ocurre? Te ha cambiado la expresión.

—Tengo que irme.

Jamás había sentido una urgencia mayor.

Debía poner fin a esa locura de inmediato. A esa fantasía. La fascinación me había empujado a seguirlo, a cruzar la frontera de un mundo extraño cuyas reglas desconocía por completo, pero la aventura debía terminar.

Yo tenía una vida en Londres. Vik vivía en Santa Bárbara. Yo impartía seminarios para ganarme la vida. Él salía en la lista de grandes fortunas de Estados Unidos. No compartíamos amistades ni *hobbies*. No teníamos nada en común.

Él acostumbraba a viajar sin maleta. Adonde quiera que se dirigiera había alguien esperándolo con todo lo necesario. Yo metía cosas en la maleta de mi novio porque nunca me bastaba la mía y por encima de mi cadáver iba a permitir que los cabrones de Ryanair me cobraran el suplemento.

Vik me volvía completa, irracional y absolutamente loca. Tanto que quería subirme a su jet privado y largarme con él a California.

Me obligué a serenarme, y seguí mirándolo a los ojos a través de la oscuridad brumosa. Nunca me había despedido de alguien en la pista del aeropuerto. Lo encontré romántico.

—Bueno.

—Bueno —me imitó con una sonrisa leve.

—Es hora de que volvamos a nuestras vidas.

Se me acercó, me cogió el rostro entre las manos y me besó. Luego cerró los ojos y aspiró fuerte, antes de retroceder.

—Dame tu número.

—Tienes mi Instagram.

—He estado dentro de tu cuerpo. Necesito más que el Instagram.

—Es todo lo que puedo ofrecerte.

Esbozó una sonrisa de lado en la que divisé una pizca de incredulidad.

—Pensaba que habíamos aclarado algunas cosas durante estos días.

—Sí. Ha quedado muy claro que vivimos en partes opuestas del mundo.

Negó muy despacio.

—Vas a ponérmelo muy difícil, ¿verdad?

No le respondí. ¿Qué iban a decirle mis labios que mis ojos no le hubieran desvelado ya?

Se sacó una tarjeta del bolsillo. Me cogió la mano. Me la puso en la palma. Todo muy despacio, para que lo recordara.

—Llámame.

Los dos sabíamos que no pensaba hacerlo.

—Adiós, Vik.

—Hasta pronto, Willa.

Me quedé ahí hasta que lo vi subir la escalera del avión. Se giró una última vez y me hizo un gesto de despedida con la mano. Intenté grabarme la imagen en el cerebro. Me había prometido a mí misma que no lo vería más.

…cuando te pida lo contrario

Alex estaba haciendo la cena cuando llegué.

—Hola —me dijo, feliz de verme. A continuación, frunció el ceño —. ¿Y tu maleta?

—¿Qué?

Lo miré, aturullada.

—¿Has estado por ahí tres días sin maleta? *¿Tú?*

Mierda. No iba a colar. Yo necesitaba un millón de cosas y él lo sabía bien porque cargaba todos mis trastos cada vez que íbamos a cualquier sitio.

—No. Es que… me la han robado.

—¿Que te la han robado?

—Mm-hm. En el tren.

—¿Has presentado una denuncia?

—Solo llevaba un par de vaqueros y poco más. Ya sabes, el neceser y eso.

—Aun así. La policía tendrá que saber que hay alguien robando maletas en el tren.

Que fuera siempre tan legal y dispuesto a hacer lo correcto empezó a irritarme.

—Alex, estoy cansada. No me apetece hacer buenas obras. Solo quiero irme a la cama.

—Oye, ¿qué pasa? Estás rara.

Rara ni se aproximaba siquiera. Era una persona totalmente diferente.

—Estoy bien. Cansada. ¿Te importa que me vaya a la cama?

—¿No quieres comer nada?

—No. Tengo el estómago revuelto del tren.

—De acuerdo. Iré en un rato a ver qué tal te encuentras.

Quise decirle que no se molestara, pero no me pareció apropiado. Solo intentaba ser amable.

Amable con una persona que tenía mucho por lo que avergonzarse.

Me despedí de él con un beso en la mejilla y me fui a la habitación.

Ahí me tumbé en la cama, en completa oscuridad. No me quité la ropa. No me lavé la cara. No me duché. Iba maquillada con productos del hotel de París. Mi piel olía a loción cara y a Vik.

Olía a Vik…

Y no estaba lista para desprenderme de él tan pronto.

Cerré los ojos con suplicio. Aún notaba sus manos en mi cuerpo. Todavía lo sentía dentro. Lo habíamos hecho en el avión, con las turbulencias sacudiendo el mundo fuera y dentro, con su boca en mi cuello, y había sido la cosa más urgente, apasionada y espontánea que me había ocurrido en la vida.

La azafata nos miró después como si lo hubiera oído todo, cada gemido mío, cada gruñido de Vik. Esperaba que no nos hubiera visto. ¿Me importaba? No, no mucho.

En el fondo, no me arrepentía de nada.

*****

No intentó contactar conmigo después. Ni siquiera colgó nada en Instagram. Era como si de repente se lo hubiera tragado la tierra. Había oído hablar del *ghosting*, pero nunca me lo habían hecho, y desde luego que no esperaba que *él* me lo hiciera.

En París nos habíamos pasado más de dos horas tumbados en la cama *King size*, mirándonos a los ojos en completo silencio. Yo estaba en sus venas y él en las mías.

Pero me estaba haciendo *ghosting* y me sentía cada vez más apagada.

Me había prometido a mí misma que no lo vería más.

Así que, en teoría, que el asunto se resolviera por sí solo era algo positivo.

En teoría.

En la práctica, su ausencia solo sirvió para disparar mi obsesión. Estaba todo el rato recargando Instagram, por si me había escrito, por si había subido algo, una historia, una foto, cualquier cosa.

No había nada, y yo no dormía, no comía, descuidaba el trabajo cada vez más. Me estaba convirtiendo en una psicótica. Me hacía un millón de preguntas. Vivía en un plano distinto al resto de los mortales.

Estaba tan ida que unas cuantas semanas después Alex me propuso hacer una escapadita para cambiar de aires. Recé para que no dijera París. Me habría derrumbado.

Dijo Northumberland. Alguien del trabajo le había recomendado un hotel castillo. Me pareció bien. Me hacía falta salir de Londres. Olvidarme de todo. A la mierda.

*****

Tardamos casi seis horas en coche. Fingí estar dormida. No me apetecía hablar.

Alex, a mi lado, conducía tenso. Sabía que algo me estaba ocurriendo. Llevábamos cinco semanas sin follar. Cada vez que intentaba acercarse a mí, se topaba con un muro de piedra. Yo era consciente de que la situación se estaba volviendo insostenible, pero no tenía ni idea de cómo manejarla.

Estaba perdiendo el control sobre todos y cada uno de los aspectos de mi vida. Solo había una idea fija e intrusiva dominando mi mente: ¿*dónde* estaba Vik?

No me quedaba otra que llamarlo. Necesitaba saber si seguía vivo o no. Con eso me bastaba. En cuanto dijera *hola*, iba a colgarle en las narices.

—Ya hemos llegado, cariño.

La mano de Alex me rozó la mejilla. Abrí los ojos.

El hotel era precioso, con muros de más de dos metros de grosor y vistas al valle de Northumbria. De camino a recepción, maletas en mano, Alex me contó que lo habían construido durante el reinado de Eduardo III, en pleno siglo XIV.

Mientras él hacía el *check in*, me acerqué a la ventana. Me pregunté cuántas mujeres se habían quedado justo ahí en el pasado, esperando a que su amado volviera de la guerra. Las mujeres siempre estamos esperando alguna cosa.

Alex me rodeó en un abrazo.

—¿Qué te parece?

—Romántico.

Había velas encendidas en elegantes candelabros. Era todo lo que una podría esperar de un castillo. Incluso había una princesa con el corazón roto mirando lánguidamente por la ventana.

—Vamos. Tengo ganas de que veamos nuestra habitación.

No compartía su entusiasmo, pero lo seguí.

Abrió la puerta con una llave gruesa más propia de una mazmorra y se volvió hacia mí. Tenía una sonrisa exultante en la cara. Yo, el *rigor mortis* de siempre.

—¿Qué te parece? Tenemos cama con dosel.

—Bien. Podrás atarme a ella. Con alguna corbata. Te habrás traído alguna, ¿no?

Le cambió el gesto.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. Estamos aquí para reavivar nuestra relación. Pues reavivémosla follando.

Se sentó en la cama, suspiró y me sopesó en silencio, con aquellos ojos marrones cargados de preocupación.

Menos mal que a diferencia de Vik no podía verme por dentro. Él hubiera sabido enseguida lo que me ocurría.

—¿Hablamos de por qué se ha apagado?

—No quiero hablar —lo corté mientras me desvestía.

—Willa.

Me senté en su regazo y lo rodeé con las piernas. Ya me había quitado el jersey y los vaqueros.

—Agárrame el culo. Fuerte.

—Willa —me regañó con suave indulgencia.

Le planté los pechos en la cara y él levantó la mirada hacia la mía con displicencia. Tanta que me arrancó una pequeña sonrisa de satisfacción.

—Te estás poniendo duro.

—¿Y qué quieres que haga? Llevo mucho tiempo sin tocarte. Pero creo que deberíamos hablar. No estás bien.

—Estoy de maravilla.

Intenté besarlo. Se apartó. Mantenía esa expresión masculina, impenetrable, pero yo sentía lo mucho que lo estaba deseando. Su cuerpo latía bajo el mío.

Le sonreí y volví a intentarlo, con más suavidad. Esta vez se dejó hacer. Empecé a frotarme contra él, y entonces me agarró el culo con las dos manos, fuerte, y tomó el control.

No es que después me sintiera mejor. El vacío se mantuvo intacto.

*****

Metí los pies en el agua helada del mar y salpiqué a Alex.

—¡Willa! Te vas a enterar.

Solté un grito y eché a correr.

—¡Te pillaré! —gritó mientras me perseguía por la playa.

—¡Ni lo sueñes!

Corrí en círculos para despistarlo.

El viento era cruel. El día, gris, encapotado. Pero no nos importó. Jugamos con las olas. Nos reímos como críos. Él me besó.

Luego la oscuridad me atrapó de nuevo. No tenía forma de mantenerla alejada.

—Willa, pareces un pato. Sal del agua ya. Vas a ponerte mala.

No podía salir. Necesitaba que el mar se lo llevara todo.

Al día siguiente contratamos una excursión, fuimos a conocer una ciudad empedrada. El jefe de Alex era de ahí. Le había recomendado que la visitáramos.

—Es un sitio precioso —le dije, sobrecogida por la belleza del enclave, con los adoquines, el río, el puente medieval y el humo de las chimeneas.

—Ya lo creo.

Toqué la fachada de un edificio, intentando sentir la historia a través de mis palmas. El guía nos contó hazañas de siglos pasados, en los que Vik no existía.

Y solo pensé en él en cada instante.

Cada vez que tocaba una piedra.

Cada vez que admiraba un edificio.

Vik, Vik, Vik.

¿Dónde cojones estaba?

Lo primero que hice al volver a Londres fue buscar su tarjeta dentro de la caja de zapatos en la que la había escondido. Me temblaban tanto las manos que tuve que obligarme a respirar hondo para calmarme. A mí nunca me temblaba la mano. Iba a ser cirujana.

Marqué su número con el pulso en los oídos. Me preocupaba no escucharlo cuando me contestara.

El asunto se solucionó enseguida. El móvil no daba tono.

…una y otra vez

Lo bueno que tenía mi vida era que podía reengancharme a ella cuando quisiera. Tenía un novio paciente y comprensivo que me quería, una amiga tan ocupada que ni siquiera había notado mi ausencia emocional y un trabajo que podía pausar o retomar a mi antojo.

Así que volví. Ya lo había superado todo.

O eso me decía.

Pero necesitaba hablarlo con alguien. Si lo ocultaba, nunca sería real. Y lo fue. Ocurrió. Quería dejar constancia de ello como quienes hacían garabatos en las cuevas para decir *existimos*. Fuimos reales. Hubo un nosotros.

Se lo conté a Maya un día mientras buscábamos trapitos en rebajas.

—No me puedo creer que hicieras algo tan inconsciente.

—Ya lo sé. Ponerle los cuernos a Alex no ha sido…

—No me refiero a eso.

Dejé de mover perchas y la miré confundida. Estaba plantada en mitad de la tienda, con una expresión que nunca le había visto, algo que oscilaba entre la rabia y la incredulidad. La tienda era ecológica, todo olía a incienso y a paz mental, y la cara de Maya desentonaba por completo con el decorado.

—¿A qué te refieres entonces?

—¿Que a qué me refiero?

—Chisss.

¿Por qué hablaba tan alto? Yo sentía la necesidad de susurrar.

—¡¿Te fuiste a París con un puto desconocido y no se lo contaste a nadie?! ¿Pero a ti qué coño te ocurre?

La dependienta nos clavó una mirada áspera. Le estábamos alterando los *chakras*.

—Habla más bajo. No entiendo por qué te pones así.

—¿Que no lo entiendes? ¿Es que te has convertido en la clase de persona con la que empiezan los programas de *true crime*?

Puse los ojos en blanco.

—Dios. Eres una dramática. Vale, hice una cosa alocada...

—Hiciste una cosa inconsciente —me cortó en seco—. Tú no sabes quién es ese tío. Podrías haber aparecido muerta en el puto Sena. ¿Ni siquiera cogiste un vuelo comercial?

—Esta conversación es absurda. *Sé* quién es. Sale en *Forbes.*

—Eso me preocupa más. Estás hablando de gente que cree que todo les pertenece, que para ellos no hay límites. Mira a tu alrededor, Willa. Mira lo que hacen los multimillonarios. Aparecen en las listas de Epstein, participan en safaris humanos, *safaris humanos*, en Sarajevo, tienen su dinero en paraísos *offshore…* ¿De verdad quieres rodearte de esa clase de personas?

—¿Qué tiene Vik que ver con Epstein o Sarajevo? En los noventa era un crío, así que discúlpame si no lo veo disparando con una ametralladora a gente en Bosnia.

—Solo digo que forma parte de esos círculos.

—También hay multimillonarios filántropos que intentan curar el cáncer con sus donativos.

—¿Intenta curar el cáncer tu noviete?

—No lo sé —le solté entre dientes, con voz vibrante. Su ironía me estaba irritando.

—Exacto. No lo sabes. Porque no sabes una mierda sobre él.

—Sé que nunca me haría daño.

—Sabes que nunca te haría daño —se burló—. Gracias, Señor, por estas sabias palabras de mi amiga.

—Eres cruel.

—Soy realista. ¿Tienes idea de cuántas veces al mes atiendo a mujeres como tú en urgencias? Todas creían que él era diferente y que no les haría daño.

La conversación me sobrepasaba. No es que esperara que Maya lo comprendiera —a fin de cuentas, ella no sabía de qué forma me miraba Vik—, pero desde luego no esperaba que me dijera que iba a acabar muerta flotando en el Sena solo porque el tío tenía la mala suerte de salir en la puñetera lista *Forbes*.

—Ya no importa. Se ha ido.

—Bien. Es una noticia fantástica.

*****

Llegaba horriblemente tarde a un seminario y estaba corriendo por la acera cuando un idiota en patinete se me cruzó a toda velocidad. Me aparté de un salto antes de que se me llevara por delante. Mi pie aterrizó en el borde de una tapa metálica y el tobillo se fue hacia un lado con un chasquido seco. No hubo nada a lo que aferrarse, y de repente estaba en el suelo, en medio de un charco helado. Siempre había un charco en algún sitio. Londres en invierno. ¿Qué esperar?

—¡Eh! ¡Mira por dónde vas, capullo!

Me hizo una peineta en la lejanía.

Intenté incorporarme y solté un grito.

Un tipo de mediana edad se me acercó preocupado.

—¿Se encuentra usted bien?

—No mucho. No puedo apoyar el pie.

*****

Tras la radiografía llegó el diagnóstico que no quería recibir: fractura de tobillo. Ya podía olvidarme de llegar a mi seminario. O de ir a cualquier parte. Iban a ingresarme. Había que operar. No era una fractura limpia. Había esquirlas y me había jodido el ligamento tibiofibular anteroinferior. Un sueño hecho realidad.

Ahí sentada en la camilla, maldije mi puñetera mala suerte.

A lo mejor era un castigo divino. Lo cierto era que no había sido una persona demasiado buena últimamente.

*****

Alex revoloteaba a mi alrededor.

Iban a operarme a última hora de la tarde. Estaba programada por la mañana, pero había huelga de médicos, para sorpresa de nadie. El NHS siendo el NHS, incluso cuando tienes el tobillo hecho pedazos.

—¿Te duele mucho?

Estaba más bien atontada. Me costaba concentrarme. No dejaban de suministrarme sedantes por la vía, tenía el tobillo inmovilizado con una férula provisional y no me apetecía lidiar encima con un novio histérico.

—Estoy hasta arriba de morfina. ¿Tú qué crees?

—Eso está genial. Que no falten drogas. ¿Estás cómoda con la almohada así, o quieres que…?

—Alex —gruñí, exasperada—. ¿Por qué no sales a tomarte un café, cariño?

—No me apetece.

—Pues sal a comprarme una revista.

—Vale —cedió, desganado—. Ahora vuelvo. ¿Seguro que…?

—*Alex.*

—De acuerdo. Necesitas unos minutos a solas.

—Sí, por favor.

—Lo pillo. Iré a hacer tiempo.

Respiré aliviada cuando se marchó. Necesitaba descansar un rato. Tenía la cabeza envuelta en algo cálido, como si estuviera en medio de un sueño placentero. La morfina estaba surtiendo efecto. Me sentía casi feliz. No era real. Era una reacción química. Pero me gustaba. Qué paz.

—Hola, doc. ¿Cómo te encuentras?

Abrí los ojos de golpe.

Vik, en carne y hueso, estaba justo ahí, absurdamente guapo, con una arruga de preocupación entre las cejas. La imagen era un poco difusa, pero era él sin duda.

Vik…

Todo volvió de golpe. El pulso disparado, la adrenalina en las venas. Había estado corriendo en círculos durante meses. Verlo me devolvió al punto de partida.

—¿Cómo crees que estoy?

—¿Coja? —propuso con una media sonrisa.

Se me escapó una sonrisa. La de alguien que está bajo el efecto de fuertes sedantes.

—¿Qué haces aquí?

Se encogió de hombros.

—Lo típico. Cuando personas que te importan están en el hospital, por lo general vas a visitarlas.

No había nada típico en aquello.

—No si las has ignorado durante meses.

—No te estaba ignorando. Jamás te ignoraría.

—La primera noticia que tengo al respecto. Desapareciste. Apagaste el móvil. Si no me estabas ignorando, se le parecía bastante.

—Estaba en un sitio sin cobertura.

—¿Estabas en Saturno?

Mi ironía le hizo gracia.

—No. En otra parte de la Tierra. Algún día te llevaré.

—Sí, claro. ¿Cómo te has enterado de que estaba aquí?

—Colgaste una foto en Instagram anoche.

—Y te subiste a tu jet privado en un tris.

—Sí.

—Así de fácil.

—Eso es.

—Fascinante.

Dejó correr unos segundos. Sus ojos no liberaron los míos.

—He pedido el traslado.

—¿Perdona?

—Los del London Clinic ya tienen listo el quirófano. Te operarán en cuanto llegues.

—Esto es un puto chiste.

—Yo no bromeo con tu salud.

—Vik, desapareciste durante meses. Me dejaste a oscuras. —Quería liberar la rabia que en algún momento me había consumido por dentro, pero estaba tan puesta de morfina que mi voz sonó apacible, casi indiferente—. Y ahora te presentas aquí diciendo que vas a ingresarme en la clínica privada más exclusiva de Londres. Como si nada hubiera pasado. Como si nos hubiéramos despedido ayer mismo en el aeropuerto.

—¿Qué tal si no nos peleamos esta vez y priorizamos tu recuperación?

—No.

Cogió aire, se presionó el puente de la nariz con dos dedos y exhaló despacio. Luego se agachó junto a mi cama, tan cerca que alcanzaba a ver las motas verdes de sus ojos.

No dijo nada. Me miró largo y tendido, y yo dejé que me acariciara el pelo.

—Willa —habló por fin. Su voz era suave y paciente. La mirada, persuasiva. Y yo no sabía cómo iba a resistir el efecto narcótico que él producía en mi cerebro. Era más electrizante que lo que me estaban suministrando por vía intravenosa—. Tenía que poner orden en mi vida para poder dedicarme a nosotros por completo. Lo hice, y ahora estoy aquí, y no voy a irme a ninguna parte. Nunca más.

—¿Qué me estás diciendo? —susurré.

Me sentía como si hubiera abierto una puerta que no debía. Cruzarla era peligroso.

Pero si no llegaba a saber qué me esperaba al otro lado, me moriría.

Debió de captar la ansiedad en mi expresión. Su sonrisa se tornó tan tierna como lo era su mano en mi pelo.

—Te digo que me mudo a Londres. Que quiero estar contigo. Que estoy enamorado de ti. Ven conmigo. Yo apuesto por nosotros. Apuesta tú también. Arriésgate por una vez.

Me reí.

La nota histérica que desprendía mi risa me delataba. Me estaba rompiendo.

—Creo que estás loco. Vik, tengo una vida. Tengo un novio. No puedes presentarte aquí y pedirme que lo deje todo para seguirte.

Siguió acariciándome el pelo.

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste feliz? ¿Feliz de verdad?

Mantuve la mirada encajada en la suya. No respondí. ¿Para qué? La palabra flotaba entre nosotros.

París.

—A veces está bien dejar que la gente se te acerque, Willa. Yo he dejado de ocultarme en mi casa del árbol. Deja tú de correr. ¿Sabes cuándo fue la última vez que fui feliz? En esa cama. Cuando tú me mirabas. Me contaste tu historia y yo te conté la mía, y no hizo falta

que habláramos. Porque tú y yo no necesitamos putas palabras. No necesitamos nada, solo el uno al otro. Y tú lo sabes, Willa. Porque también lo sentiste. Así que no malgastemos energías negando algo que es innegable a estas alturas.

—¿Por qué yo? —musité con las pocas fuerzas que me quedaban.

Estaba débil, mareada. Me habían dado opioides y, además, estaba en ayunas, a la espera de la cirugía.

—¿Quién, sino? —murmuró Vik con aquella sonrisa suya triste que hacía que la cabeza me diera todavía más vueltas.

Seguí mirándolo a los ojos como en París, un tiempo incalculable.

Tenía razón. Él y yo no necesitábamos putas palabras.

—Tengo tu revista. Ah, hola.

Vik se levantó sobre los talones y se giró hacia Alex. Observé la escena como a través de un sueño.

—Hola. Tú debes de ser Alexander.

—Alex. Llámame Alex. ¿Y tú eres…?

—Vik. —Le ofreció la mano. Muy tranquilo. Dueño de la situación. Alex me miró unos segundos, titubeante, antes de estrechársela—. Me la llevo, Alex.

—¿Que te la llevas?

—Sí. Este hospital es un desastre. Tendrían que haberla operado anoche y sigue aquí. No tienen médicos ni recursos, y el tiempo es crucial ahora. Ella merece los mejores cuidados, ¿no crees?

—Perdona. Perdona. Intento comprenderlo. ¿Que tú, seas quien seas, te llevas a mi novia a alguna parte?

—Bueno, no estoy seguro de que ella aún sea tu novia. ¿Willa?

Los miré. A los dos.

Pito, pito, gorgorito, ¿dónde vas tú tan bonito?

La morfina decidió por mí.

O es lo que me digo ahora.

…aunque nadie lo comprenda

La habitación superior del London Clinic parecía una suite con equipamiento médico. Había un arreglo de flores frescas, artículos de tocador de Temple Spa en una caja de regalo, ropa de cama de lino y una colcha esponjosa. Mi bata no tenía nada que envidiarle a la del cinco estrellas al que había ido con Vik.

Me sentía muy mimada. Me acababan de preguntar por mis preferencias de menú. No era un hospital. Era un *resort & spa* de lujo. Todo era perfecto.

Hasta que se abrió la puerta de par en par y Maya, despeinada, ojerosa, con el uniforme azul asomándole bajo el abrigo —algo que en teoría no estaba permitido, pero que todo el mundo hacía— empezó a gritarme.

Aún me estaba recuperando de la operación. Tenía la cabeza pesada. Yo estaba ahí tan tranquila con mi bata, mirando el cielo blanco desde la cama… ¿Por qué tantos gritos?

—Dime que no has plantado a tu novio en el hospital para irte con el tío ese de Instagram.

El tío ese de Instagram no estaba en la habitación. Había ido a hablar con el médico.

—Maya…

—Necesito comprender qué coño te pasa, en serio. ¿Es una puta crisis? ¿Un brote? Porque, si tienes un brote, hay fármacos y puedo recetártelos.

No era culpa suya. Se lo achaqué a la cafeína y a la falta de sueño. Yo estaba tan relajada…

—¿Has terminado?

Me miró. Le sostuve la mirada.

—No he hecho más que empezar. ¿Qué pasa con Alex?

—Alex y yo hemos…

—No me digas que lo has dejado.

Callé.

—¡¿Por qué no dices nada?! —se impacientó unos segundos después.

—Me has pedido que no te lo diga —señalé con un leve encogimiento de hombros.

Capté un aire de repugnancia de sus ojos, como si ya no me reconociera.

—Dios mío. Lo has hecho. Has volado por los aires toda tu puta existencia.

—No te pongas dramática.

—¡¿Has dejado a Alex?! ¿Por un tipo del que no sabes nada real?

—Lo conozco mejor que nadie.

—Solo sabes lo que él ha decidido contarte, ¿o es que no te das cuenta?

—Estamos enamorados.

—Es lo que más me preocupa. Que pienses que lo estás.

Se abrió la puerta.

—Maya, ¿verdad? —dijo Vik con una sonrisa.

—¿Y tú quién coño eres?

—Soy Vik.

—¿El capullo de Instagram? —me preguntó a mí. Él no era digno de que lo miraran o se dirigieran a él.

—Maya, por favor —le supliqué.

—Se te ha ido la puta pinza. Cuando dejaste Medicina, no te dije nada. Dejé que te volvieras loca y que tomaras decisiones estúpidas en momentos pésimos. Pero ahora te lo voy a decir. Esto es un puto error. Y en el fondo lo sabes. Eres lista, Willa, solo que a veces te dejas cegar por tus emociones. Tienes que reconsiderar lo que has hecho. Aún estás a tiempo de recuperar el control de tu vida.

Por cómo la miré, ella comprendió que yo no tenía la menor intención de reconsiderar nada.

Y entonces bufó una sonrisa de pura incredulidad.

—Tú misma, joder.

—Maya. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Se giró hacia Vik.

—Te escucho.

—En privado.

Se echaron un pulso visual.

Al final ella se rindió y decidió seguirlo. Como todos.

Salieron al pasillo y cerraron la puerta, pero todavía podía oírlos.

—Está cansada —le dijo Vik con su aplomo de siempre—. Acaba de salir de una operación. Necesita descanso.

—Soy médico y su mejor amiga. Sé muy bien lo que necesita.

—Pues no lo parece. La estás alterando, y no es un buen momento. Voy a tener que pedirte que te marches.

—A mí no me engañas, tío. Puede que ella esté afectada por los polvos que le has echado, pero yo no. Y te estaré vigilando. Que te quede muy clarito.

Iban a llevarse de maravilla.

*****

La casa se parecía a todas las de la calle —y a ninguna que yo hubiese pisado antes—. Era blanca, alta, con fachada de estuco inmaculado, escalones de piedra y una maceta a cada lado de la puerta. Conté cuatro niveles. Guau.

Me bajaron de la ambulancia en silla de ruedas y, mientras Vik se despedía de los sanitarios, yo observé mi nueva residencia desde la acera. Tenía el tobillo inmovilizado y elevado para controlar la inflamación, y una bolsa de *Burberry* en el regazo, que contenía la ropa que llevaba puesta el día del accidente y la caja regalo que me habían dado en el hospital.

Un par de horas antes Vik me había traído en aquella bolsa una falda a cuadros, un jersey blanco de cachemir de cuello vuelto y ropa interior, curiosamente práctica, de algodón. A eso se reducía mi armario. Todas mis cosas estaban en el piso donde ahora vivía mi ex.

Me sentí un poco rara al pensar que a partir de ese momento viviría en aquella mansión blanca, en un barrio más silencioso de lo que tiene derecho a estar ningún sitio en Londres, y mucho menos uno situado a pocos pasos de Buckingham.

Vik se giró hacia mí con una sonrisa.

—¿Lista?

Asentí. No sabía cuándo habían cambiado tanto las cosas. Lo que sí sabía era que no me arrepentía de haberme arriesgado.

Puede que la obsesión que Vik y yo teníamos el uno por el otro no durara para siempre. Nada dura para siempre.

Pero, mientras durara, era suficiente.

*****

La casa olía de vicio. Vik preparaba la cena con la puerta de la cocina abierta. Me encontró delante de la ventana del salón cuando vino a buscarme.

—¿Estás admirando las vistas?

—Sí. Todo esto es increíble.

El salón daba al jardín trasero. Tener jardín en pleno Londres era un lujo que solo algunos privilegiados podían disfrutar. Lástima que lloviera. Me habría encantado comer fuera.

—Sí que lo es —murmuró para sí. Sonaba distraído, como alguien que está a mil años luz de distancia—. ¿Y qué te parece la casa? —volvió a preguntarme al cabo de un rato—. La parte que has podido ver, al menos.

—Muy distinguida. Es como estar en un capítulo de *Los Bridgerton*. Solo que mejor. Tenemos wifi.

Se rio, y yo me giré con la silla y le sonreí.

Se había empeñado en que tuviera una silla de ruedas para poder moverme por la casa.

—¿Sabes qué es *Los Bridgerton*?

La pregunta le hizo gracia.

—Claro que lo sé. Es una serie.

—Fascinante.

Frunció el ceño, aunque se le veía divertido.

—¿El qué?

—No logro imaginarte de ningún modo haciendo cosas mundanas. Como ver Netflix.

—Pues *The Gentlemen* me encantó. Como todo lo que hace Guy Ritchie.

—Claro. Va de millonarios.

—Millonarios arruinados —me corrigió.

—Millonarios con mansiones.

Sonrió. Sabía que yo tenía razón.

—La cena está lista.

—Genial. Tengo mucha hambre de repente. Huele muy bien.

Me alejé de la ventana, crucé el salón y detuve la silla delante de él. Desde mi postura, me pareció todavía más alto e imponente. Llevaba pantalones oscuros, un jersey gris de punto grueso con las mangas subidas hasta los codos, y se había quitado tanto el reloj como los zapatos.

Ahí, con las manos en los bolsillos y los pies descalzos sobre el suelo de madera, no solo era atractivo hasta la indecencia.

También era real.

Parecía un hombre en su casa un martes por la tarde, y me desconcertó esa faceta suya tan doméstica porque, por algún motivo, no imaginaba que él pudiera hacer nunca nada corriente. Como la cena.

Quizá porque siempre había alguien dispuesto a hacer cosas por él.

O porque solo habíamos estado juntos en hoteles caros.

O porque no tenía ni puta idea de quién era ese tío y, sin embargo, lo había dejado todo para seguirlo.

No, había hecho más que dejar mi vida. La había dinamitado.

Por él.

Había volado todos los puentes.

Y ahora, que ya no estaba bajo los efectos de la morfina, solo del tramadol, empezaba a asimilarlo.

Y me entró angustia.

—¿Todo bien? ¿Cómo se comporta el tobillo?

Forcé una sonrisa.

—De maravilla. Estoy bastante drogada, así que…

Se rio.

—Bien. Cenemos. Los analgésicos y el estómago vacío no son buena combinación. Pero seguro que ya lo sabías, doc.

Hice una mueca y luego lo seguí hasta la cocina.

La mesa estaba puesta. Había vino —para él— y agua para mí. Nada de refrescos. Nada de porquerías. Todo sano. El pan era integral.

Se sentó. Yo, como ya estaba sentada, solo me acerqué a la mesa.

—¿Prefieres que te instale en una silla?

—Estoy bien. Gracias por esto. Por todo, en realidad.

Sonrió de aquella forma suya, solo una leve curva en la comisura, y cubrió mi mano por encima de la mesa.

Para cenar había tortilla a las finas hierbas y un tomate aderezado con sal y aceite de oliva. Simple, sin pretensiones, perfecto. No tenía nada que ver con Belgravia ni con los jets privados ni con nada de lo que rodeaba a Vik. Era una cena de andar por casa, y me encantó porque él no parecía un multimillonario en aquel momento, sino un novio normal. Como si cocinar para alguien fuera algo que hacía a diario.

Había dejado de ser la fantasía de las bañeras ovales y los restaurantes sin precios en la carta. Ahora era mi realidad.

El momento me pareció muy íntimo, mucho más que lo que habíamos compartido hasta entonces. Más que el sexo.

—Estaba delicioso —le dije tras dejar el plato vacío—. ¿Qué otros secretos escondes?

Sonrió misteriosamente.

—Ya los irás descubriendo poco a poco. Hora de ir a la cama.

Di marcha atrás con la silla y él me levantó en brazos, sin esfuerzo. Una mano bajo mis rodillas, la otra en mi espalda y ya estaba pegada a él, aferrándome a su cuello por instinto.

De pronto, tomé consciencia de su fuerza física y de lo frágil que parecía yo en comparación.

—¿No voy a dormir en el salón? —pregunté al darme cuenta de que se dirigía a las escaleras.

Me había recorrido la parte de abajo y sabía que ahí no había ningún dormitorio, solo un salón grande, un despacho, la cocina, la despensa y dos baños. Di por hecho que dormiría en el sofá hasta que pudiera subir a las plantas superiores.

—Dormirás en nuestra cama.

Nuestra cama. Estaba tan seguro de todo y yo… Yo empezaba a estar abrumada. Me acordé de Maya y de cómo se había puesto. A lo mejor esa era la reacción normal.

—Vik… —susurré mientras subíamos por las escaleras georgianas.

—¿Hmm?

—¿No crees que nos estamos precipitando, quizá?

Se detuvo en medio del pasillo a oscuras. Arriba, el olor a madera antigua era más penetrante. También podía olerlo a él, lo cual me hizo enterrar la nariz en su cuello y aspirar fuerte. Me encantaba su olor, y creo que a él le gustaba que lo olisqueara. Apretó un poco más el brazo con el que me sostenía, como una muestra de cariño.

—¿En qué sentido nos estamos precipitando?

—Llevamos dos días saliendo y ya vivimos juntos. ¿No crees que vamos muy deprisa?

—Hace más de un año que nos conocemos.

—En el mundo virtual. Y la mitad del tiempo no hemos estado en contacto.

—Willa.

—Vik —dije, en el mismo tono, suave y juguetón.

—Llevas meses siendo lo único que me importa. Mira, sé que este pequeño accidente a lo mejor ha precipitado un poco las cosas, pero no me agobia. Me gusta tenerte solo para mí. No me entusiasmaba la idea de compartirte con tu ex, ¿sabes?

—Es que… no puedo andar, y no quiero ser una carga para ti.

Se mantuvo callado un momento. Luego frunció las cejas con gesto pensativo. Intentaba reprimir la sonrisa, lo noté.

—¿Lo estás considerando? —dije, divertida.

—Por supuesto. Yo siempre considero todas las cosas que me dices.

—¿Y?

—Tus argumentos no me convencen. ¿Tienes más?

—Vik.

—Porque, si no tienes más, la respuesta es no. No creo que vayamos demasiado deprisa ni que nos estemos precipitando. No sé tú, Willa, pero yo estoy exactamente dónde quiero estar.

No se me ocurrieron nuevos argumentos y él siguió andando.

El dormitorio era enorme, con una cama que parecía hecha para que no quisieras salir de ella nunca más. Vik me dejó sobre la colcha con un cuidado que era nuevo en él. Supongo que ahora, con el tobillo destrozado, le parecía frágil.

Me quitó el jersey, no de forma clínica, como cabría de esperar dado el contexto, sino con metódica deliberación.

Bueno, al menos eso no había cambiado.

—Puedo sola.

Me miró un par de segundos a los ojos.

—Lo sé —dijo, y me quitó el sujetador.

Me sentí expuesta. Deseada. Abrumada. Todo a la vez.

Estábamos casi a oscuras. Las cortinas dejaban entrar la luz de la calle en franjas. Vik se agachó y me quitó la falda. La arrastró despacio por mis muslos, acariciándome la piel con sus palmas cálidas.

Luego me quitó el único calcetín que llevaba, uno grueso que él me había puesto antes de salir del hospital.

Como me había instado a apoyar el pie en su regazo, noté que la tenía dura y me retorcí de deseo por él.

Intercambiamos otra mirada lenta. Me estaba analizando.

Sus dedos ardían en mi tobillo sano. Subieron despacio por la pantorrilla, casi preguntando hasta dónde quería que llegara.

Excepto porque Vik no preguntaba cuando sabía la respuesta.

Volví a arquearme y separé las rodillas a modo de invitación. Me sentía dolorosamente vacía. Quería sus manos en mi cuerpo. Que subiera más. Lo había echado de menos.

Su mano llegó hasta la parte interna de mi muslo, y la adrenalina inundó de golpe mi torrente sanguíneo. Empecé a respirar más deprisa.

Entonces, bajó igual de despacio. Regresó al tobillo.

Uno estaba roto, inmovilizado, inútil.

El otro ardía en su mano. Le pertenecía, era completamente suyo. Como yo.

—Lo estás deseando, ¿a que sí? —murmuró, buscando mis ojos a través de la oscuridad.

—Igual que tú.

Sonrió, una sonrisa pequeña, privada, solo para sí mismo.

—No es buena idea, doc. Podría hacerte daño.

Me soltó, se puso de pie y se quedó ahí quieto, estudiándome con una arruga entre las cejas. No junté las rodillas, y su mirada me recorrió despacio, sin disculparse por ello. Su expresión no era fácil de interpretar. Cualquier palabra que se me ocurría para definirla la rebajaba. No era hambre. El hambre termina cuando te alimentas.

Lo que vi en sus ojos era algo que no había visto en los ojos de nadie. Me quería entera. No le sobraba ninguna parte de mí. Nunca iba a saciarse.

Pero no se estaba moviendo.

—Vik.

—¿Willa?

Nos sonreímos al uno al otro.

—Voy hasta las cejas de Tramadol. Puedes follarme, en serio. Pídeme sexo a cambio de tu hospitalidad. Estaré encantada de cooperar.

—Ya. Hoy no.

Me desplomé en la cama, gruñendo frustrada, y él se desnudó, riendo por lo bajo, y se tumbó a mi lado.

Giré el cuello para poder mirarnos a los ojos, como habíamos hecho en París.

—Te he echado de menos —murmuró mientras me acariciaba la comisura de la boca con el pulgar.

Encontré una intensidad estremecedora en la sencillez del momento.

—Me había hecho a la idea de que no te vería más. Y ahora estás aquí.

—No pienso hacerme nunca a esa idea. Jamás. Es una idea horrible.

No sé lo que vi en su mirada. Fuera lo que fuera, comprendí que hablaba muy en serio.

…en la obsesión

Me desperté en mitad de la noche, desorientada, sin saber si lo había soñado todo o era real. Me incorporé en la cama y de repente los brazos de Vik estaban a mi alrededor, muy reales.

—Eh. ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

—Sí. Necesito ir al baño.

—Te ayudo.

Era muy cuidadoso. Demasiado.

—Vik. Para. Puedo sola.

—Willa, no conoces la casa. Podrías hacerte daño.

—No soy una muñeca de porcelana.

—Para mí, sí. Eres *mi* muñeca de porcelana y pienso llevarte hasta el baño te guste o no.

Me rendí. ¿Para qué discutir con un hombre irracional?

Me llevó en brazos hasta ahí y me sentó en el váter. Lo fulminé con la mirada para que se largara.

—Muy bien. Espero en el pasillo.

—¡Y cierra la puerta!

—¿Y si te mareas y pierdes el equilibrio?

—*Vik* —gruñí, irritada.

—Vale. La cierro.

Teníamos que aprender a ser una pareja. A marcar límites. A conocer las manías del otro. A decidir cosas. A repartirnos tareas. ¿En qué consistía el trabajo de Vik? No tenía ni puñetera idea. Y ahí estábamos, compartiendo espacio.

Esperó a oír el sonido de la cisterna y entonces llamó con suavidad a la puerta. Se me escapó una sonrisa. Estaba dispuesto a aprender. Me tranquilizaba que lo estuviera.

—Pasa.

Empujó la puerta despacio. Él también sonreía.

—¿Te estoy agobiando?

—Un poco.

—Lo siento. Esto es nuevo para mí.

—Tranquilo. También lo es para mí. Por lo general suelo usar ambas piernas.

—Listilla. ¿Volvemos a la cama?

—Sí.

Me cogió en brazos y yo me aferré a su cuello, apoyé la cabeza en su hombro y dejé que cuidara de mí.

Con ciertos límites.

*****

Maya llamó al día siguiente. Quería verme. Le di la dirección. Alucinó al oírme decir Belgravia.

Y ahora la tenía sentada en el sofá, mirándome sin decir una palabra. Yo iba en camiseta y pantalones cortos. Ella no se había quitado el abrigo. En casa hacía calor. Teníamos un buen día para variar, y el sol se derramaba generoso por los ventanales, franjas largas que se interponían entre Maya y yo como obstáculos físicos, no solo visuales.

En ese momento no me resultaba familiar aquella mujer rubia de ojos grises y ceño fruncido. No era *mi* Maya. O a lo mejor era yo la que había cambiado tanto que ya no sabía cómo actuar en presencia de mi mejor amiga.

—¿Té? —propuse con una sonrisa que desde luego no me pertenecía, un gesto mundano y superficial. Yo no era eso—. Puedo pedirle a Vik que nos prepare un poco.

Él estaba… por ahí. Nos había concedido espacio.

Pero sabía que si lo llamaba aparecería enseguida.

—No quiero té. Quiero comprenderlo. Ayúdame a hacerlo.

—¿Comprender el qué? —Me encogí de hombros.

—Qué haces aquí —aclaró Maya—. Por qué él. ¿Es por el sexo?

—No. Es mucho más complejo.

—¿Es por todo esto?

—¿A qué te refieres?

—A su dinero.

—Por favor, Maya. Lo he escogido a pesar de su dinero, no por ello. Si me conocieras, lo sabrías. Sabrías que esto me… incomoda.

Preferiría que fuera un tío normal, con un trabajo normal y sin toda esta parafernalia de por medio.

—Sí. Perdona. Lo sé. A pesar de todo, te conozco.

Caímos en la trampa de un silencio largo e incómodo.

—¿Qué tal si tomamos ese té? —propuse, animada.

Entornó los párpados.

—Vale. Que tu mayordomo prepare el puto té.

Ahogué una sonrisa.

Me miró y vi que sus comisuras también se habían arrugado. Y ahí estaba mi Maya, la de siempre.

*****

Me puse unos pantalones de Vik, uno de sus jerséis de cachemir cuyo olor me estaba excitando —vivía en un perpetuo estado de excitación desde que lo conocía— y salimos al jardín. Debía de estar guapa, con la cara limpia, el pelo sin lavar, recogido de cualquier modo, y la ropa de mi novio. Me sentía agotada. Feliz, claro. Entusiasmada con mi nueva vida. Pero agotada.

Maya se instaló en una silla de hierro forjado, preciosa, de aspecto antiguo y con pinta de ser terriblemente incómoda, y yo me quedé en la mía, con el tobillo elevado y la cara absorbiendo los rayos del sol.

Vik trajo el té. Y galletas.

Maya me arqueó una ceja. La miré insistente, pidiéndole que cerrara el pico.

—Ten. Mis gafas de sol. Por si te molesta la luz.

—Gracias.

Le sonreí y nos dimos un beso corto en la boca delante de nuestra invitada.

—Un objeto de colección, tu novio —me dijo cuando él se marchó —. Lo admito.

—Sé amable.

—Lo intento. No le he tirado el té a la cara, ¿a qué no?

—Qué gran detalle por tu parte.

—Lo sé. ¿Cómo os va?

—Bien. Nos estamos adaptando.

Me puse las gafas. Sentí que estaría más cómoda con ellas puestas. Eran sexis y masculinas, como todo en Vik, y tenían cristales muy oscuros. Me servían.

—Me sorprende que quiera hacer esto.

—¿El qué?

—Cuidar de ti. Os esperan semanas duras.

Cogí una galleta, le di un mordisco y la dejé en mi platillo, al lado de la taza.

—Ya te lo dije. No es cómo crees.

—¿Y cómo es?

¿Cómo era? Tuve que pensarlo unos segundos. Me había embarcado en una gran aventura con un completo desconocido. Casi como la gente de antes, que se casaba tras un breve y epistolar romance.

—Real. Vik es real. Está aquí, y se esfuerza.

—Vi un documental en Netflix sobre un estafador. También vivía por todo lo alto, con jet privado y mansiones de lujo. Lo pagaba todo con el dinero de sus víctimas. Las captaba en Tinder.

—Por Dios, Maya. Vik no es un estafador.

—¿Cómo lo sabes?

—No me ha pedido dinero prestado. Mira a tu alrededor. Todo esto lo paga él. Evidentemente. Yo trabajo por cuenta propia. En este barrio no podría permitirme ni una plaza de aparcamiento. Paga hasta el puñetero té que nos estamos tomando ahora mismo.

—Bien. Pero si te pide dinero prestado, no se lo des.

—No podría dárselo ni aunque quisiera. Estoy arruinada.

—Si te sugiere que pidas un préstamo, me llamas de inmediato. Vendré aquí y le partiré ese careto de revista que tiene.

—Que sí, pesada.

Sorbió de su té.

Volvió a clavarme la mirada. Estaba deliberando.

—Entonces —emitió por fin su veredicto—, si no es un estafador, solo queda una opción.

Recé para que no dijera que era un psicópata.

—¿Cuál?

—Es bueno en la cama.

No dije nada. Solo negué para mí, con una sonrisa de fastidio en las comisuras.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que era por el sexo! Se lo dije a Dorothea. *Dorothea, mi mejor amiga acaba de volar por los aires su puñetera vida por un par de buenos polvos.* Se lo dije.

—No hables con las enfermeras de mi vida. Y llamar a eso *buenos polvos* es insuficiente.

—Lo sabía —repitió, satisfecha, señalándome.

Maya necesitaba un motivo de peso que justificara mis acciones. No podía aceptar que yo hiciera las cosas porque sí.

Había dejado Medicina para disgustar a mi madre.

Había roto con Alex porque experimentaba un repentino despertar sexual provocado por un desconocido.

Encontrar el porqué de las cosas le daba tranquilidad. Le ocurría lo mismo con los seguros. Tenía un Renault con más años que Matusalén —lo llamaba *Leo*, por DiCaprio— y pagaba un seguro a todo riesgo. La cuota anual valía más que el coche en sí. Pero ella ganaba en tranquilidad.

—Estás encoñada.

—¿Las mujeres podemos encoñarnos? ¿Eso no les ocurre solo a los tíos? Perdona si es una pregunta sexista. Es que lo desconozco.

—Las mujeres podemos obsesionarnos igual, y tú eres la prueba viviente. Una vez asistí a un seminario que trataba sobre el poder de la sexualidad humana. Era bastante inquietante. Quieres follarte a ese tío a todas horas, ¿a que sí?

Sorbí de mi té con parsimonia.

Maya le propinó un golpe a la mesa.

—¡Lo sabía, joder! —se jactó.

Ahora iba a quedarse tranquila. Lo de Vik era otra fase. Como los seminarios. Algo que la loca de Willa haría durante un tiempo y luego dejaría de hacer.

La gente que creía conocerme lo entendía así.

Yo, que no me conocía en absoluto, albergaba ciertas dudas.

*****

—¿Cómo ha ido? —me preguntó Vik cuando volví al interior de la casa. Maya se había marchado.

Me quité las gafas de sol y las dejé sobre la mesa. Él estaba en el sofá, con el móvil en la mano. De repente sentí una oleada de celos. Se me pasó por la cabeza la idea de que hablaba con otras mujeres, como había hecho conmigo durante su noviazgo con aquella actriz.

¿Y si le decía a otra que estaba enamorado de ella o de su alma?

No quería ser esa clase de persona, la que siempre desconfía de los demás, la que duda de las intenciones de todo el mundo. Pero no pude evitarlo. Lo firme se estaba tambaleando.

—Bien —me obligué a actuar con normalidad—. Estamos mejor.

—Me alegro.

—¿En serio?

Frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Torcí los labios con desdén.

—Ella no es tu mayor fan.

—Es tu amiga. Es importante para ti. Y yo no necesito fans.

—Sí. Perdona. Estoy cansada. Creo que son los efectos secundarios de los calmantes. Me dejan irritable.

—Sé cómo mejorar tu humor.

—¿De qué sirve saberlo si no lo estás haciendo?

Se me quedó mirando unos segundos lentos. Estaba desconcertado. No entendía por qué me estaba poniendo furiosa con él.

—¿Nos estamos peleando, doc? —La idea pareció divertirlo—. ¿Es nuestra primera pelea como pareja oficial?

—Pues llega antes que nuestro primer polvo.

—Sí que estás irritable.

Se le veía cada vez más entretenido. Yo echaba chispas.

Dudaba de todo, de él, de mí misma, de que fuera capaz de seguir adelante sin nuestra mutua obsesión…

Vik y yo teníamos algo muy intenso, increíblemente profundo, pero desde que yo lo había dejado todo para estar con él, aquella parte de nosotros se había apagado. Ahora era mi enfermero. *Come esto, no te agotes, duerme un rato, tienes que descansar.*

Sin esa obsesión no éramos nada.

—Voy a lavarme el pelo —me rendí. Ya no me apetecía pelearme con él.

—Vamos. Te preparo la bañera.

Tan solícito como siempre. Le hubiera pegado un grito. Tuve que respirar muy hondo para contenerme.

*****

Me quedé en mi silla mientras él echaba sales y la bañera se terminaba de llenar.

—Voy a necesitar unas muletas.

Se volvió. Estaba arremangado. Acababa de comprobar la temperatura del agua.

—¿No crees que es pronto?

—No.

—Willa.

—Tengo que recuperar autonomía. Dependo demasiado de ti.

Respiró fuerte.

—Muy bien. Te conseguiré unas muletas.

Él tampoco quería pelear.

—Gracias.

—De nada. Ya está el agua.

Empecé a desvestirme. Me quité su jersey y lo doblé sobre el lavabo.

Veía a Vik a través del espejo, apoyado en el marco de la puerta, los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos concentrándose en mí.

Por supuesto que miraba.

Me quité la camiseta de tirantes. No aparté los ojos del espejo. Él tampoco.

El aire entre nosotros era denso. La rabia se estaba convirtiendo en otra cosa, aún no sabía muy bien en qué.

Me las arreglé para levantarme de la silla y desabrocharme los pantalones.

Permaneció tranquilo, sin descruzar los brazos. Era una de las cualidades que más admiraba de Vik, que fuera capaz de conservar

el aplomo en todo momento. Esperaba paciente a que yo me viera obligada a darle la razón.

—Maldita sea —gruñí al darme cuenta de cuáles eran mis limitaciones—. Puto patinete de los huevos. La que me ha liado, joder.

Bajé los brazos, derrotada. No podía quitarme los pantalones y la ropa interior.

Vik se separó del marco, echó a andar hacia mí y se agachó para ayudarme.

No habló. Yo tampoco, me limité a hacer lo que me pedía sin palabras: apoyé las manos en sus hombros para mantener el equilibrio y él me quitó los pantalones y después las bragas. Lo hizo con cuidado, despacio, eficiente.

Cuando estuve desnuda, se quedó agachado unos segundos, con las manos en mis caderas. Sentía su respiración en mi vientre. Sus palmas quemaban mi piel.

No dijo nada, solo permaneció ahí, sosteniéndome. Al final levantó los ojos hacia los míos.

No hubo palabras. No había necesidad.

Le acaricié la firme línea de la mandíbula y él me dejó.

Luego yo dejé que me cubriera la bota ortopédica con una bolsa impermeable, me cogiera en brazos y me depositara con cuidado dentro del agua caliente.

Sentí que mi cuerpo empezaba a relajarse.

Apoyé la nuca en el borde de la bañera y me quedé quieta, con los ojos cerrados, escuchando cómo se movía detrás de mí.

Oí el sonido de la cremallera. Algo —¿su ropa?— cayó al suelo.

Cuando levanté los párpados, estaba de pie delante de mí, las piernas separadas, expresión impenetrable.

No necesité preguntar qué quería. Lo estaba viendo con mis propios ojos.

Me cogió por el pelo y me guio hacia él. No fue brusco. Tampoco se deshizo en amabilidades.

El vapor lo envolvía todo. Yo quería complacerlo.

Lo complací, y después empezó a llover. El día soleado se había estropeado por completo. El cristal que teníamos delante fue

arrebatándonos el jardín poco a poco, hasta que no quedó nada al otro lado, excepto un mundo disuelto en gris. La mano de Vik seguía en mi pelo, pero ahora estaba suelta. Ya no dirigía, solo acariciaba mientras se le iba sosegando la respiración.

Sus ojos oscuros no tenían ninguna intención de dejarme ir. Como el resto de él.

Se sentó en el borde de la bañera, me separó las rodillas con delicadeza y coló la mano bajo el agua perfumada.

Eché la nuca hacia atrás. Cerré los ojos. Lo disfruté. Con Vik siempre lo disfrutaba.

El agua empezaba a templarse. No me importó. Solo existían sus dedos, acercándome a un punto sin retorno.

Llegar fue lo mismo que romperse. Como un dique que cede dentro de ti después de haber aguantado la presión del río durante demasiado tiempo. El placer me inundó de una forma devastadora, y yo me rendí a él.

Me quedé tan agotada que me desplomé contra el borde de la bañera. Mi respiración sonaba pesada. El cuerpo todavía experimentaba pequeñas descargas eléctricas.

Al cabo de unos segundos, me apartó el pelo de la cara con suavidad.

Levanté los párpados para mirarlo. Sus dedos seguían entre mis piernas.

—¿Bien? —dijo con voz grave.

—Bien.

Asintió. Volvía a ser Vik. Volvíamos a ser nosotros.

…en la convivencia

Me aprendí deprisa sus rutinas. Se levantaba temprano, incluso si no tenía nada que hacer. Corría. Sin excepción. No había aguacero que lo frenara. Tomaba el café más cargado que yo.

Y siempre desayunaba lo mismo: tortilla de claras y fruta fresca. Nada de tostadas. Las preparaba solo para mí.

Le gustaba ir al mercado. Lo disfrutaba, hablaba mucho de ello, y me resultaba gracioso porque nunca había conocido a ningún hombre —ni a una mujer— que disfrutara de algo tan corriente como hacer la compra. Él sabía comprar. Se tomaba su tiempo para escoger siempre lo mejor, el queso más cremoso, las manzanas más dulces y jugosas. Tenía buen gusto y debilidad por los vinos. No era teatral, sino alguien que conocía al detalle sus preferencias.

Le gustaba el Vega Sicilia, un vino sedoso español, y le gustaba yo. Así de sencillo.

A mí me gustaba quedarme en la cama y oírlo. Sus pasos en la cocina, el sonido de la cafetera a las seis de la mañana, el agua corriendo en la ducha, entremezclándose con la lluvia…

Cualquier cosa, por pequeña que fuera, me provocaba una felicidad casi absurda.

Como siempre se quedaba dormido antes que yo, permanecía tumbada a su lado durante horas, quieta, escuchándolo respirar. Nunca había estado tan pendiente de otra persona.

Pasé seis semanas con la bota ortopédica y en esos cuarenta y dos días me resultó terriblemente fácil olvidar que el mundo aún existía fuera de aquellas paredes. No me sentía atrapada, encerrada o aislada. Me sentía completa. Estaba justo donde quería estar.

Vik cocinaba para mí. Cosas sencillas, deliciosas. Me traía el desayuno a la cama. Me servía una copa de vino todas las tardes mientras yo buscaba algo que ver en Netflix. Nunca protestaba. Se sentaba en el sofá a mi lado, con mis piernas sobre su regazo, la

mano apoyada en mi tobillo sano, y miraba lo que fuera que yo eligiera.

Me preguntaba cómo podía ser tan flexible con el mando a distancia. O le daba igual o me dejaba ganar.

Un día me harté de salirme siempre con la mía.

—Pero dime qué quieres tú. Has de tener alguna preferencia.

Me miró como si la pregunta no tuviera ningún sentido.

—Prefiero esto —dijo, y señaló con el dedo el espacio entre nosotros.

Me rendí, puse *Grace and Frankie*, y él sonrió para sí.

Me entregué de formas que ni yo misma comprendía, física, mental, espiritualmente… Creamos un vínculo tan inquebrantable que ya no necesitaba a nadie, excepto a él.

Vik me lavaba el pelo. Me follaba todas las noches sin excepción. Podía pasarse horas callado, mirándome. Le gustaba leer el *Washington Post* y el *Wall Street Journal*, y lo hacía todas las mañanas en su portátil mientras tomábamos café. Los días soleados desayunábamos en el jardín. El resto, en el salón, oyendo la lluvia.

A veces lo sorprendía espiándome por encima de la tapa del portátil.

—¿Qué? —le decía entonces, sin saber nunca a qué venía esa expresión en su rostro.

Él sonreía y negaba con la cabeza. Le gustaba verme ahí, relajada, con su ropa y alguna revista que me hubiera traído del quiosco.

*****

El sexo con Vik era como un huracán de categoría cinco, devastador, imprevisible, nunca sabías qué ocurriría a continuación y la adrenalina era máxima.

Después nos quedábamos muy quietos, sin hablar durante horas. Nunca decíamos cosas ridículas del tipo *has estado fantástico, querido*. No había palabras para expresar aquello. Solo intentábamos recuperarnos como podíamos.

—¿Por qué te hacías cortes? —murmuró una noche, mientras su dedo se paseaba por mi abdomen.

A diferencia de otros tíos con los que me había acostado, no preguntó a qué se debían las cicatrices. Él rascaba bajo la superficie.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

Sí, lo sabía.

—Pues… Dentro de mí había como una especie de vacío que intentaba llenar. Necesitaba sentir algo, lo que fuera.

Guardó silencio durante unos segundos, sin liberar mi mirada.

—¿Has vuelto a sentirte así?

—¿En la vida adulta? —Asintió—. No.

—Willa —me regañó, indulgente.

—A veces.

—¿Conmigo?

—No. Contigo nunca.

—¿Me lo dirías si vuelve a ocurrirte?

—¿Quieres que te lo diga?

—Sí.

—Vale. Te lo diré.

Me abracé a él y Vik puso la mano en mi nuca y me sostuvo así durante horas.

—Vik… —empecé una noche de tantas.

Llovía, y nosotros estábamos tumbados en la cama, de lado, mirándonos a los ojos.

—Estoy aquí.

—¿Qué es lo que más te asusta en el mundo?

—Perderte. ¿Qué es lo que más te asusta a ti?

—Que algún día dejes de mirarme así.

Negó, me colocó un mechón tras la oreja y me rozó la comisura con el pulgar. Se puso triste, tanto que quise abrazarme a su pecho, aunque no me moví.

—Eso jamás ocurrirá.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

*****

Su cuerpo era un mapa que yo deseaba aprenderme de memoria.

—¿Cómo te hiciste esta cicatriz? —pregunté, recorriendo su muslo con el dedo.

—Me caí de un árbol.

—¿Cuántos años tenías?

—Creo que nueve.

Rocé su mano, donde había una línea blanca y larga.

—¿Y esta?

—Me arañó un gato. Quise cogerlo y se puso furioso.

Me cubrí el labio inferior con los dientes y sonreí.

—¿Cómo te hiciste esta? —Mi dedo subió por su costado.

—A mi padre le gustaba usar el cinturón.

Besé la cicatriz, y Vik hundió la mano en mi pelo y arrastró mi boca hacia la suya.

*****

Compartíamos una cerveza en un pub en el que todo el mundo seguía el fútbol. El City estaba haciendo un partidazo, según nos dijo el camarero. Nosotros estábamos inmersos el uno en el otro. Todo lo demás era un decorado. De vez en cuando alguien gritaba *gol*, pero era un eco lejano, ajeno a nuestro mundo.

—Oh, por favor. Solo había vampiros.

—¡Blasfema! Los noventa eran mucho más que vampiros. Veíamos *Sensación de vivir*, *El príncipe de Bel Air*, *Los vigilantes de la playa…*

—Ah, sí. Apuesto a que esa te gustaba un montón.

—Pues sí. El guion era excelente.

Le tiré uno de los cacahuetes rancios que nos habían servido y él se rio.

—¿Qué veías tú, a ver?

—*Gossip Girl. Glee. Crónicas vampíricas...*

Se cruzó de brazos.

—Conque todo eran vampiros en los noventa —dijo, divertido.

—Heredamos algunas cosas de los *millennials*.

—Listilla.

Bebí un trago de la jarra y él se rio.

—Tienes bigote.

Alargó la mano por encima de la mesa y me limpió, y yo le guiñé el ojo.

Dos horas después, el fútbol había acabado, todos se habían ido, y Vik y yo seguíamos en nuestro mundo.

—No, en serio, ese profesor me tenía manía. Te lo juro. Odiaba a las mujeres porque su mujer le había puesto los cuernos con el de geografía.

—Y que tú no asistieras a la clase de economía no tuvo nada que ver con la nota que te puso.

—¿Es que no lo entiendes? ¡No podía ir a la clase de un tipo que me odiaba!

—Chicos, lo siento, vamos a cerrar ya.

¿Tan tarde era?

—Madre mía. ¿Cuánto llevamos aquí?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Cuando estoy contigo nunca miro el reloj.

—Listillo.

Me guiñó el ojo.

*****

Cuando acabaron las seis semanas y me quitaron la bota para empezar la rehabilitación, Vik y yo éramos una pareja con todas las de la ley.

Ya no nos unía solo el sexo. Nos unía la intimidad que habíamos construido a base de silencios, de miradas concentradas, de sonrisas, de rutina.

A veces nos aburríamos, pero nunca el uno del otro.

Y yo aprendí a confiar. A dejarlo al mando. A permitirle que cuidara de mí. Creo que sanamos juntos.

Vi a Maya dos veces más en aquel lapso de tiempo. La primera vino a ver cómo me encontraba. La segunda, a traerme cosas del

apartamento que había compartido con Alex. Mis cosas. Mi neceser. Mi cepillo de dientes. Bragas.

Vik siempre me compraba cosas, pero yo necesitaba las mías.

En cuanto pudiera andar, pensaba ir a recogerlo todo. Esperaba que a Alex no le importara tener los pedazos de mi vida anterior en su casa mientras tanto. No habíamos hablado desde que lo dejé en el hospital para irme con Vik. No sabía qué decirle.

Tampoco tenía claro si quería averiguarlo. Pensar en Alex implicaba permitir que otra persona entrara en nuestra relación, y no estaba lista aún para soltar a Vik. Me gustaba aferrarme a él con las dos manos.

—¿Y cómo estás? —me preguntó Maya desde la butaca.

—Bien. —Me encogí de hombros.

—Sí. Te veo bien. Y bien alimentada —añadió, divertida, señalando el plato que yo sujetaba en la mano: galletitas saladas integrales con semillas y aceite de oliva, unas porciones de queso brie, frutos secos crudos y una onza de chocolate negro. Setenta y cinco por ciento de cacao, ya le había dicho a Vik que el de noventa y siete se lo comiera él.

Como iba diciendo, una pareja consolidada. Ya sabíamos lo que le gustaba al otro fuera de la cama. Todo un logro, teniendo en cuenta que no habíamos salido demasiado de ella.

—Sí, bueno, he decidido cuidarme un poco.

—¿Tú, que te tomabas la ginebra como si fuera agua y te encantan las patatas fritas de bolsa, estás comiendo galletitas integrales?

—Están bastante buenas. ¿Quieres una?

—No. Que te aproveche. ¿Y qué tal está el príncipe de Instagram?

—No lo llames así.

—¿Os va bien?

—Maya, por difícil que te parezca, estamos muy enamorados y nos va genial.

—Bien, me alegro por ti.

—¿Cómo está Alex? ¿Qué tal lo has visto?

Negó con la cabeza.

—Jodido, la verdad. Le cuesta asimilar que te hayas largado con un tío al que no conocías de nada.

—Lo conocía.

—¿Cómo se llama su madre?

—¿Y yo qué sé?

—¿Sigues creyendo que lo conoces?

—Por favor, Maya. Si cada vez que nos vemos vas a amargarme la existencia, casi mejor que no nos veamos.

—Muy bien. Pues aquí te quedas, con tu príncipe.

*****

—Es que estoy harta de que se comporte así —me desahogué con Vik durante la cena—. Desde el principio ha tenido esta actitud súper borde contigo, y ya empiezo a cansarme. No sé a qué viene tanta desconfianza. Es como si odiara verme feliz.

Me escuchó, paciente. Me echó más Vega Sicilia y más espárragos hechos a la plancha con sal gorda.

—No odia verte feliz. Te quiere, es normal que se preocupe por ti.

Tendría que haberlo grabado, para enseñarle a Maya que no era un monstruo.

—Pues que deje de preocuparse. Estoy bien.

—¿Por qué os habéis peleado esta vez?

—Porque no me sé el nombre de tu madre.

Sonrió para sí.

—Evelyn. Se llama Evelyn.

—Qué bonito.

—¿Cómo se llama la tuya? Ahora tengo curiosidad.

—Anne.

—Hmm. Mañana empiezas la rehabilitación —cambió de tema.

—Sí. Qué ganas —declaré, irónica.

—Me han dicho que en unos tres meses podrás andar con bastante normalidad. En seis, llevarás tacones. En un año podrás correr.

—No me puedo creer que esté así por algo tan tonto como tropezar con un patinete.

—Los accidentes ocurren.

Pensé en los accidentes. En la inevitabilidad de las cosas. En los cambios irreversibles.

Pensé en que, si no hubiera llovido, si el idiota del patinete no se me hubiera cruzado por delante a toda velocidad, si yo no hubiera pisado el borde de una tapa metálica, no estaría ahí. No viviría con ese hombre. No tendría su mano sobre la mía con el Vega Sicilia a medias entre los dos.

Pensarlo me produjo vértigo. Esta versión de mí misma no existía seis semanas atrás. Había hecho falta romperme para encontrarla.

—¿En qué piensas? —susurró Vik.

—En mí.

—¿En ti? —Le hizo gracia.

—También pienso en nosotros. En lo que tenemos.

Siguió mirándome, aguardando con la paciencia de siempre.

Y al cabo de casi un minuto de silencio, intenté explicárselo.

—Lo nuestro ha nacido de algo forzoso, del dolor. Y, sin embargo, es lo más perfecto y real que he tenido nunca.

—Dolor es lo que somos, Willa. Nacemos del dolor de una mujer, y morimos entre dolores.

—La naturaleza es cruel.

—Creo que es equitativa.

—Yo creo que el vino se nos ha subido a la cabeza.

—También. ¿Un poco más? Venga, acabemos la botella.

—Si bebo más, vas a tener que arrastrarme hasta la cama.

—Me gusta arrastrarte hasta la cama.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué más te gusta? —coqueteé.

Contuvo una sonrisa. Cuando le asomaba aquella curva medida en las comisuras, se volvía el doble de apuesto y yo no podía quitarle los ojos de encima.

—¿Te lo cuento con todo lujo de detalles?

—Sí, por favor.

Me lo contó. Vik podía llegar a ser muy gráfico. Tenía un don.

…en mi nueva vida

En cuanto recuperé la movilidad, empezamos a hacer planes fuera de casa. Nada extraordinario, rutinas normales, lo cotidiano, el tipo de cosas que hacen las parejas corrientes y que, sin embargo, él conseguía que me parecieran extraordinarias.

Íbamos juntos al mercado. Escogíamos la fruta, el queso, la carne y el vino cada dos días. Yo lo encontraba íntimo porque nos besábamos y nos tocábamos todo el rato, en todas las esquinas. Un simple roce de nudillos bastaba para anular el mundo a nuestro alrededor.

Nos gustaba jugar al escondite por los pasillos. Él me perseguía, y al final me atapaba, y yo chillaba y lo hacía reír.

Si pasaba alguien por ahí nos poníamos serios de inmediato, hasta que uno de los dos ya no podía aguantar más la risa y entonces estallábamos en carcajadas. Nos comportábamos como críos. Como los críos que jamás habíamos sido. No mientras él se ocultaba en su casa del árbol y yo corría.

—Ese queso. No, el otro. Ese. Deme una cuña.

—¿Cómo sabes cuál es el bueno? —pregunté, colgándome de su cuello.

Me rodeó la espalda con el brazo y me mantuvo pegada a él incluso cuando intenté apartarme.

—Presto atención a las cosas.

Era la mejor forma de definir a Vik. Prestaba atención a todo. Me prestaba atención a mí de una forma que nadie había hecho antes de él.

—¿Qué haces en mi vida, Vik? —le pregunté un día mientras estábamos sentados en un banco de la calle, sin hacer absolutamente nada. Solo mirábamos a la gente que pasaba apresurada por delante de nosotros.

—¿Qué haces tú en la mía?

Nos encantaba ir al cine. Al teatro. Pasear por Belgravia con un café para llevar en la mano, hablando de todo, o de nada.

Éramos como las parejas de famosos que salen en la prensa amarilla con ropa de vagabundos.

Excepto porque él siempre iba impecable. Incluso cuando se ponía algo corriente.

Mi tobillo todavía protestaba, necesitaba parar y descansar a menudo, pero me apetecía tanto seguir descubriendo el mundo a través de sus ojos que casi siempre ignoraba los ramalazos de dolor, hasta que se me hinchaba y ya no podía seguir más. Lo llevaba todo al límite en aquella época. O puede que superara los límites, no lo sé. Era feliz. Demasiado. Yo no había sido feliz ni de niña.

A Vik le gustaba que le enseñara cosas de mi mundo. Aprendía deprisa, tenía mucho interés.

Y yo disfrutaba haciendo lo de siempre, pero con él.

Aprendió que el té hay que prepararlo en una tetera de cerámica y acompañarlo siempre de galletas, sin excepción. La cultura del pub. El humor británico y que las colas hay que respetarlas con una seriedad casi religiosa.

Descubrió lo que son las *charity shops*, esas tiendas de segunda mano llenas de cosas.

La primera vez que lo llevé a una, su expresión se debatía entre la fascinación y la perplejidad.

—Joder. Cuántos trastos.

Me reí y lo tiré del brazo para que me siguiera.

—Ah, mira esto. Me encantan estas gafas. ¿Qué tal estoy?

Me las puse y él soltó una carcajada. Eran muy extravagantes, de lo más *vintage*.

—Estás súper mona. Trae. Te las regalo.

—Vik.

—Insisto.

La segunda vez que fuimos, se compró una chaqueta. Se la puso un día que hicimos un picnic en el parque. Podía ser un tío normal.

Joder, lo era. Cuando lo miraba, nunca veía a un multimillonario con jet privado. Veía a una persona. Le hacían gracia las mismas chorradas que a mí, veía Netflix durante horas sin aburrirse,

cocinaba, disfrutaba de la lluvia y siempre se reía cuando yo me quejaba del mal tiempo que hacía al otro lado del cristal.

Era como yo, solo que nunca se preocupaba por el día de mañana. Sabía que sería tan extraordinario como el de hoy.

En tan poco tiempo, se había convertido en mi persona favorita.

Hacíamos guerras de almohadas.

Nos tumbábamos en los colchones de las tiendas.

Me follaba contra la pared hasta casi incrustarme ahí.

Lo hacíamos todo juntos.

—¡Willa! —me llamó un día al volver del gimnasio.

Salí del baño descalza y bajé por las escaleras. Llevaba una camiseta suya. Aún no me había secado el pelo.

—¿Qué pasa?

—*Ta-chán.*

Me quedé boquiabierta.

—Dios mío. —Le di un golpecito indignado en el pecho—. ¿Has ido a una tienda de segunda mano sin mí?

—Sí.

—¿Cuánto te han soplado por ese gramófono?

—¿Qué más da?

—¿Funciona?

—Se supone que sí. Venga, probémoslo.

Era como un niño con un juguete nuevo.

Sacó de una bolsa el único disco que trajo y lo puso enseguida. Funcionaba. Jo Stafford. Ni idea de quién era.

—Esto suena a años treinta.

—Es de los cincuenta.

—Una época muy lejana.

Me ofreció su mano. Sonreía.

—No pretenderás que…

Chillé cuando me atrapó por la muñeca y acabé pegada a su pecho.

—Vik, yo no sé bailar esta música de abuelos.

—Tú solo sígueme.

Lo hice.

Un día lo llevé a mi museo favorito, al que solía ir de pequeña con mi padre cada vez que necesitábamos huir de mi madre.

Tuve que sentarme varias veces porque me estaba fastidiando el tobillo. Tardamos casi dos horas en hacer el recorrido de cuarenta minutos.

Vik se detuvo delante de cuadros que yo solo había mirado de pasada. Su ritmo era más lento, casi reverente, y de esta forma yo también aprendí cosas de él.

Aprendí a ir más despacio. A dejar de correr.

Me lo había sugerido en un par de ocasiones. *A veces tienes que parar, Willa*.

Pues estaba parando. Estaba muy quieta. Inmóvil la mayor parte del tiempo. Fascinada por aquel hombre. ¿De dónde había salido? ¿Cómo había podido vivir tantos años sin él? Si echaba la vista atrás, solo veía una existencia vacía.

Un lunes cualquiera salimos de Londres. Vik alquiló un descapotable sin desvelarme sus planes.

—A un sitio especial —fue la única explicación que recibí.

—Qué misterioso.

La carretera serpenteaba entre los árboles. Hacía un tiempo estupendo. Yo, con mis gafas de segunda mano colgándome por la nariz, cambiaba de una emisora a otra sin encontrar nada que me convenciera.

Entonces, me detuve.

—Perfecto —le dije.

Sonaba *Fix You* de Coldplay.

Vik sonrió y cogió mi mano. Saqué la otra por la ventanilla y dibujé ochos en el aire.

*****

—Quiero que conozcas a mi madre —me soltó tan tranquilo.

Llevábamos juntos unos seis meses. Podía ponerme tacones.

Después necesitaba una bolsa de hielo en el puñetero tobillo, pero al menos podía calzar algo que no fueran zapatillas. Ya me había acostumbrado al dolor. Uno se acostumbra a todo, supongo.

—¿En serio? ¿Quieres que vayamos a Estados Unidos?

—Si te parece bien…

—¿Cuándo?

Lo miré interrogante. Estaba de pie delante de mí. Alto. Apuesto. De otro mundo. Mi guapísimo novio.

—¿La semana que viene? —propuso—. Tengo que reunirme con la junta. Podrías acompañarme.

—Vale. Déjame que compruebe la agenda. Bien, sí, solo tengo que mover un par de seminarios.

Había retomado el trabajo. Él había insistido decenas de veces que no necesitaba hacerlo, pero me mantuve firme. Sí que lo necesitaba. Con urgencia, además. Me quedaban quinientas libras en el banco.

No se lo dije porque me habría transferido medio millón y dudaba de que mis quinientas libras pudieran cubrir el coste de la devolución que iba a hacerle.

Necesitaba mi independencia, mi trabajo.

Había asumido que jamás podría pagar mi parte de alquiler de ese casoplón, pero mis gastos personales, algunas compras, invitarlo a comer de vez en cuando... No era negociable.

—Deberíamos salir a cenar esta noche —se me ocurrió de pronto —. Después de mi seminario. Acabo a las siete. Podríamos celebrar que ya tengo trabajo.

—De acuerdo. Mándame la dirección. Te recogeré ahí. Ya busco yo un restaurante.

—Genial. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Poca cosa. Tengo que revisar unos contratos y firmarlos.

—Me sorprende lo relajado que vives. Creía que la gente como tú era adicta al trabajo. Que dormían en la oficina y esas cosas.

Vik sonrió para sí.

—Yo solo soy adicto a una cosa.

—¿A cuál?

Me quitó el portátil de entre las manos, mis gafas de filtro azul, y me empujó hacia atrás en el sofá.

—Haré que lo comprendas.

*****

El restaurante era elegante. Me alegré de haberme vestido para la ocasión. Llevaba un vestido negro minimalista, tacones y el pelo recogido. Vik iba en traje. Me dolía el tobillo, pero había pasado de los calmantes. Quería beber y, además, no me apetecía convertirme en una drogadicta.

—¿Cómo te ha ido hoy? —me preguntó después de rellenar mi copa.

—Muy bien.

—¿De qué iba el seminario?

—La IA.

—Mmm.

—Tú sabrás mucho del tema, señor magnate.

—Yo sé mucho de muchos temas, señorita. Y algunos no son tan aburridos.

Vik siendo Vik.

Llevaba al extremo lo de *tú y yo no necesitamos putas palabras.* Pero a veces yo sí las necesitaba.

—Nunca me has hablado de tu trabajo.

—Es un tema soporífero. ¿Para qué aburrirte?

—Sé que estás en el mundo tecnológico, pero ¿qué haces exactamente?

Se recostó en la silla con esa curva medida en las comisuras.

—Encuentro empresas que tienen un problema que nadie ha sabido resolver y lo resuelvo.

—¿Cómo?

—Depende del problema.

—Vik.

—Willa. —Sonrió muy despacio, milímetro a milímetro.

—No me estás dando nada.

—Te lo juro. Es tedioso.

—Ha de ser importante si te has convertido en multimillonario.

—Ya era multimillonario antes de eso. Solo que no usaba mi herencia.

—¿Cómo es tenerlo todo?

—Igual que no tener nada.

—Eso lo dudo.

—¿Postre?

Qué desperdicio intentar interrogarlo. Siempre me cambiaba de tema. Y yo siempre lo dejaba estar…

—Por supuesto. Estamos de celebración.

Volvió a sonreír.

—¿Algo con chocolate?

—Siempre. Por cierto. Mañana he quedado con Alex.

Endureció la expresión.

—¿Para qué?

—Tengo que recoger el resto de cosas.

—Si de verdad las necesitas, puedo mandar a alguien.

—No. Quiero verle.

—Willa…

—Me largué. Lo dejé en el hospital para irme con mi amante. Le debo una explicación.

—¿Tu amante? ¿Es lo que era yo para ti?

—¿Qué nombre le pondrías tú a lo nuestro?

—No me gustan las etiquetas.

—Pues éramos amantes. Yo tenía una relación y tú también. Lo cual me hace pensar que…

—Ni lo pienses.

—No sabes lo que iba a decir.

—Claro que sí. Ibas a decir que te preocupa que vuelva a hacer lo mismo con otra persona. Y ni lo pienses.

—¿Por qué no? Conmigo lo hiciste.

—Es diferente.

—¿Por qué?

—Tú eres diferente.

—Supongo que es lo que ocurre con los mentirosos. Siempre piensan que todo el mundo miente.

Le hizo gracia mi comentario.

—¿Me harías lo mismo que le hiciste a Alex?

—Claro que no.

—¿Por qué?

—Esto es diferente.

—¿Lo ves?

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

Me convenció. Siempre me convencía de cualquier cosa.

Ahora me tocaba a mí convencerlo de que me dejara pagar la cuenta.

*****

—Gracias por dejarme pagar —le dije cuando ya estábamos en el coche, un Bentley negro que no llamaba mucho la atención.

—De nada. Ahora ¿qué? ¿Quieres que te folle? Puedo pedirle al chófer que suba el cristal.

La pregunta estalló en mis oídos con una crudeza que me estremeció.

—Yo…

—¿Quieres follarme tú?

—Pues…

Su boca se curvó en una sonrisa leve.

—Eres adorable cuando te ruborizas. ¿Lo sabías?

—¿Estás haciendo que me ruborice a propósito?

—Sí —admitió, divertido.

—Eres lo peor.

Me besó, con una dulzura tan extraña en él que me derretí.

—Podríamos explorar nuevas dimensiones del placer esta noche. Dime qué te gusta.

Lo agarré por la mandíbula con los dedos y lo obligué a mirarme.

—Me gustas tú.

Me acarició la mejilla con el pulgar. Sus ojos me sopesaban con calma.

—¿Te estoy dando todo lo que necesitas?

—Sí. ¿Y qué hay de ti?

—Yo solo te necesito a ti, Willa.

*****

Encontré el piso diferente. Tenía la sensación de que hacía demasiado frío ahí dentro. Alex se había tomado el día libre para atenderme. Estábamos sentados en el sofá, a abismos de distancia el uno del otro.

Nada me resultaba familiar. Me sentía como alguien que va de visita a una casa desconocida.

Sin embargo, yo me había acurrucado en aquel sofá contra el cuerpo de ese hombre mientras veíamos la tele. Incluso habíamos follado. Ahora ni siquiera recordaba cómo era el sexo con él. No demasiado intenso. No del que te marca. Con Alex era todo así, agradable y correcto. No supe que necesitaba otra cosa hasta que Vik me lo mostró. Él solía saber las cosas antes que yo. Veía un problema y lo solucionaba.

—Así que seguís juntos.

—Sí.

—Entiendo.

—Alex…

—No digas que lo sientes.

—¿Por qué no?

—Porque no sería verdad.

Tenía razón. No me arrepentía. Era demasiado feliz como para pensar en los demás. El amor es egoísta.

—¿Te trata bien? —susurró al cabo de unos segundos de incómodo silencio.

—Sí.

—A veces hablo con Maya. Se preocupa por ti. Dice que lleváis mucho tiempo sin hablar.

—Ya. Es que se ha estado comportando como una cabrona últimamente.

—No te alejes de tus amigos, Willa.

—No estoy segura de que Maya siga siendo amiga mía.

—A veces las personas necesitamos una red.

—¿Una red?

—De apoyo. Mantén cerca la tuya. Por si acaso.

Bufé una sonrisa incrédula. Me estaban hablando de redes de apoyo. Por el amor de Dios. ¿Qué película se estaban montando mis

amigos? Me sulfuré.

—¿Por qué pensáis todos que es peligroso para mí, si no sabéis nada de él?

—Tú tampoco sabes nada de él. Lo conociste en Instagram.

—¿En serio? ¿Y cuál es la diferencia entre Instagram y el bar de la esquina?

—En el bar de la esquina no te manipula durante meses.

—Guau. ¿Vas en serio?

—Claro que voy en serio, joder.

—¡Vik no me está manipulando!

—Lo hace. Pero no lo estás viendo.

—¿Sabes qué? He tenido bastante.

Me puse a recoger mis cosas y luego me largué dando un portazo.

Fuera me esperaba un coche que yo no había pedido. Me rendí y dejé que el chófer cargara mis trastos. No era una manipulación. Era una ayuda que sin duda necesitaba. Vik estaba siendo considerado. Yo habría pedido un taxi, así que… Una cosa menos que hacer.

Y el tobillo me mataba.

—Puto gilipollas en patinete... —gruñí por lo bajo.

Subí a la parte de atrás del Bentley y revisé el móvil. Tenía una notificación del banco.

Abrí la aplicación y aluciné.

El restaurante en el que habíamos cenado la noche anterior me acababa de devolver trescientas ochenta y siete libras con cincuenta peniques. El importe íntegro de la cena.

¿Aún crees que no te está manipulando?, me dijo un Alex imaginario.

Solté un gruñido fuerte y me eché hacia atrás hasta apoyar la nuca en el respaldo del asiento.

…fuera de nuestra burbuja

—Disculpe —le dije al chófer—. ¿Podemos desviarnos un poco?

Me devolvió una pequeña sonrisa a través del espejo.

—Por supuesto. ¿Adónde quiere ir?

—Al Royal London.

Frunció el ceño.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente.

—Muy bien. Cogeré la siguiente salida.

Miré por la ventana durante todo el trayecto. No vi nada. Estaba ausente. Cabreada…

El coche se detuvo delante del hospital y entonces salí de mi abstracción.

El Royal London era uno de los más grandes y duros de Londres. Las urgencias ahí eran brutales. Maya estaba en las trincheras. Yo vivía en una mansión georgiana y mi novio hacía que el restaurante al que habíamos cenado la noche anterior me devolviera el importe exacto de la cena. Dos mundos tan desiguales que no encontré nexo alguno.

—No hace falta que me espere. Cogeré un taxi.

Entré en el hospital, y por un segundo me pregunté cómo habría sido mi vida de no haber dejado Medicina. No fue más que un pensamiento fugaz. Luego me concentré en buscar a Maya. Di por hecho que estaría en el hospital. Siempre estaba ahí.

*****

Estaba, pero tuve que esperar hora y media hasta que pudo tomarse un descanso.

Cuando por fin salió, era evidente que había tenido un día de mierda. Su rostro exploraba nuevas dimensiones de la palabra *agotamiento*.

Me miró sin decir nada. Unos quince segundos, tal vez veinte. Al final se rindió y me hizo un gesto para que la siguiera.

En la cafetería de la segunda planta, me dejó invitarla a un café y, con nuestros vasitos en la mano, fuimos a sentarnos.

—Quiero que lo conozcas.

—Lo conozco.

—Quiero que lo conozcas de verdad.

—¿Por qué?

Aguanté la fuerza de sus ojos grises inyectados en sangre.

Terminé esbozando una sonrisa pequeña, casi a modo de disculpa.

—Él me hace feliz, Maya. Cuando estoy con él, todo es mejor. La comida, la música, el vino…

—El sexo...

No la contrarié.

—Tú eres mi familia. Él es mi novio. Quiero que os llevéis bien. Los dos sois muy importantes para mí. Ven a cenar esta noche con nosotros. Por favor.

*****

Cuando llegué a casa, Vik había subido mis maletas y todas mis cajas a la habitación.

—¿Dónde estabas? Tus cosas llegaron hace horas.

Le planté un sobre en el pecho con más fuerza de la necesaria. No se movió, solo contrajo la mandíbula.

—¿Qué es esto?

—Cuatrocientas libras. No vuelvas a hacerlo jamás. Ah, y Maya viene a cenar esta noche.

Se quedó ahí, en mitad del salón, con su camisa azul arremangada y una pequeña sonrisa en las comisuras, y yo subí a organizar mis cosas.

*****

Maya llegó dispuesta a odiarlo. No es que yo lo adivinara. Se había encargado de dejármelo claro en el hospital.

Fue Vik el que le abrió la puerta. Le tendió la mano y ella dudó un segundo antes de estrechársela. Después le ofreció la botella de vino que traía. Puedes odiar a alguien sin perder la clase.

—Hola —dije, acercándome a ellos.

Se la veía aliviada de no tener que estar más tiempo a solas con él. Creo que Vik la intimidaba un poco. Ella siempre tenía las cosas bajo control y con él no era así. Nos ocurría a todos.

—Vayamos al jardín —propuse, cogiéndola por el brazo—. ¿Necesitas ayuda con la cena?

—Claro que no —me respondió Vik—. Ahora traigo el vino.

—¿Cocina él esta noche?

—Esta noche y siempre.

—Interesante.

—Le gusta. Lo disfruta. Y yo no puedo quejarme. Solo sé hacer tallarines…

Se rio. Estaba un poco menos tensa.

Fuera hacía una tarde estupenda. Vik salió enseguida con el vino que nos había traído Maya. Lo probamos los tres. Brindamos. Él bebía vinos de seiscientas libras la botella. Sin embargo, supo alabar el de diez. Dijo que tenía cuerpo y una buena acidez, y que maridaría bien con la cena. Lo decía en serio. Para Vik, el precio era un detalle irrelevante. Lo supe cuando lo vi con su chaqueta de segunda mano, tan orgulloso de lo bien que le sentaba. Lo que le gustaba, le gustaba y punto. No era un esnob que necesitara saber el precio antes de decidir si algo valía la pena.

—Sentémonos —nos dijo. Aún seguíamos de pie junto a la rosaleda.

Fuimos hasta la mesa. Había cosas para picar, queso, *prosciutto*, higos partidos por la mitad, pan. Sencillo, como todo lo que preparaba. Sencillo y delicioso.

Maya me miró como diciendo: *¿de dónde has sacado a este tío?* cuando él sirvió el plato principal, algo con rape y limón que olía que alimentaba.

—Impresionante, Vik. Me tienes alucinada, tío. ¿No tendrás algún hermano soltero?

Era lo primero que no sonaba a interrogatorio. Y, además, ¿un cumplido y un chiste? Estábamos mejorando un montón.

Hasta entonces lo había acribillado a preguntas, de dónde era, a qué se dedicaba, qué hacían sus padres, qué había estudiado exactamente y dónde y por qué…

Había ido a Columbia como su padre. No es que me sorprendiera que asistiera a una Ivy League, es que no tenía ni puñetera idea. No necesitaba conocer todos los detalles de su vida para saber que estaba enamorada de él.

—Lo siento. Soy hijo único.

—Maldita sea. Hijo único, listo que te cagas, con jet privado y talento para la cocina.

Vik se rio.

—No llamaría a esto *talento*. Es una receta bastante sencilla. Solo lleva cuatro ingredientes.

Estaba siendo modesto.

—No sé qué lleva, pero está delicioso.

Le sonrió.

—Gracias. Me alegro de que te guste.

En la segunda mitad de la cena, las cosas mejoraron aún más. Vik se interesó por el Royal London, quería saber cómo era trabajar en urgencias, qué veía, qué le costaba más.

Y algo cambió en Maya. Bajó la guardia. Le habló de su trabajo con aquella mezcla de agotamiento y pasión que la caracterizaba, y él la escuchó de verdad. Como me escuchaba a mí.

Vik tenía el don de hacerte sentir más especial de lo que te habías sentido en toda tu vida. Estaba ahí al cien por cien. Se entregaba.

Y Maya dejó de resistirse. Lo vi en su sonrisa, en sus ojos. Se la estaba ganando. Había llegado dispuesta a odiarlo, pero nadie conseguía odiar a Vik. Era demasiado carismático. Al final caías.

Cuando ella se marchó, unas dos horas después, la acompañó hasta el taxi. Los vi desde la ventana, Vik con las manos en los bolsillos, Maya con restos de la cena en un táper.

Intercambiaron unas cuantas palabras en la acera. No oí qué se dijeron. Creo que fue algo amable. Ninguno parecía tenso.

Me aparté de la ventana, satisfecha por cómo había ido la velada, me acabé el vino y metí las copas en el lavavajillas. Era cristal del bueno.

El móvil vibró en la encimera. Maya me estaba escribiendo desde el taxi.

Maya: Maldito sea. Lo pillo. Hasta luego.

Me reí por lo bajo.

Y entonces Vik me empujó contra la pared y me aprisionó con su cuerpo. Ninguno de los dos quería estar en ningún otro lugar, excepto ahí, en aquella habitación. A solas.

Si era una burbuja en la que se nos agotaría el oxígeno, no me importaba.

…en la desobediencia

—Creía que íbamos a Santa Bárbara —me sorprendí cuando me enteré de que acabábamos de aterrizar en Vermont.

—No. Mi madre veranea aquí. Le gusta la soledad de este lugar.

—¿Viene sin tu padre?

—Ya lo creo.

Asentí mientras lo seguía fuera del avión.

Me detuve en la escalera para ponerme las gafas de sol. Vermont era muy verde. Olía a bosque vivo, a helecho húmedo, a naturaleza salvaje. Parecía el lugar perfecto para veranear. Imaginé granjas blancas con tejados rojos, vacas pastando tranquilas, porches de madera —demasiados mosquitos—, luciérnagas, grillos, una manta suave…

Un verano sacado de un cuento, si te ponías una pulsera de citronela.

En la pista había un coche negro con chófer. Un chico joven se ocupó de recoger y guardar las maletas. Todo el mundo ejecutaba a la perfección su papel en aquella coreografía. Yo era la única que nunca sabía qué debía hacer o cómo actuar.

—Estoy un poco nerviosa —le confesé a Vik nada más ponerme el cinturón.

Me dirigió una mirada divertida por encima de las gafas de sol.

Llevaba pantalones blancos y una camisa verde de lino, siempre de manga larga —la manga corta era para gente que no sabía vestir, según Vik.

Estaba tremendamente atractivo. El vuelo de ocho horas no le había pasado factura. Se le veía en su elemento. Encajando en aquella postal que era Vermont en el mes de julio.

—¿Por qué estás nerviosa?

—A ver cómo te lo digo. Sois una de las dinastías más poderosas de Estados Unidos. No sé qué esperar. ¿Y si no encajo?

—Tú encajarás en cualquier lugar en el que esté yo.

Y punto.

Como siempre, todo era sencillo para Vik.

*****

El sanguinolento rojo de los rosales que trepaban por la fachada blanca de la casa fue lo primero que vi al llegar. Había una voluptuosidad casi cruel en la exuberancia de aquellas flores. Tuve dos pensamientos intrusivos. Uno, relacionado con el sexo. El otro, con la muerte. Intenté serenarme.

—Es un sitio precioso —le dije a Vik, que miraba absorto por la ventanilla.

—Mm-hm. Solía venir mucho cuando era pequeño.

—Imagino que te lo pasarías bien.

Cuando giró el rostro hacia el mío, su expresión era extraña, oscura.

—Lo intentaba, al menos.

—Es realmente espectacular.

Me cogió de la mano.

—No dejes que te abrume. Solo es una casa.

Era mucho más que una casa.

Se trataba de una propiedad enorme, colonial, con campo de golf y un bosque de coníferos irguiéndose detrás; la típica mansión en la que veranearía alguien acostumbrado a recorrer el mundo en jet privado.

El lago, gris e inmenso, absorbía el paisaje entero. Más allá estaban las montañas, azules.

Su madre nos esperaba en el porche. Era como esperaba. Alta, delgada, impecable, con el pelo rubio recogido en la nuca; una mujer muy guapa. Sonreía y, aun así, tuve la extraña sensación de que me estaba evaluando, juzgando en cierta manera.

El vestido azul zafiro se movía alrededor de ella como si el aire que la rodeaba tuviera otra densidad. Resultaba difícil mirarla y creer que era real. Al menos, fue la primera sensación que me causó.

—Viktor. —Al envolverlo en un abrazo, su sonrisa se volvió genuinamente feliz—. Mi hijo guapísimo. Cómo te he echado de menos.

Esperaba que no me odiara demasiado por habérselo quitado. Si él vivía tan lejos de ella era por mi culpa.

—Hola, madre. ¿Cómo estás?

Vik también estaba contento de verla. No me había hablado demasiado de su relación, pero supuse que si quería que la conociera era importante para él. Yo no tenía la menor intención de presentarle a la mía…

—Veo que Inglaterra te sienta bien.

—Ni te lo imaginas.

—Aunque estás un poco pálido —añadió en un falso tono de regañina que lo hizo reírse.

—Hago lo que puedo, pero Londres no es Santa Bárbara.

Se dijeron un par de cosas más, y entonces se separaron el uno del otro y ella se giró hacia mí, reforzando la sonrisa.

Deduje que en lo físico Vik se parecía más a su padre de lo que a él le hubiera gustado. Su madre tenía unos ojos verdes que te atravesaban. Dominaban por completo su fisionomía. No pude fijarme en nada más. Me paralizaron incluso el aliento.

—Willa. —Cogió mis manos entre las suyas. Las tenía frías y olían de maravilla, a alguna loción cara—. Qué alegría tan grande. He rezado mucho por esta visita y para que llegarais bien. Inglaterra está tan lejos...

—Lo siento, señora Baumann. —No sabía muy bien por qué me estaba disculpando. Me puse nerviosa. Nunca se me habían dado bien las madres—. Lamento… habérselo quitado.

Se me escapó esa gilipollez.

—Oh, no digas tonterías. —Soltó una risita encantadora—. Vik es feliz ahí. Nunca había estado tanto tiempo en un sitio, ni con una mujer. Eres importante para él, así que lo eres para mí. Y por favor, no me llames señora Baumann. Llámame Evelyn.

—Evelyn. Gracias por este recibimiento. Me alegro mucho de estar aquí y de conocerte.

—Lo mismo digo, Willa. Pero qué guapa eres. —Dejé que me abrazara—. Venid. Os mostraré vuestras habitaciones.

¿Habitaciones? ¿En plural?

*****

La mesa estaba puesta cuando salimos a la terraza. Mantel blanco, rosas sanguinolentas, velas encendidas, a pesar del sol. Apenas eran las siete de la tarde.

Evelyn había estado leyendo la Biblia mientras Vik y yo nos *adecentábamos* para la cena, cada uno en su propio baño.

Él no había protestado por lo de alojarnos en habitaciones separadas. Supuse que en casa de su madre se acataban otras normas. Unas bastante restrictivas. Nos esperaba una semana larga.

—Oh, estupendo. Ya estáis aquí. —Cerró la Biblia y la dejó sobre la esquina de la mesa—. Qué guapos.

Le devolví la sonrisa mientras Vik me aguantaba la silla.

Me senté, y ella cubrió mi mano con la suya por encima del mantel.

—Me alegro tanto de que hayas venido…

—Y yo —mentí.

Había algo en aquel lugar que me inquietaba. Las rosas de un rojo obsceno en el centro de la mesa, el cuero negro de la Biblia, la sonrisa de Evelyn que no terminaba de ser cálida...

Respiré hondo. Estaba convirtiéndolo todo en una amenaza.

Abajo, el lago permanecía quieto. Me costaba imaginar tres meses ahí, en completa soledad. Era bello, sí, pero de una forma que daba vértigo.

—Oremos.

Volví la mirada de golpe hacia ella.

No había rezado en mi vida. Mi madre solo creía en la ciencia y en sí misma. No sabía qué se esperaba de mí. ¿Debía decir algo? ¿Callarme? Desconocía el protocolo religioso.

Ahí sentada, con Evelyn mirándome, me sentí como si hubiera atravesado un portal hacia un mundo extraño y fascinante. Todo era igual en apariencia y torcido por debajo.

Había reglas, normas invisibles que yo podía romper en cualquier momento.

Me pregunté cuántas había quebrantado ya.

Evelyn extendió las manos hacia nosotros. Vik le ofreció la suya sin dudar. Por la mirada que me lanzó, comprendí que debía imitarle.

Descansé mi palma en la de Evelyn y ella apretó. *Fuerte.* Lo cual era chocante en una mujer de apariencia tan frágil.

Tragué saliva, cerré los ojos y ella empezó a dar gracias por la comida, por el verano, por el viaje de Vik y por mi presencia en aquella mesa.

Aunque no se quedó satisfecha con la plegaria. Sintió la necesidad de decirle algo más a Dios.

Y entonces añadió:

—Y que Willa encuentre el camino que le tienes reservado, Señor.

Abrí un ojo.

Vik tenía los suyos cerrados, la mandíbula algo tensa, se concentraba en la oración como el más devoto de los devotos.

Su madre, en cambio, me miraba fijamente.

—Amén —concluyó, con la mirada en la mía y aquella sombra de sonrisa en las comisuras.

—Amén —dijo Vik.

—Amén —farfullé yo con un alivio que ella no pasó por alto.

Mi mano quedó libre y alguien del servicio trajo el estofado que la misma Evelyn había preparado en nuestro honor.

No había vino sobre la mesa, solo agua. Vik, que se tomaba una copa todas las noches con la cena, no protestó.

—El estofado está delicioso —dije después de probarlo. Afortunadamente, no tuve que mentir.

—Gracias, querida. La paciencia es el secreto.

Me abstuve de decir que yo no era demasiado paciente.

—¿Cómo va todo, madre?

—Divinamente. Estoy muy contenta. La iglesia ha crecido mucho este año. El pastor Davis dice que es obra del Espíritu.

—Hmm —gruñó su hijo sin dejar de comer.

—Llega tanta gente… Hambrienta, ¿sabes? Todos están hambrientos de algo real, y es tan hermoso ver cómo lo encuentran...

Se abstrajo unos segundos. Me pregunté si no estaría hablando con el mismísimo Espíritu en un plano distinto al nuestro.

—Mm-hm. —Vik no le hacía demasiado caso.

Yo estaba fascinada. ¿Qué opinaba él de la fe? ¿Era creyente? No tenía ni idea.

—Tenemos vecinos nuevos. Una familia joven sin hijos. Él es ingeniero espacial. Ella tiene una empresa en Silicon Valley. Se les ve siempre tan ocupados, infelices y perdidos… Todavía no han encontrado su camino. Todo el mundo necesita un camino, ¿no crees, Willa?

Me estremecí cuando me apuntó con aquellos ojos verdes.

—Por supuesto.

—¿Asistes a alguna iglesia en Londres?

—No.

—No es de extrañar. Las ciudades están condenadas. La gente que vive ahí no tiene ni la menor idea. Aquí, con este lago y este silencio, es imposible no sentir la presencia del Espíritu. En Londres supongo que es más difícil.

Bebí un sorbo de agua. ¿Por qué demonios no había vino? Jesús lo tomó en la última cena.

—Bastante, sí.

—¿Buscas esa presencia, Willa? ¿En algún lugar?

—No especialmente —admití, a riesgo de que la Reina de Corazones pidiera mi pobre cabeza.

Sonrió como si no me juzgara. Pero lo hacía. Lo vi en mirada. Creía que yo estaba condenada, sometida por el pecado y la lujuria.

De ahí lo de alojarnos en rincones opuestos de la casa.

—Viktor tampoco. Se alejó del camino hace mucho tiempo. Siempre con sus propias ideas, su propio criterio, rehuyendo la verdad absoluta… Los hijos son así. Dios nos los da para probar nuestra fe, creo yo.

—Madre, por favor. Hablemos de cosas más alegres. Cuéntanos alguna anécdota de tus grupos de oración.

—Solo digo la verdad, Viktor. Tú no buscas a Dios. Y, sin embargo, Él siempre está ahí esperándote. El Señor es muy paciente con sus hijos descarriados.

Me pregunté si aquella mujer sabía hablar de algo que no fuera la fe.

—Me lo has dicho decenas de veces, y lamento hacerle esperar tanto.

—Qué blasfemia. Su padre tampoco es creyente. Ni su abuelo. Ni su bisabuelo antes que él. Es terrible. Han estado buscando otras… formas de llenar el vacío —me explicó sin perder la sonrisa—. Pero solo la luz divina puede luchar contra las tinieblas. Viktor, ¿me harías el favor de traer el postre de la nevera? Os he preparado mi tarta especial.

Vik se limpió con la servilleta de tela, la soltó sobre la mesa y compuso una sonrisa de buen hijo.

—Por supuesto.

Se fue, no sin antes lanzarme un guiño cómplice, y entonces su madre se inclinó hacia mí.

—Creo que le haces bien, Willa. Sois una pareja tan hermosa y se os ve tan bien juntos que me siento esperanzada. El mundo está lleno de tentaciones. Dios nos pone a prueba todo el rato. La mayoría fracasamos. Un solo pensamiento te condena. Y mi pobre hijo está condenado desde antes de nacer. Llegó a este mundo manchado por los pecados de toda la familia. Su abuelo era terrible. Su padre segó una vida. Lo declararon defensa propia. Una farsa. Matar es matar, ¿no crees?

—Sin duda, matar a alguien, al margen de cómo ocurrió, pesa sobre la consciencia. Si alguien tiene una.

Mi respuesta la complació.

—Pareces una buena chica. Confío en que ayudes a Vik. Yo lo intenté con su padre, pero fracasé. No fui digna y me culpo a diario. Tú, en cambio, pareces más fuerte que yo. El Espíritu te hará digna. Rezo por ello a diario.

Yo rezaba por entender algo…

—¿Y cómo debo ayudarlo, Evelyn?

—Llámame Eve. Escucha lo que te digo. Hay mucha oscuridad en él. Está demasiado lejos de Dios. Tendrás que traerlo de vuelta. Nadie puede escapar del ojo de la verdad. *Y dijo el Señor: Yo soy el Dios de Israel; convertiré vuestras fiestas en llanto, haré que el sol se ponga a mediodía y toda la tierra quedará a oscuras.*

Sonaba espeluznante.

Me había dejado absorber tanto por la fuerza de su mirada castigadora que pegué un brinco cuando apareció Vik con el postre.

Evelyn se recostó en la silla y levantó el rostro hacia él con una sonrisa encantadora.

—Le decía a Willa lo bien que os veo juntos.

Él me miró. Largo rato. Le aguanté la mirada.

Su madre puso la mano encima de la mía y me dio unos golpecitos cómplices, sin perder la sonrisa. Era la cena más extraña a la que había asistido nunca.

Al menos me había ganado el privilegio de llamarla Eve.

*****

—Madre, si no te importa, voy a llevarme a Willa a dar una vuelta —dijo Vik después del postre—. Quiero enseñarle este lugar.

—Por supuesto. Disfrutad de la noche. El Señor ha sido generoso al regalarnos este verano, ¿no crees?

—Sí. Démosle las gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, Viktor.

Se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla. Yo me despedí con una sonrisa torpe.

Noté aquellos ojos verdes siguiéndome con aplomo. Me sentía localizada. Observada. Elegida.

Vik me cogió de la mano y toda la intranquilidad retrocedió de golpe.

—¿Estás bien?

—Sí. La comida estaba deliciosa. Ya sé de quién has heredado tus talentos culinarios.

Sonrió, bajó al embarcadero y me ofreció la mano para que lo siguiera.

—Vamos a… ¿navegar?

—Sí. Será divertido.

—Pero es de noche.

—¿Y?

Puse la mano en la suya y bajé de un salto.

—¿No se supone que no hay que navegar de noche?

—Eso ¿según quién?

—No lo sé. ¿Según la gente sensata?

—Willa. —Sonrió, me enganchó el pelo tras la oreja y me rozó los labios con el pulgar—. Tú y yo no somos gente sensata. Además, en este lago se puede navegar a cualquier hora. Lo conozco de memoria.

—Justo lo que diría alguien media hora antes de ahogarse.

Se rio de verdad, a carcajada limpia, algo que Vik no hacía demasiado a menudo.

—Sube.

Subí. Siempre siguiéndolo.

Me senté donde me indicó y él arrancó el motor. La lancha se separó del embarcadero despacio. Luego, aceleró, seccionando el lago en dos estelas blancas.

La casa empequeñeció hasta convertirse en una línea de luces tenues. Estaba acostumbrada a cielos de cristal y acero. Ahí había un millón de estrellas.

Miré hacia adelante. No vi nada, solo a Vik al timón, tranquilo mientras penetraba en aquella oscuridad como si la conociera de memoria.

Sentí un escalofrío. En mitad del lago la temperatura no tenía nada que ver con la de la orilla. Me pregunté cómo de fría estaría el agua y cuántos metros conseguiría nadar antes de ahogarme.

—Vik. ¿Vamos a alejarnos mucho más? Hace frío. Voy en tirantes.

Apagó el motor y vino hacia mí. Se sentó a mi lado, pero no me abrazó. Estaba distinto. No sonreía.

—¿De qué habéis hablado mi madre y tú?

—Pues… de la oscuridad que hay en ti —dije sin disimulos.

Entonces sonrió, casi deleitado, como si fuera justo lo que se esperaba.

—¿Y qué más?

—Del pecado. O eso creo. No lo entendí muy bien.

—No me extraña. Delira más de la cuenta.

—¿Siempre ha sido tan…?

—¿Fanática?

—Ferviente.

—Sí. A mi padre le pareció divertido casarse con alguien como ella. Luego se pasó toda la vida follándose a mujeres que no se le parecían en nada.

—¿Cómo se conocieron tus padres?

—Su Iglesia recaudaba fondos para las víctimas de un huracán y mi madre iba puerta por puerta llamando a las grandes compañías de la zona para sacarles una donación. Cuando cree que actúa en nombre de Dios se vuelve implacable. Así llegó al Grupo *Baumann,* donde la recibió mi padre. Él siempre dijo que fue un flechazo.

—Parecen tan diferentes...

—Ni te lo imaginas. Para mi madre, cualquier cosa es una señal divina o un pecado. Se siente culpable por absolutamente todo. En su iglesia predican que el cuerpo es una trampa y ella vive obsesionada con la pureza, sexual, moral, social… Es agotador. Y después está mi padre, que es un depravado.

—¿Qué clase de depravado?

—De la clase que tú imaginas. Varias mujeres lo han acusado de abuso. Todas retiraron la denuncia. Y ahí está, presidiendo el consejo. He oído que tiene dos esclavas sexuales y que las hace gatear encadenadas por la oficina. A veces les da con el látigo. A plena vista. No le importa un carajo.

Volví a estremecerme. Esos niveles de depravación no se daban en mi mundo.

Que yo supiera, claro.

—¿Y cómo fue criarse en medio de los dos?

—Hice lo que pude.

—No estás tan mal —susurré mientras le acariciaba la mejilla rasposa.

Me rodeó el cuello con una mano. Su boca encontró la mía y todo lo demás dejó de importar. Su familia, el pasado… Desaparecieron. Ya no volvimos a hablar más de ello.

*****

Eve debía de estar durmiendo cuando regresamos. O, en todo caso, se había encerrado en su habitación. Los pasillos estaban en silencio. La moqueta se tragaba el sonido de nuestras pisadas.

Vik me cogió por la muñeca y me llevó en dirección contraria a mi habitación.

No dije nada por miedo a alertar a su madre. Ya me imaginaba lo que se proponía. Para citar a Evelyn: su pobre hijo estaba condenado.

—Bienvenida a mi santuario.

—No debería estar aquí y lo sabes.

—Estás en el único lugar en el que deberías estar. Ahora dime qué te ocurre. Llevas toda la noche jugando con el lóbulo de tu oreja. Algo te ronda por la cabeza. ¿Qué es?

—Nada. Estoy bien. En serio.

—Sé exactamente cuándo mientes, Willa. Por si te interesa saberlo. Siéntate en la cama. Separa las rodillas.

Tenía la capacidad de pasar de un tema al otro muy deprisa.

—Vik, ¿y si se entera?

—Tú no te preocupes por ella. Deja que me preocupe yo.

Abrió una botella de whisky y tomó un trago. Luego rodeó mi mandíbula con los dedos, echó mi cabeza hacia atrás y vertió una buena cantidad en mi boca.

Me atraganté y empecé a toser.

—No te pongas nerviosa todavía. Aún no he empezado.

—Vik, no creo que…

—Mírame. Así. No apartes la vista.

—¿Qué te propones?

—Quiero que hagas algo por mí esta noche. Es algo nuevo. Tranquila, te gustará.

Oí el sonido de la cremallera bajando. Supuse que se estaba quitando los pantalones. No moví los ojos para comprobarlo. Me había pedido que no apartara la vista.

—Oye, no sé si es buena idea hacer esto aquí. Deberíamos respetar la voluntad de tu madre.

Una sonrisa lenta, de lado, asomó en su rostro apuesto.

—Puedes irte, si quieres. Pero los dos sabemos que no vas a hacerlo, Willa. Cuando dices que no quieres algo es cuando más lo deseas. Ahora vas a hacer exactamente lo que te digo. Y lo vas a disfrutar.

Al día siguiente aún lo notaba dentro. Salí a la terraza con una taza de café en la mano y ahogué una exclamación.

Su madre había cortado todas las rosas. Ni idea de por qué. Estaban todas ahí, amontonadas en mitad del jardín. Rojas y carnosas, todavía húmedas. Una auténtica masacre.

Entré en casa tan deprisa que choqué con Vik en el pasillo. Iba en traje, estaba a punto de irse.

—Llévame contigo a California.

—¿Qué?

—Me quedaré en el pasillo mientras te reúnes. O en una sala con aire acondicionado y… ¿crucigramas?

Frunció el ceño de forma bastante cómica.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. Solo quiero estar contigo. Deja que te acompañe.

—Pero si volveré esta noche. ¿Seguro que no prefieres quedarte aquí y disfrutar de esto? Puedes tomar el sol, leer, dar *largos* paseos por el bosque… —se burló—. Incluso puedes nadar en el lago si no te alejas de la orilla. Y más vale que no te alejes.

—Ya. No, prefiero estar contigo.

Y lo más lejos posible de las tijeras de podar de Evelyn...

—Muy bien. Le diré a mi madre que no cuenten contigo para la comida ni para la cena.

—Mm-hm. Tardo dos minutos en vestirme.

—Tranquila. La reunión empezará cuando llegue.

Por supuesto, majestad.

…en la eternidad

Volver a Londres, a Belgravia, fue un alivio. Sin rosas obscenas, sin que nadie me recitara la Biblia…

Tras una semana en Vermont se me había pegado el sentimiento de culpa de Evelyn. Por fin estábamos en nuestro templo, rezándole a la diosa del pecado. Qué puñetero alivio. Odiaba sentirme culpable.

Llamé a Maya en cuanto aterrizamos y quedé con ella para comer al día siguiente. Fuimos a un italiano barato donde pedí una botella de Lambrusco solo porque podía.

—No tendría que haber permitido que Vik me poseyera en ese santuario de la pureza.

—Venga, por favor.

—Tú no estabas ahí. Era como si esas rosas dijeran *puta, puta, puta.* Debería llevar una letra escarlata en el pecho a partir de ahora.

Maya soltó una carcajada.

—Joder, tía. Mira que son extraños los ricos. ¿A qué iglesia va?

—¿Y yo qué sé? Una muy restrictiva. El caso es que me alegro de haber vuelto. ¿Qué tal las cosas por aquí?

Se encogió de hombros. Era su primer día de vacaciones. Tenía toda una semana por delante para respirar algo que no fuera asepsia y turnos interminables.

—Ya sabes. Verano en la ciudad. Menos mal que mañana me escapo a Cornualles.

—Qué suerte la mía haberte pillado a tiempo.

—¿Qué vais a hacer Vik y tú este verano? ¿Os marcháis a algún sitio?

—No lo sé. No lo hemos hablado. Y, si te soy sincera, con ir a Vermont yo ya he tenido suficiente.

—No me extraña. ¿Todo el rato ha sido tan…?

—¿Opresivo? ¿Asfixiante? ¿Bíblico?

—Angustioso.

—No, porque pasé mucho tiempo con él a solas. Navegamos, hicimos senderismo, fuimos a la ciudad… Vamos, que vi a su madre lo estrictamente necesario. Un día lo acompañé a California. Tenía una reunión de trabajo.

—¿Y qué hiciste tú?

—Me enseñaron la empresa. Con lo grande que era aquello estuve entretenida toda la tarde. Joder, era como el campus de una universidad de la Ivy League. Y todo el mundo llamaba *señor* a Vik.

—¿Te molestó que no te llamaran *señora*?

—Ja. Lo más gracioso es que cabe la posibilidad de que no haya ocurrido nada en absoluto en Vermont. Eve pudo haber cortado las rosas porque les entró una plaga. Yo qué sé. Todo ese rollo de conocer a los padres multimillonarios de tu novio te jode el cerebro. Conviertes cualquier chorrada en peligro.

—¿Y el padre?

—No estaba ahí. Y, por lo que me han contado de él, se me han quitado las ganas de conocerlo. Por lo visto es todavía peor que Evelyn.

—Vaya familia.

—Y yo que pensaba que mi madre era extraña…

Maya se rio y yo la seguí. El Lambrusco me había puesto contenta.

—Tía, ¡te estás comiendo todo el pan de ajo! Déjamelo a mí, que no tengo novio.

—A Vik no le importa.

—Ya. Seguro. Trae.

Forcejeamos un rato. Luego decidimos pedir más. Iba a echarla de menos, aunque la vería dentro de una semana.

*****

—Tengo algo para ti —me dijo Vik el sábado.

Escondía algo a la espalda. Su expresión misteriosa me hizo reírme.

—¿Qué es?

—Algo que te he estado guardando.

Me lo dio y yo separé los labios con asombro.

—¡Madre mía! ¿Es el vestido de París? ¡Vik! —Le di un golpecito en el pecho.

—Quiero que te lo pongas esta noche.

—Es muy elegante. ¿Adónde vamos?

—A la Royal Opera House. ¿Has estado?

—¿Tengo pinta de haber estado?

—Bien, porque yo tampoco.

—¿Qué vamos a ver?

—La mayor historia de amor jamás contada: *Romeo y Julieta*. A ver si entendemos a Shakespeare de una vez por todas.

—No me haría muchas ilusiones. Pero me apunto. ¿Has guardado también los zapatos?

—Pues claro. Están en tu vestidor.

—Genial. Gracias.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por ser tan atento siempre. Por estar pendiente de mí.

—Eres lo único que me importa, Willa.

Me miró con tanta intensidad que supe que lo decía muy en serio.

Él siempre hacía que me sintiera la chica más afortunada del mundo. Especial. La única. Me encantaba verme a través de sus ojos. Me gustaba la Willa que veía Vik.

Le planté un beso en los labios y me fui a organizar el material para un par de seminarios. Él se fue al gimnasio.

*****

La fachada iluminada y las columnas blancas se recortaban contra el cielo oscuro de Covent Garden.

Había gente en la entrada, parejas y grupos, respetando la cola con seriedad religiosa.

Un hombre en traje nos esperaba en la puerta. Nos saludó, a Vik por su nombre —señor Baumann—, y a mí con el típico *señora* y una inclinación de cabeza. Lo seguimos por una escalera distinta a la del

resto del público. Ni siquiera tuvimos que enseñarle nuestras entradas.

En el palco había cuatro sillas tapizadas, rojas, una mesita redonda y una botella de champán en una cubitera de plata. Me asomé a la barandilla y miré hacia abajo. Todo tenía una escala distinta al mundo de fuera, como si al entrar ahí lo cotidiano hubiera desaparecido.

La araña del techo —dorada como las molduras, las barandillas y los arcos— estaba a nuestra altura. Nunca había mirado un auditorio desde arriba. Ver sin ser vista. Tenía algo de excitante.

Vik me acercó una copa de champán.

—¿Qué te parece? —susurró con los labios pegados a mi oreja.

Me puso una mano en la espalda. Sus dedos ardían en mi piel desnuda. Me estremecí sin tener frío.

—Me siento como un *voyeur* en un mundo que no me pertenece.

—No nos pertenece a ninguno de los dos —murmuró, sin dejar de acariciarme la parte baja de la columna con el pulgar.

—A ti sí, *señor* Baumann.

Sonrió, subió la mano hasta mi nuca y acercó mi boca a la suya sin pedir permiso.

El auditorio desapareció por completo.

*****

En el escenario, Julieta esperaba a Romeo. No podía apartar los ojos de ella, de su vestido blanco, de cómo su presencia y su voz llenaban el teatro entero.

Hasta que apareció Romeo —guapo, guapísimo— no me di cuenta de que hacía un buen rato que Vik ya no seguía la función.

Lo encontré mirándome. Tenía aquella expresión suya que todavía no era capaz de descifrar.

Arqueé las cejas.

Sonrió y negó. No quería nada. Solo mirarme.

Yo estaba absorta en la historia.

Vik estaba absorto en mí.

Tras el intermedio, la música se volvió tempestuosa, cada vez más urgente y apasionada. Se intuía lo inevitable.

La mano de Vik me instó a separar las rodillas. Obedecí, y subió por la parte interna de mi muslo, sin dejar de estudiar mis reacciones. No dije nada. No podía. Me limité a contener el aliento.

Abajo, dos mil personas estaban pendientes del escenario, de la tragedia que sabían que iba a ocurrir. En el palco nada de eso importaba. Mi cuerpo se retorcía de deseo por él. Clavé las uñas en el terciopelo del reposabrazos. Me mordí el labio. Intenté no hacer ningún sonido que me delatara.

La ópera cobró una fuerza arrolladora.

Mi cabeza daba vueltas.

Estaba embriagada. Febril.

Arañé con más fuerza el terciopelo de la butaca.

La música subió. Subí con ella.

Cuando todo estalló —en el escenario, en mí—, Julieta cayó al suelo y yo ahogué un grito.

Vik no retiró la mano de inmediato. Me dio unos cuantos golpecitos y sonrió para sí. Parecía satisfecho.

*****

Íbamos andando por la calle. Yo llevaba su chaqueta por encima de los hombros. Intentaba catalogar lo que había sentido en ese palco. Todavía tenía las emociones a flor de piel.

—Ha sido…

—¿Conmovedor? —me propuso al ver que callaba.

—Extraño. Pero sí, también conmovedor. ¿Qué te ha parecido a ti?

Vik caminaba a mi lado con las manos en los bolsillos. Arremangado. Nunca tenía frío.

—Entiendo el final —dijo tras considerarlo—. Por fin le encuentro sentido.

—¿En serio?

—Sí. No pueden existir el uno sin el otro.

Guardé unos segundos de silencio.

—No. No pueden.

—Deberíamos ser como ellos —murmuró, enfrascado en sus pensamientos.

—¿Suicidas? —dije, divertida.

Se detuvo y se giró hacia mí. Había tanta intensidad en sus ojos que contuve el aliento.

—Juntos por toda la eternidad. Tú y yo tampoco podemos existir el uno sin el otro.

—¿Qué me estás diciendo exactamente?

—Te pido que te cases conmigo.

Se sacó un anillo del bolsillo y lo deslizó sobre mi dedo. Era de oro antiguo, con una piedra pequeña y oscura de color granate. No se trataba de algo que acababa de comprar. Noté décadas de historia en el metal gastado. Ese anillo había estado en otro dedo.

—Era de mi bisabuela. Victoria.

—Es precioso. Y encaja perfectamente en mi dedo.

—Te ha estado esperando durante años.

—¿A mí?

—Por supuesto que a ti. Solo a ti.

Aquella noche en el baño, mientras lo examinaba con más atención, me di cuenta de que había una inscripción dentro. *Amor Vincit Omnia*.

El amor lo vence todo.

Sacaba buenas notas en latín.

Volví a encajármelo en el dedo y entonces recordé que no había llegado a responderle. No le había dicho que sí. Supongo que no era necesario.

…en lo que venga

—Dime que estás de coña. ¿Me voy una semana y ya te me despendolas?

—Maya…

—Pero ¿qué es esta tontería de casarse? Lleváis juntos ¿cuánto? ¿Cinco meses?

—Medio año.

—Medio año —bufó—. ¿Ves el problema?

—¿Por qué te pones así? Creía que ahora Vik te caía bien.

—Y me cae fenomenal. Como novio. Como marido, le faltan unos años.

—Pues no quiero esperar tanto.

—Por Dios, Willa. Tienes veinticinco años. Nadie se casa tan joven.

—Sí, cuando lo tienes claro.

—¿Es que tú tienes claro algo ahora mismo? Porque, sinceramente, lo dudo.

—Guau.

—No, lo digo en serio. Desde que sales con Vik, estás como arrastrada por algo y tengo la sensación de que no controlas nada.

—Mira, paso de este rollo. Me caso y punto. Puedes venir o no.

*****

Vik me esperaba en casa con un Martini seco. Siempre se adelantaba a mis necesitadas.

—Tú sí que sabes cómo conquistar a una chica.

—¿Qué tal ha ido?

—Como temía. Se ha puesto hecha un basilisco. —Le di un sorbo a la copa—. ¿Qué tal con tus padres? Espero que hayas tenido más suerte.

—Mi madre está encantada de que hayamos decidido dejar de vivir en pecado. Aunque se empeña en que el pastor Davis oficie la

ceremonia. Mi padre quiere vernos mañana para cenar.

—¿En California?

Me venía fatal. Ya había movido ese seminario para acompañarlo a Vermont. Si lo hacía por segunda vez, me dejarían una estrella en Google.

—En Londres.

—Ah.

*****

Cuando Elias Baumann entró en el bar, entendí a quién se parecía Vik. El mismo porte, el mismo magnetismo. Me pregunté si su hijo tendría esa cara dentro de treinta años y decidí que sí. Y que no iba a suponer ningún problema.

—Willa. Viktor.

Nos saludó a los dos con un firme apretón de manos. Intimidaba.

Lo seguimos hasta una mesa en el rincón. Las butacas eran de cuero suave. Nos sentamos y el camarero apareció de inmediato. Era un sitio muy elegante. *Old fashion*. Lo había escogido Elias.

—¿Qué van a tomar?

—Whisky —dijo sin mirar la carta—. Solo.

Vik pidió lo mismo. Yo me quedé con el vino.

Hubo un silencio breve mientras el camarero se alejaba.

—Así que os casáis.

Vik le sostuvo la mirada. No buscaba su aprobación.

Elias acabó sonriendo.

—Muy bien.

Abrió su maletín y sacó un sobre. Lo dejó sobre la mesa sin ceremonia, como quien pone un informe en una reunión de negocios. O los resultados de una autopsia.

Cogí mi copa.

Vik no tocó el sobre. Ni siquiera se dignó a mirarlo. Estaba mirando a su padre a los ojos.

—No.

Elias no perdió la calma.

Yo los miraba a los dos sin entender nada.

—Viktor.

—He dicho que no. No va a firmar un puto acuerdo prematrimonial.

Oh.

*****

—Deberíamos hablarlo —le dije a Vik en casa.

Estaba distraído, miraba algo en el móvil, pero lo dejó sobre la mesa. Tenía su atención.

—¿El qué?

—Lo del acuerdo.

—Willa.

—Mira, eres muy rico y entiendo que tu padre quiera protegerte. La gente firma estos acuerdos todo el rato. Lo firmaré.

—No.

—Vik.

—¿Willa?

—¿Lo estás considerando? —dije, divertida.

—Por supuesto. —Él también sonreía.

—¿Y?

—Los acuerdos prematrimoniales son para la gente que pretende divorciarse. No es nuestro caso.

—¿Cómo lo sabes? ¡¿Cómo puedes saberlo?! —le grité.

Vino hacia mí con calma y me cogió el mentón entre los dedos para obligarme a mirarlo.

—Lo sé.

*****

Maya me llamó unos días después. Quedamos en nuestra cafetería favorita. Ella llegó tarde y tenía prisa. Se pidió un triple expreso.

—De verdad que quiero comprenderte.

—No hay mucho que comprender. Le quiero.

—¿Y qué hay de lo demás?

—¿Lo demás?

—Dónde vais a vivir, cuántos hijos vais a tener, cómo vais a repartiros las tareas, los gastos… ¿Lo habéis hablado? ¿Habéis hablado de todo lo que implica estar casados? ¿Sabes a quién vota y qué enfermedades hay en su árbol genealógico?

Mis conversaciones con Vik eran diferentes.

Mírame. No apartes los ojos.

No tienes que protegerte de mí, Willa. Ya es demasiado tarde para eso.

¿Confías en mí? Entonces, hazlo.

No te he dado permiso para moverte.

—No necesitamos hablar de todo eso. Nos enfrentaremos a las cosas según lleguen.

—Así que te lanzas.

—Sí —dije. Categórica. Sin que me temblara el pulso.

Maya sorbió de su café. Sus ojos me retuvieron.

—Y no hay nada que yo pueda hacer o decir para que cambies de opinión.

—No. Pero me gustaría que asistieras a la boda. Necesito a mi dama de honor.

—Alguien tendrá que serlo. Pero cuando todo esto te explote en la cara, que conste que fui la primera en advertírtelo.

—De acuerdo.

Volvió a sorber de su café. Ruidosamente.

*****

Estaba muy nerviosa. Mi mundo iba a chocar con el de Vik en aquella cena. Las consecuencias eran imprevisibles.

—Todo va a ir bien —me susurró él, divertido de verme tan inquieta.

—Mm-hm.

Me abrazó a su costado y plantó un beso en mi sien.

—Tranquila. Estoy aquí. Lo afrontaremos juntos.

Me sentí mejor. Tenía razón. Íbamos a afrontarlo juntos.

—Por ahí llega tu madre.

Intenté que no me flaqueara la sonrisa al decirlo. Él notó mi esfuerzo y me acarició la cadera.

—Willa. Ven aquí. —No quedó otra. Tuve que separarme del cuerpo protector de Vik para que Eve plantara dos besos en mis mejillas—. Cuánto me alegro de verte. Estás guapísima. No sabes lo feliz que me habéis hecho con esta noticia. Ya era hora de que os casarais.

Tenía que arreglármelas para que hablara a solas con Maya.

—Hola, Eve. Gracias por venir.

—Faltaría más. Es un día jubiloso.

—Mm-hm. ¿Qué tal el vuelo?

—Apenas lo he notado. Estuve leyendo todo el trayecto.

La Biblia, seguro.

—Hola, Viktor.

—Madre.

—Oh, qué guapo estás.

Reforcé mi sonrisa.

Nos esperaba una noche larga.

Por ahí llegaba Elias. Seguro que habían volado por separado, cada uno con su propio jet. A la mierda el cambio climático.

—Willa.

—Señor.

No me pidió que lo llamara por su nombre. Se limitó a estrecharme la mano con firmeza.

Eve compuso una sonrisa encantadora. No se dijeron ni hola. Dios, esperaba que nosotros no acabáramos así.

¿Y si acabábamos así?

Empecé a jugar con el lóbulo de mi oreja. Me di cuenta de que él me observaba y dejé de hacerlo de inmediato.

Respiré hondo para tranquilizarme y entonces llegó Maya. Menos mal. Ella rebajaba la presión. Era lo único familiar en aquella cena, aparte de Vik.

—Acabemos con esta parafernalia —dijo tras plantar un beso en mi mejilla.

—Sí. Ven. Te presentaré a los padres de Vik.

*****

Nos sentamos los cinco a cenar. En veinticuatro horas estaría casada. Sentí vértigo. Felicidad extrema, por supuesto, como cualquier novia la noche anterior a su boda.

Pero también vértigo.

Eve golpeó la copa con el cuchillo y se puso en pie.

—Me gustaría proponer un brindis.

Vik me cogió de la mano.

Mi suegro tensó el gesto.

Maya parecía de lo más entretenida.

—Quiero dar las gracias al Señor por habernos enviado a Willa. —Se giró para sonreírme—. Supe que eras especial en cuanto te vi.

Lo mismo me había dicho su hijo en una ocasión.

—Y sé que el Señor te ha escogido por un motivo —prosiguió con aquella sonrisa que daba escalofríos—. Él tiene un propósito para cada uno de nosotros. Oh, soy tan feliz. Por fin Viktor ha encontrado su camino, y todo gracias a ti, Willa. Mañana os prometeréis el uno al otro delante de Dios y nada, excepto la muerte, podrá separaros. Es tan hermoso… Pasaré toda la noche de rodillas rezando para que el Señor os bendiga con tantos hijos como a Gedeón.

—Hay que joderse —gruñó Maya a mi lado.

Yo me limité a sonreírle a Evelyn.

Vik, a pasear el pulgar por mis nudillos.

Su padre, a entornar los párpados como diciendo: *qué puto coñazo*. *¿Por qué no le pides a tu Señor que se nos lleve a todos?*

*****

Sobreviví a la cena. Me había despedido ya de mis suegros —se marcharon por separado— y ahora me tocaba despedirme de Maya. Vik había alquilado un restaurante entero solo para cinco personas.

—Una familia curiosa —me dijo mi amiga mientras las dos esperábamos su taxi—. La madre me ha recitado la Biblia de cabo a rabo y el padre me ha mirado descaradamente el culo. Por cierto, también te lo miró a ti cuando fuiste al baño.

Negué, divertida.

—Gracias por venir. En serio.

—Ya. Seguro que sabes lo que haces, ¿verdad?

—Vik no es como sus padres.

—No parece como sus padres.

No conseguí adivinar si lo decía como algo bueno o si dudaba otra vez.

Llegó el coche.

—¿Una última juerga? —se le ocurrió de pronto. Se resistía a irse —. En fin, es tu despedida de soltera.

Lo era, pero ya tenía planes.

—Lo siento.

—Ya. Con más tiempo hubiésemos organizado algo.

Pasé por alto el reproche.

—Sabes que no me van esas cosas. No me veo paseando por la calle con un pene en la cabeza.

—Lo sé. Tampoco te van las bodas.

—Cierto.

—Pero aquí estamos.

—Esto no tiene que ver con el matrimonio.

—¿Y con qué tiene que ver entonces?

—Con él.

—Dios, sí que estás encoñada.

Me reí, la abracé y subió al taxi.

Vik, que se había quedado a pagar la cuenta, apareció a mi espalda y me envolvió en un abrazo.

—¿Ya eres mía? —me susurró al oído, rozándome la oreja con los labios.

Me recorrió una oleada de electricidad.

—Sí.

—Ven.

*****

Soltó una contraseña para que nos dejaran entrar. Yo estaba fascinada, como siempre que lo seguía a alguna parte.

—Mírate, estás hecho todo un londinense. ¿De qué conoces este sitio?

Se encogió de hombros.

—Conozco muchos sitios. Este me pareció adecuado para tu despedida de soltera.

Dejé de andar.

—No fastidies.

—¿Creías que no ibas a tener una?

—Pues sí.

Me miró a los ojos con esa intensidad que me estremecía.

—Quiero que lo tengas todo, Willa. Absolutamente todo.

Lo besé, y nos quedamos ahí unos segundos, aferrados el uno al otro.

Después, me cogió de la mano y me llevó a un reservado. Me tapé los oídos y solté un grito cuando descorchó el champán.

—Por nosotros —dijo, con la copa en alto.

—Sí.

—Vas a ser mi mujer a partir de mañana.

—Voy a ser tu mujer.

—Pienso ser uno de esos tíos que dicen *mi mujer esto, mi mujer lo otro.*

—¿Serás idiota?

Se rio y volvió a besarme. La cabeza me daba vueltas. La música vibraba a través de mi cuerpo y del suyo. Las luces estallaban y se apagaban de golpe. Durante unos segundos solo teníamos la oscuridad. Era perfecto. Estaba con la única persona con la que quería estar.

—Esos tíos de ahí no dejan de comerte con los ojos —me susurró al oído.

—¿Celoso? —coqueteé.

—No.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no?

—Yo puedo tenerte. Ellos, no. Sígueme.

Mujeres en ropa interior bailaban en el interior de unas jaulas.

—¿Qué es este sitio exactamente? ¿Es un club? ¿O es otra cosa?

—Es lo que queremos que sea.

*****

Nos casamos al día siguiente, en los Cotswolds. Alquiló una mansión de piedra rodeada de colinas que parecían pintadas. La ceremonia se celebraría en el granero. Habíamos invitado a doce personas. Seis míos y seis de Vik. A ambos lados de la alfombra roja, los árboles estaban llenos de bombillas doradas. Parecían luciérnagas. Vik insistió en casarse conmigo al atardecer.

Cuando llegué con mi vestido blanco sin adornos y mi ramo de lavanda, el granero se quedó en silencio durante unos segundos.

Luego, los acordes de un piano flotaron desde algún lugar que no veía. Mi cerebro tardó unos segundos en procesar. Uno. Dos... Al reconocerlo, me tapé la boca con las manos y me eché a reír como una idiota.

Chris Martin caminaba hacia mí cantando *Fix You*.

Chris Martin me iba a llevar al altar.

Se detuvo, con el micro en la mano, y me ofreció su brazo.

Miré a Vik al fondo del granero. Sonreía con esa sonrisa suya, la que guardaba solo para mí. La que decía tú y yo no necesitamos putas palabras.

Eché a andar. Había flores por todas partes. La luz se filtraba entre las vigas y partía el aire en franjas doradas. Vi que Maya tenía lágrimas en los ojos. Asintió cuando le sonreí.

Chris le ofreció mi mano a Vik. Él la cogió, tan solemne que contuve el aliento. Estaba muy apuesto.

El pastor Davis abrió la Biblia.

—Donde tú vayas, yo iré. Donde tú te quedes, yo me quedaré.

Apenas presté atención al sermón. Tenía los ojos clavados en mi futuro marido y no podía parar de sonreír.

Vik dijo sus votos con sencillez.

—Te vi y lo supe. Solo podías ser tú. Te prometo estar. Siempre. En lo que venga. Por toda la eternidad.

—Vik, no se me dan bien los discursos. —Hice una pausa. Parpadeé. Intenté que no me flaqueara la voz—. Solo quiero decirte

que he dejado de huir. Estoy aquí y me quedaré para siempre.

El pastor Davis dijo algo sobre lo que Dios ha unido, que el hombre no separe.

Y ya estábamos casados.

*****

—Con todos ustedes, el señor y la señora Baumann.

Había un DJ. Probablemente, alguien famoso. Coldplay ya había terminado su actuación.

Vik me abrazó. Nos tocaba abrir el baile.

—Hola, esposa.

—Hola, esposo.

Me acarició el cuello con los dedos. Todo el mundo nos miraba, pero me daba igual. Tenía que besarlo.

Lo hice, y él se aferró a mí como si no pensara volver a soltarme jamás.

Sonaba *Love is Blindness*, de U2. Supuse que la había escogido a propósito. Vik nunca dejaba nada al azar. Prestaba atención a los detalles. Sabía lo que quería en todo momento. Él siempre supo que me quería a mí. Entre millones de opciones, era la única.

—Ha sido una noche… —Me detuve. Me costaba expresarlo.

—¿Eres feliz?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo soy feliz desde que te conozco.

—Te quiero, Vik. Joder, te quiero.

—Y yo te quiero a ti, Willa. Nos pertenecemos el uno al otro. —Rozó mi anillo, el de su bisabuela, y sonrió con tristeza—. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí. Ahora, sí.

*****

Las mujeres del aeropuerto llevaban velo. No tenía ni idea de dónde demonios estábamos.

—¿Vamos a quedarnos aquí?

—*Nop.*

—¿Qué estás haciendo, si puede saberse?

Mi marido, apoyado en el mostrador, llevaba un buen rato rellenando formularios.

—Estoy alquilando una avioneta.

Eché un ojo a los papeles. No entendí nada.

—¿Hablas… lo que sea eso?

Contuvo una sonrisa. Dios, ¿cómo podía ser tan guapo?

—Lo he hecho muchas veces. Me lo sé de memoria. Listo.

Se lo entregó al hombre que nos atendía y a cambio recibió unas llaves.

—No vas a decirme adónde vamos de luna de miel, ¿a que no?

—Claro que no. Sígueme.

Lo seguí. Me llevó a una zona en la que había cajas fuertes. Al teclear un código, una de ellas se abrió. Vik guardó ahí su móvil.

—Dame el tuyo.

Le fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—No se permite tecnología adónde vamos.

Lo miré divertida.

—¿Vas a llevarme a un retiro espiritual?

—Voy a llevarte a un sitio en el que solo existimos tú y yo.

—Qué romántico. Un momento. Voy a llamar a Maya para decirle que me quedo sin móvil.

Esperó paciente.

Maya no descolgó.

—Estará trabajando —me dijo al ver que hacía una mueca.

—Seguro.

—Ponle un mensaje.

—Sí.

Yo: Tía, Vik y yo estaremos incomunicados durante un tiempo. Me lleva a un retiro espiritual. O algo… *Namasté*.

Pulsé enviar, se lo entregué y él lo guardó
en la caja antes de cerrarla.

Sonó un pitido.

*****

Vik pilotaba la avioneta con la misma seguridad con la que lo hacía todo. Yo tenía las uñas clavadas en el asiento. El trasto no dejaba de zarandearse. ¿Era normal que el viento lo moviera tanto?

—Madre mía, Vik. ¿Seguro que sabes lo que haces?

—Willa, relájate. Yo controlo la situación en cada momento.

Intenté relajarme mirando las vistas. Todo mar. Mar turquesa. Mar azul. Mar profundo. Nadie nos oiría gritar *Mayday*.

…en el Paraíso

Londres quedaba tan lejos que dudaba de que aún existiera. El sol y el aire no eran los mismos aquí. Incluso el cielo lucía diferente, un azul irreal, sin rastro de la cúpula grisácea que asfixia las ciudades.

Vi pájaros exóticos de plumaje colorido. Palmeras. Una vegetación tan densa y verde que parecía sacada de otro mundo, uno prístino, puro, inalterado por la presencia humana.

Luego estaba el mar en calma, con el agua más cristalina que había visto jamás. La arena era blanca y fina. La temperatura, suave.

Pensé que era el lugar perfecto para desaparecer.

—¿Qué te parece?

Vik me había concedido unos minutos para que me dejara absorber por el paisaje.

—Hemos muerto en esa avioneta y esto es el Paraíso, ¿a que sí?

Esa sonrisa otra vez... Pequeña, misteriosa, puede que incluso inexistente.

—Esto es real, Willa. Es lo único real que hay en el mundo.

—Es precioso. ¿Qué es este sitio?

—Una isla privada.

—Guau. ¿Dónde exactamente?

—En mitad de ninguna parte.

—¿Es tuya?

—Nuestra, sí. Esta playa nos pertenece. Puedes bañarte desnuda si quieres. Nadie te verá. Solo yo. ¿Lista para conocer nuestra casa?

—Sí. Creo que ya estoy lista para conocer tu mundo. Aunque…

Se volvió con una sonrisa.

—¿Qué?

—¿Podemos quedarnos aquí unos segundos más?

—Pues claro. Tómate el tiempo que necesites. En este lugar los relojes se detienen.

Me quedé muy quieta, empapándome de todo.

Las nubles eran blancas y tan resplandecientes que dolía mirarlas. Pasaban veloces por encima de nosotros, como si tuvieran prisa, algún sitio mejor al que ir.

A mí no se me ocurría nada mejor que eso. Esa brisa marina, perfumada de flores en su pleno apogeo. La camisa blanca de Vik agitándose en el viento. Que el tiempo no significara una mierda.

*****

La villa se aferraba a la ladera como si hubiera crecido ahí. Los materiales debían de ser autóctonos. Tejado de paja, madera oscura, piedra volcánica... Nada que desentonara. La construcción parecía perfectamente integrada en la selva. No era ostentosa, era sencilla y perfecta para nuestra luna de miel.

Me pregunté si el jardín era un jardín o simple naturaleza. Imposible saberlo.

Había una piscina en la roca, a medio camino entre la casa y la playa. Desde el borde vi cómo el agua del mar cambiaba de tono tres veces antes de llegar al arrecife: una franja turquesa, una azul y la última de un cobalto profundo. En otras partes habría jurado que era verde como las esmeraldas.

Vik me cogió en brazos. Solté un chillido.

—¡Oye! ¿Qué haces? —Me reí—. Este tobillo todavía aguanta un rato.

—Lo sé. Pero ahora eres mi mujer y es la primera vez que entras en nuestra casa. Es la tradición.

—*Tu mujer* —coqueteé—. Me gusta como suena.

—A mí también —dijo tan serio que lo besé.

Después, cruzamos el umbral. Ahí me dejó en el suelo para que lo descubriera todo a mi ritmo.

Había un solo dormitorio, un salón, una cocina y un baño. La habitación era blanca y desnuda. No vi ninguna necesidad de estropearla con algún adorno vulgar. El océano y la selva entraban por todas las ventanas.

Teníamos una cama enorme, un armario y poco más. Nada que echara en falta.

Las cortinas blancas se movían con la brisa.

Crucé las puertas abiertas que daban a la terraza, apoyé las manos en la barandilla y respiré hondo. En medio del agua, en la lejanía, vi otra isla.

Y nada más. Mar y selva.

Ahí solo estábamos Vik y yo, náufragos en el Paraíso.

*****

No estábamos solos.

Al día siguiente, una mujer con velo me sirvió el desayuno en la terraza. Vik no estaba. Yo había dormido hasta, probablemente, mediodía. ¿Quién sabe? En un sitio sin relojes, siempre es la hora que tú quieres que sea.

Y yo decidí que era por la mañana y que me tomaría el café y las tostadas integrales. Para desayunar había fruta tropical, tortilla de claras, ganchas de avena con arándanos y una jarra con agua y limón. Todo muy sano. Todo muy cuidado. No esperaba menos.

—Muchas gracias. Tiene una pinta fantástica.

La mujer me miró de una forma que nunca olvidaré. Como si no esperaba que le hablara. Como si el hecho en sí le resultara aterrador. No le veía el rostro. Lo ocultaba tras un velo. Pero los ojos… Los ojos eran oscuros, parecidos a los míos.

Se fue de inmediato. Sin responderme.

Fruncí el ceño.

Vik volvió al poco rato. Había estado nadando. Me dio un beso largo en los labios, intercambiamos una sonrisa y se sentó a mi lado. Tenía el pelo mojado y solo llevaba una camisa blanca y pantalones de un cobalto parecido al mar.

Las flores del jarrón eran moradas. Me recordaban al velo de la mujer.

Ahora ella ya no estaba. Fue todo tan breve que de no haber tenido el desayuno delante, habría creído que me lo había inventado por culpa del *jet lag*. Que ahí no había nadie aparte de Vik y de mí.

Pero el café de mi taza decía otra cosa.

—Creía que estábamos solos.

—Lo estamos.

—¿Y la mujer?

—¿Qué mujer?

—La que ha preparado todo esto.

—Ah. Ella está aquí para servir. Viene y se va. Estamos solos el resto del tiempo. Tú y yo.

—¿Quién es?

—Ni idea. No sé cómo se llama.

Sorbí de mi café. Estaba delicioso, supuse que ecológico, cultivado a mil quinientos metros sobre el nivel del mar.

—Nunca te había oído hablar así —comenté tras unos segundos de silencio.

Vik giró el rostro hacia el mío. Tenía el ceño fruncido. Desde ahí podía oír el roce seco y constante de las hojas de palma del jardín. Chocaban entre sí.

—¿A qué te refieres?

—Has sonado a multimillonario por primera vez. *Ella está aquí para servir*. No lo sé, lo has dicho como si fuera una especie de esclava.

—No pretendía que sonara de esa forma. Es que los aborígenes tienen una mentalidad distinta a la nuestra. Para ellos, servir es un honor. No quieren ni que notemos su presencia. Son como fantasmas. No hablan, no nos miran, no les gusta intervenir en nuestras vidas. Solo buscan servir y que todo esté perfecto.

Tenía mucho sentido.

Con una excepción: ella me había mirado. Y aunque no le había visto el rostro, habría jurado que era occidental.

*****

El mar estaba en calma, tan inofensivo que me pareció imposible que alguna vez fuera a tornarse peligroso. No era como el mar de Inglaterra, gris, frío, amenazador. Este era un mar amable, de aguas cálidas. Casi podía ver su sonrisa, como si de una persona se tratase. Sin duda, ese mar me sonreía.

Vik, sentado en una esquina del velero, los brazos cruzados sobre el pecho, me miraba embelesado. Creo que llevábamos por lo menos media hora así, absortos el uno en el otro.

—Estás para que te suban a Instagram —rompí por fin el silencio —. Lástima no tener un móvil a mano. Me encantaría presumir de marido.

Le asomó aquella curva medida en las comisuras.

—Willa. Estás muy enganchada. Necesitas desconectar. Vive un poco. Esto es la vida real. Este mar. Este velero. Yo.

—Claro que estoy enganchada —dije, riéndome—. Soy Gen Z. Los zetas, cuando perdemos el móvil, cogemos el de otra persona para decir públicamente que hemos perdido el móvil. Pero ¿qué vas a saber tú, *millennial* aburguesado?

Sonrió detrás de las gafas de sol. Estaba tan guapo, ahí en mitad del mar, con la camisa blanca al viento y el rostro bronceado, que me volvía loca. Me sentía la chica más afortunada del mundo. Lo tenía a él. Se había cumplido mi deseo de cumpleaños.

—¿Lista para ver qué hay debajo de nosotros?

—Espero que estés bromeando.

—No. Vamos a bucear.

—Vik, yo no hago estas cosas. No soy una aventurera como tú.

—*Antes* no hacías estas cosas. Ahora, sí. Vamos, Willa. Déjame que te enseñe mi mundo. ¿Confías en mí?

Joder.

*****

El mundo de Vik era profundo. Colorido. Extraño. Fascinante.

Había luz. Esperaba oscuridad, pero las columnas oblicuas que penetraban el agua desde arriba y se deshacían antes de tocar el fondo bañaban las profundidades con un brillo especial.

Especies de peces cuya existencia desconocía nadaban tan cerca de mí que podría haberlos rozado. Los corales parecían árboles. Me hallaba en una ciudad en la que vivían seres distintos a mí.

Vik me observaba mientras yo lo descubría todo. Mientras sonreía como una idiota. Mientras paseaba los dedos por el agua diáfana y

rozaba los suyos.

Pensé que eso era lo que sentía él cada vez que me miraba absorto, la misma fascinación que experimentaba yo al mirar aquella versión del mundo, sumergida, disponible solo para quienes se aventuraban a encontrarla.

*****

Mi cabeza descansaba sobre su pecho desnudo. Mi dedo recorría el contorno de sus abdominales uno a uno.

—Dime, ¿soy Eva? ¿O has traído a otras mujeres a este paraíso?

Las cortinas se movían con la brisa. De noche el mar ya no era azul. Era negro. Otro.

—Lo eres todo —murmuró, antes de aprisionarme contra el colchón.

De haber querido moverme, me habría resultado imposible. Me dominaba por completo, desde los ojos clavados en los míos hasta las manos que me sujetaban por las muñecas.

De haber querido moverme.

Pero yo no quería.

…al otro lado del Paraíso

Con la lluvia, la isla mostraba una cara menos paradisiaca. Y yo, sin televisión ni Netflix, también exponía una menos sonriente. Echaba de menos la tecnología. Nunca había pasado tanto tiempo desconectada. Tenía el síndrome del miembro fantasma. A cada tres segundos quería coger el móvil para escribirle a alguien.

Entonces, recordaba que solo tenía a Vik. Y, por supuesto, el Paraíso.

No me extrañaba que Eva mordiera la manzana. Acabó hasta las narices de tanta perfección.

Y la lluvia era interminable. Vik la llamó *temporada* de lluvias. Lo cual quería decir que iba a llover durante días, semanas, meses, años, abismos de tiempo.

Tocaba desayunar dentro, delante de las ventanas del salón. La mujer que me atendía ahora era otra. No le veía el rostro —ella también llevaba velo—, pero su piel era oscura. No había vuelto a ver a la del primer día. Esta no parecía dispuesta a desobedecer las reglas. No me miró cuando le agradecí el desayuno. Entró y salió. Un crujir de telas vaporosas, un atisbo de morado, y luego nada. Silencio y lluvia.

Puta lluvia.

Vik había salido a correr por la playa y a nadar a pesar del mal tiempo, y mi humor empeoró según avanzaba la mañana. ¿Qué iba a hacer todo el día? Follaríamos en cuanto se duchara. ¿Y después qué? Nos miraríamos durante horas. Tenía que haber algo más en el mundo. Algo con lo que poder entretenerse. ¿A él nunca le entraba la fiebre del encierro? ¿Conmigo tenía suficiente?

—Voy a volverme loca, Viktor —aseguré en cuanto cruzó la puerta, mojado y sonriente.

La ropa se le pegaba al cuerpo, delineando cada músculo. En otro momento me hubiera distraído. Ahora, no.

—¿Por qué? —preguntó después de rozar mis labios con un beso.

—El tiempo pasa muy despacio aquí.

—Es de lo que se trata. Vivimos muy deprisa. Nunca disfrutamos de nada.

—¿Disfrutar? He contado mil ochocientas cuarenta y dos gotas de lluvia deslizándose sobre el cristal. Como cuente una más, se escribirá un crimen en el Paraíso.

Se echó a reír.

—Vale. Lo entiendo. Estás irritable.

—Por favor, no digas que es hormonal. No me sueltes esa mierda de la menstruación.

—Claro que no, doc. Yo no entiendo de anatomía. Bueno, sí, pero desde otra perspectiva.

—Oh, no, ni se te ocurra distraerme con el sexo. No te va a funcionar esta vez. Te lo advierto.

*****

Funcionó.

Estaba en la cama, entre sus brazos, dibujando ochos por su pecho torneado. Fuera llovía a cántaros. Era una lluvia muy violenta. Encajaba bien con la pasión que Vik sentía por mí.

—Estabas aquí cuando desapareciste, ¿verdad?

—Sí.

—Dijiste que necesitabas poner cosas en orden para dedicarte a nosotros por completo.

—Mm-hm.

—¿Qué cosas pusiste en orden aquí?

—Cuando lleves el tiempo suficiente, lo comprenderás.

—¿Estuviste meditando o algo así?

—Algo así.

*****

Había una biblioteca. Era de cristal, con suelo y techo de madera, y una escalera para llegar a los estantes de arriba.

Vik me llevó al día siguiente.

—¿Qué otros tesoros ocultas en esta isla?

Me sonrió.

—¿Qué tal si los descubrimos poco a poco?

—Aquí hay muchísimos libros.

—Y tantos. Si nos pasáramos la vida entera dentro de esta habitación, no podríamos leerlos.

Sentí inquietud ante la idea de pasarme toda la vida ahí dentro. Pensé en su madre, que buscaba siempre el aislamiento. Como la casa de Vermont, con esas rosas carnosas. Vi a Evelyn sola y frágil delante del lago, intentando encontrar a Dios, y me estremecí.

Vik me ofreció un libro.

—¿*El Gran Gatsby*? —dije, divertida.

—¿Lo has leído?

—No. Nunca he sido una entusiasta de la lectura. He leído a Oscar Wilde y a unos cuantos clásicos ingleses, pero poco más. Me gustaba más la biología. Ya sabes, disecar.

—Disecar. —Sonrió y negó para sí—. Pues vamos a descubrir qué otras cosas podrían gustarte, doc.

Se sentó en una de las butacas y abrió su libro. *La isla misteriosa*, de Julio Verne. Claro que sí.

Lo imité, me instalé en la otra butaca a su lado, y me sumergí en el mundo perfecto que un hombre había construido para atrapar a una mujer. Era triste y un poco perturbador el libro. Gatsby quería a Daisy. A su manera. La quería encerrada en una jaula.

Miré a Vik. Estaba inmerso en su lectura. No sabía qué lo mantenía tan atrapado. ¿Aventuras, misterio, peligro? No había leído a Julio Verne. A él parecía gustarle. Estaba tan concentrado que no se dio cuenta de que lo espiaba por encima de la cubierta.

Llevábamos mucho tiempo ahí dentro. Horas. No sabía cuántas.

Como siempre, el tiempo era un concepto ajeno a nosotros.

La mujer del velo nos había servido la comida en la biblioteca. Ni idea de cómo supo localizarnos. Vik no se había movido de su butaca para avisarla. ¿Lo había hecho antes? ¿Cómo? No teníamos teléfono. ¿La mujer estaba siempre ahí, sin dejarse ver? ¿Tenía Vik alguna forma de contactar con el exterior, una en la que yo no había reparado hasta entonces? ¿Qué había en esa isla misteriosa suya?

—¿Qué tal tu lectura? —me preguntó cuando ya estaba anocheciendo.

Era la única forma que tenía de controlar el tiempo. Más o menos.

Sol naciente: otro día más en el Paraíso.

Sol poniente: otro día más en el Paraíso…

Aunque ahora no hacía sol. Ahora llovía a mares.

—Bueno…

—¿Eso es todo? —Le asomó una sonrisa.

—Me ha parecido realista.

—¿Realista?

—Demuestra que no puedes atrapar a alguien. Por muy bonita que sea la jaula.

—O puede que Gatsby escogiera a la mujer equivocada —señaló Vik.

—Todo es posible. ¿Qué tal tu lectura?

—Bien.

—¿Solo bien?

—No está a la altura de otras cosas que podría haber hecho hoy.

—¿Cómo cuáles?

—Te lo mostraré en cuanto lleguemos a casa.

Era una promesa. O una amenaza. No estaba segura de cuál de las dos encajaba más con su rostro compacto.

*****

Sus labios estaban sobre los míos. Abrí los ojos.

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido?

—Estoy molida. Me duele todo el cuerpo. Anoche debí de caer en un coma profundo.

—¿Del que te ha despertado mi beso de amor verdadero? —propuso con una sonrisa de lado.

Tiré de él hacia abajo hasta que aterrizó encima de mí.

Me aferró por la cintura con las dos manos, me sonrió y me besó. El desayuno tendría que esperar.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —dije, después.

—Sigue lloviendo. ¿Te apetece que volvamos a la biblioteca?

Dije que sí. Tampoco es que hubiera más opciones. Podíamos nadar bajo la lluvia, infligirnos placer físico el uno al otro o leer. Un libro me permitiría salir de la isla durante un rato. Necesitaba saber que había un mundo más allá.

No llevaba mal estar a solas con Vik, sin nadie más. Ya lo habíamos hecho durante mi recuperación, y estuvo genial.

En Londres. Donde teníamos wifi.

Donde estaba aislada, pero al mismo tiempo conectada.

Aquí solo estaba.

—¿Dónde vive la mujer del velo? ¿Y cómo llega hasta aquí? ¿En barco, en avioneta, andando?

Me miró por encima de su libro. Leía a Jacques Prévert. Le debían de gustar los franceses.

—Cuántas preguntas. ¿Te aburre tu libro?

—Una chica sin nombre se casa con un inglés rico y acaba en una mansión con una criada espeluznante. Es demasiado opresivo. Prefiero hablar.

—La mujer del velo vive en otra parte de la isla.

—¿Y qué hay en esa otra parte de la isla? ¿Gente? ¿Qué se oculta detrás de esta selva? ¿Hay más casas de millonarios?

—Sí. Hay otras seis casas.

—¿Los conoces?

—Son amigos míos.

—Perdona, ¿qué? ¿Que *tú* tienes amigos en esta isla?

Sonrió.

—Sí.

—¿Y por qué yo no los conozco? ¿Son los que invitaste a la boda, tus amigos de Columbia? Porque me cayeron bien.

—No. Son otros.

—¿Y por qué no hemos ido a saludar?

—Esperaba a que terminara la luna de miel antes de incluir a más personas en esta relación.

—Pues me gustaría conocerlos, si es que están en la isla.

—Siempre están en la isla.

—¿Acaso viven aquí?

—Sí.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Bueno, esto es el Paraíso.

—En mi versión del Paraíso hay Netflix.

Se rio. No me dijo que estaba enganchada. No dijo nada.

—Bien, ¿y cuándo vas a llevarme al otro lado? —insistí, impaciente.

—En cuanto deje de llover.

Miré el enorme ventanal que teníamos delante y me pregunté si alguna vez dejaría de llover.

…donde hay serpientes

Dejó de llover y no permití que Vik se saliera con la suya y me soltara evasivas. Quería conocer a los otros *millonetis* de la isla. Punto.

—¿Por qué tanto interés?

—A veces las mujeres queremos ponernos algo bonito y estar con más gente. Me he hartado de llevar una camisa tuya con un bañador por debajo. Necesito ponerme guapa.

—No necesitas ponerte guapa. Lo eres.

—Vik…

—Vale. Esta noche. Iremos a cenar.

—Estupendo. Me muero de ganas. Quiero saber qué hay al otro lado del Paraíso.

—Típico. Le ofreces a una mujer el Edén y solo quiere salir de él.

—Exacto. Llevo el pecado en la sangre.

—Si mi madre te oyera ahora…

Se rio, y yo también.

*****

Lo primero que vi al bajar del carrito de golf fue a los soldados. Me quedé petrificada. Desentonaban de una forma muy violenta. ¿Qué pintaban los uniformes caquis y las metralletas entre las palmeras?

—Vik, ¿qué es eso, el ICE?

—Son agentes de seguridad privada.

Estaban en todas partes. Altos, intimidantes, con rostros de acero.

No parecían agentes de seguridad privada. Parecían un grupo paramilitar. Cualquiera de esos tíos podría matar a alguien en treinta segundos y sin necesidad de usar un rifle de asalto. Lo harían con sus propias manos.

—¿Por qué hay tantas armas en el Paraíso?

—Incluso aquí se cuela alguna serpiente.

Levanté la mirada.

En lo alto de la roca, había una mansión. No la típica villa hecha con materiales de la zona. No. Esta era la residencia del señor que había esclavizado a los aborígenes. Tenía vistas panorámicas, probablemente sobre la isla entera. Era como un faro, o una torre de defensa. El mar se oía desde algún sitio, y no parecía amable. Se estrellaba furioso contra los peñones.

—¿Quiénes son tus amigos? ¿Quién vive en esa mansión?

Vik caminaba con mi mano en la suya. En la otra llevaba una botella de Vega Sicilia. ¿Quién le traía estas cosas? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Lo hacían los soldados?

Pasamos por delante de dos de ellos y ninguno nos miró. Permanecieron impertérritos. Pero supe que nos veían. Sentía que había ojos en todas pares. Ojos ocultos.

—Es la casa de David Mirren.

Necesité un segundo para asimilarlo.

—Perdona, ¿te refieres al tecno-oligarca que se acaba de convertir en el hombre más rico del mundo?

—Sí.

—Guau. ¿Y vive aquí?

—La mayor parte del tiempo.

—Y es amigo tuyo.

—Digamos que es algo así como mi mentor.

Por muy alto que llegue una persona, siempre tiene a otra por encima. Pero ¿quién estaba por encima de David Mirren? ¿Dios?

—Vale, me acabo de poner nerviosa. Ahora mismo estoy deseando volver a casa y ponerme tu camisa.

Me sonrió. Estábamos subiendo por unas escaleras interminables, que se retorcían más y más. A ambos lados había arbustos de flores moradas, un color muy intenso.

—Les encantarás.

—Si tú lo dices…

Cuando llegamos arriba, tuve que sentarme un rato. Yo no estaba en tan buena forma como Vik y además el tobillo se me había hinchado. Esperaba que nadie nos estuviera viendo porque me había desplomado, literalmente, en un escalón.

—Podría haberte subido en brazos.

—Por favor. Hay doscientos cuarenta escalones.

—¿Los has contado?

—Necesitaba concentrarme en algo concreto para calmar los nervios.

—¿Ha funcionado?

—No.

Le asomó una arruga en las comisuras al contener la sonrisa.

—No te pongas nerviosa. Yo estaré contigo en todo momento.

No era tan fácil.

—¿Lista?

—No. Pero te seguiré.

En la puerta había un símbolo que no reconocí: el sol con una serpiente enroscada alrededor y un ojo enorme en el centro, rodeado de rayos que semejaban las agujas de un reloj. Conté doce agujas grandes.

—¿Es el logo de su empresa?

—Sí.

—Qué… místico. ¿Qué quiere decir?

—El Uróboros representa el tiempo cíclico. La eternidad. La unidad de las cosas. El sol, la conciencia. El ojo, la sabiduría. En conjunto, quiere decir más o menos que los finales solo son nuevos comienzos y que el conocimiento se alcanza a través de la comprensión de la naturaleza cíclica de la realidad.

—Me cago en la puta. Este tío es de la Masonería, ¿o algo así?

Me sonrió.

—No. Es que la manzana mordida no estaba disponible.

Le clavé el codo y él se rio. Luego dobló los dedos sobre los míos y llamó a la puerta.

Nos abrió una mujer con velo. No levantó la mirada del suelo. Tanta sumisión empezaba a resultarme espeluznante. ¿Qué tenía de malo mirar a los ojos de vez en cuando y decir *hola*?

—¡Viktor! —exclamó una mujer rubia de labios rojos y voz cantarina, que asomó por el pasillo con un vestido blanco vaporoso. También ella parecía una aparición—. Por fin nos haces dignos de tu presencia. Te echábamos de menos.

—Lía, te presento a Willa, mi mujer.

Se me acercó más de lo que me hubiera gustado, cogió mis manos entre las suyas y durante unos diez segundos me miró a los ojos tan fijamente que me absorbió. El azul que rodeaba sus pupilas era más profundo que el mar que nos rodeaba y yo sentía que no llevaba el material de buceo adecuado.

—Willa. Bienvenida al Paraíso.

Esa tía daba escalofríos.

—¡Vik! —me sobresaltó una voz masculina.

—David.

—Sinvergüenza, ¿te casas sin invitarnos?

—Lo siento. Fue… algo improvisado.

Se dieron un abrazo y entonces David se giró hacia mí. Era más mayor que Vik, puede que él lo viera como a una figura paterna.

—Ahora entiendo que no hayas pasado a saludar. Te costaba salir de la cama. —Me cogió la mano y plantó un beso en mis nudillos, demorando los labios en mi piel unos segundos más de la cuenta.

Me miró de una forma extraña, pero, a diferencia de la mujer, no intentaba ahogarme con la fuerza de sus ojos. Intentaba follarme.

Retiré la mano en cuanto pude.

—Gracias. A los dos por recibirnos —me las apañé para farfullar. Di por hecho que eran los anfitriones.

—Estamos encantados —aseguró David. Le creí.

—Vayamos al jardín —propuso Lía con otra sonrisa helada—. Los demás ya están ahí.

—Llegas elegantemente tarde, Vik —apuntó David, divertido.

—Nos lo tomamos con calma.

—¿Demasiadas escaleras? —me susurró con un guiño cómplice.

De modo que me había visto desplomarme.

Compuse una especie de sonrisa de disculpa y los seguí hasta el jardín.

La mesa era larga. Alguien se había tomado muchas molestias para asegurarse de que todo fuera de color blanco, el mantel, las sillas, las flores, las mujeres con velo que formaban un semicírculo a ambos lados, los invitados. Incluso Vik. *Todos* llevaban ropa blanca, caribeña. Menos yo, que me había puesto un vestido negro de cóctel. ¿Por qué Vik no me había advertido de que había un código

de vestimenta? Desentonaba tan agresivamente como los soldados de fuera.

—Escuchadme. —Lía dio palmaditas y todos se callaron—. Esta es Willa, la mujer misteriosa que ha conquistado el corazón de nuestro soltero de oro. Willa, ellos son Bernie y Siloé, Salvatore y Kezia, Tom y Zila, Larry y Erika… Ah, y John, nuestro médico. También es británico como tú.

¿Había algo que no supieran de mí a esas alturas?

Forcé otra sonrisa.

—Hola a todos. Encantada de conoceros.

David apoyó la mano en mi espalda desnuda y sonrió al grupo. Me recorrió un escalofrío. No de los buenos. Sus dedos estaban mucho más abajo de lo que yo consideraba adecuado.

—Que alguien le sirva una copa a la novia.

Era irónico que la novia fuese la única persona en vestir de negro. ¿Por qué me había puesto aquel vestido? Intenté recordarlo y entonces comprendí que no tenía otro. Solo me había traído el Valentino que había llevado en París, a la ópera y… ahora aquí. El resto de ropa de mi maleta no servía para cenas elegantes.

Vik me sujetó la silla para que me sentara y después ocupó otra en el extremo opuesto de la mesa. Su *yo estaré contigo en todo momento* duró solo hasta que entramos. Debí de mirarlo como si me hubiera abandonado porque Zila, sentada a mi lado, me susurró:

—Las parejas no se sientan juntas.

Había reglas en el Paraíso. Reglas que no me gustaban.

John, el médico, se sentó a mi izquierda. Intercambiamos una sonrisa, tensa por mi parte.

—¿Y cómo os conocisteis Vik y tú? —quiso saber Lía.

Estaba sentada al lado de mi marido. Me pregunté si habían follado alguna vez. No sé por qué se me ocurrió. Tal vez por cómo lo miraba ella.

—Nos conocimos… en Instagram.

Al decirlo, me sonó bastante ridículo. Conocer a alguien por Instagram. Ellos parecían pensar que era de lo más estúpido.

—¿Y surgió el flechazo enseguida? —me preguntó otra mujer. ¿Siloé, tal vez?

—Sí. Más o menos.

—¿Lo has oído, John? —Lía apuntó al médico con una sonrisa que no le llegaba a los ojos—. En Instagram hay mujeres disponibles. Más vale que te espabiles.

Se rieron todos como hienas. John, no.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por la sugerencia.

—Creo que es hora de cenar —decidió David, dando palmadas. Ni que estuviéramos en el antiguo Imperio Romano—. Al menos mi estómago me dice que lo es.

Las mujeres con velo se pusieron en marcha enseguida. Una auténtica coreografía. Pensé en los desfiles militares, en todos aquellos soldados perfectamente sincronizados, ejecutando el mismo movimiento al mismo tiempo, y no encontré diferencia alguna. La casa de David me recordaba al ejército, y no por los rifles de asalto de fuera.

John buscó mi mirada al servirme vino. Tenía ojos grises. Rostro compacto. Dos arrugas verticales en las comisuras de la boca. Era guapo, unos cuantos años mayor que Vik, y no me miró de forma despiadada ni carnal. Solo me miró. No era curiosidad. Era otra cosa. No pude adivinar de qué se trataba puesto que Bernie, o Salvatore, me preguntó qué me parecía la isla y tuve que mostrar entusiasmo. Dije chorradas como *lugar paradisiaco*, *muy tranquilo*, y ellos asintieron con educación. Seguro que pensaron *qué chica tan poco original. ¿Qué le habrá visto nuestro querido Vik?*

No es que me sintiera poco aceptada. Sencillamente, tenía la impresión de que nadie veía con buenos ojos nuestro matrimonio. Ya no era solo Maya. También sus amigos. Había algo en sus miradas que me inquietaba. Una sensación que no fui capaz de catalogar.

Respiré aliviada cuando empezaron a hablar de otras cosas.

Aunque al rato decidieron interrogarme de nuevo.

—¿Y tú, Willa? ¿A qué te dedicas? —me preguntó la mujer de pecas cobrizas. ¿Kezia? Tenían unos nombres muy raros. Sus padres se habían devanado los sesos.

—Ahh… Mmm… Pues… Imparto seminarios sobre redes sociales y su impacto en la economía de una empresa. Y también sobre la

inteligencia artificial. Hay cada vez más compañías que buscan implementarla en el día a día.

—Willa estudió Medicina —les explicó Vik.

John se volvió hacia mí con interés.

—¿De veras? ¿Y no ejerces?

—No. Lo dejé en el último año.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Pues… porque no era lo mío.

—Entiendo. Yo quise dejarlo muchas veces. Sobre todo, cuando estaba en el ejército. Todos mis pacientes acababan muertos.

Así que era otro soldado.

—¿Estuviste en el ejército? ¿Dónde te destinaron?

—En Afganistán. Prácticamente hice mi residencia en el campo de batalla.

Me estremecí.

—Dios. Debió de ser horrible.

—Sobreviví. ¿Más vino?

Se lo agradecí con una sonrisa.

—Solo un poco.

—Sí, no es buena idea que bebas más de la cuenta con el estómago vacío. No estás comiendo apenas. ¿No te gusta el pescado?

—Oh, sí. Está todo… muy bueno. Es que estoy un poco…

—¿Nerviosa? Es normal.

Era amable. Me alegré de que lo sentaran a mi lado. No parecía una hiena. A lo mejor me embargaba ese sentimiento de calma en su presencia porque ambos éramos británicos. Su forma de hablar me resultaba familiar. Dos ingleses en tierra de nadie. Me sentí, en cierto modo, respaldada, arropada… No lo sé.

Intenté comer un poco más para no ofender a los anfitriones. A fin de cuentas, habían preparado aquel banquete en mi honor.

La comida era deliciosa. Por supuesto, muy sana. Se trataba de las grandes fortunas del mundo. Pues claro que querían vivir para siempre.

Cuando retiraron el segundo plato, estaba demasiado abrumada. Necesitaba un respiro.

—Perdón, ¿el baño?

Zila me lo indicó y tuve que obligarme a caminar despacio y no hacer caso al instinto que me decía que corriera.

Que sintiera sus miradas acompañándome tampoco es que ayudara.

Me encerré en uno de los baños, apoyé las manos en el lavabo y me observé a mí misma a través del espejo. No encajaba en absoluto. No solo por mi ropa negra. Es que no había nada familiar ahí. Excepto John el británico y Vik, que estaba demasiado lejos de mí.

Por primera vez en meses, el mundo de mi ahora marido me parecía demasiado.

Me obligué a respirar y a actuar como una adulta. No podía quedarme encerrada en el baño el resto de la velada. Aunque me hubiera encantado.

—Al menos es blanca —estaba diciendo Siloé cuando volví.

Todos se callaron al verme.

—Oh, Willa, me estaba diciendo Vik que te encantan las fresas.

Le sonreí a Lía.

—Sí.

—Pues estás de suerte porque las tenemos de postre.

Me senté con mi sonrisa tensa, aferré la copa de vino como si me fuera la vida en ello y cuando se pusieron a hablar de otra cosa, miré disimuladamente al grupo de Siloé. ¿Hablaban de mí? No podía ser. ¿Verdad?

Los observé a todos y me fijé en un detalle que antes había pasado por alto: todos eran blancos. Incluso las mujeres de nombre exótico. Eran caucásicas.

El postre y las copas posteriores se me hicieron todavía más duros. John se retiró temprano, perdí mi único apoyo, y las conversaciones adquirieron un matiz con el que no estaba nada cómoda.

Hablaron de la guerra. De recuperar el control desmantelando el estado administrativo, corrupto y obsoleto. Del gran reemplazo. De

la cultura *woke*. Del *America First* y de que la destrucción era necesaria para crear un nuevo orden mundial.

Vik estaba muy equivocado. Ahí no había serpientes. Las serpientes no entran en los nidos de víbora.

*****

—Estás muy callada —observó mi marido de camino a casa.

Estábamos en mitad de la selva, había un camino de tierra, y él conducía el carrito sin necesidad de faros. La luna llena alumbraba el sendero, pero yo no habría sabido volver. Vik, sí.

—Prometiste que estarías conmigo en todo momento y me abandonaste en cuanto pusimos un pie dentro.

—Willa. No te abandoné. Estaba ahí.

—Lejos.

—A veces hay que seguir las normas.

—No me han gustado las normas de la casa. Ni la casa en general. Ni esa gente.

—¿En serio? Se te veía cómoda con John.

Giré el cuello para fulminarlo con la mirada. Su rostro helado, bañado por la luz pálida de la luna, no se volvió hacia el mío.

—Hice lo que pude.

—Pues sigue haciéndolo.

Me mordí la lengua para no iniciar una pelea.

—Dime, Vik, ¿a quién votaste en las últimas elecciones?

No dijo nada en los siguientes veinte segundos. Ni un solo gesto, ni una contracción en su rostro. Entonces, sonrió para sí, casi incrédulo.

—¿Qué importa eso?

—Me importa a mí.

De hecho, me importaba muchísimo en aquel momento. ¿Por qué cojones lo había pasado por alto hasta entonces?

—Voté por mis intereses.

Me respondió sin hacerlo.

…de vuelta a nuestro mundo

—Siento lo de esta noche. No has estado cómoda y yo debí haber estado ahí. A veces se me olvida que no estás acostumbrada a esto.

Me sequé la cara con la toalla y me volví hacia él. Estaba apoyado en el marco de la puerta, arremangado, las manos en los bolsillos.

Parecía relajado, pero la arruga que marcaba su entrecejo le concedía un aire arrepentido, o atormentado.

La idea removió algo dentro de mi pecho.

—Yo también lo siento. Tus amigos y sus ideas no te definen a ti.

—Exacto. Yo sigo siendo el mismo, Willa. Soy el Vik de siempre. Tú me conoces. De ti nunca me escondo.

Me lo quedé mirando.

Lo recordé en Londres, deteniéndose para estudiar cada cuadro en el museo, interesado en conocer mi mundo.

Yo me había puesto histérica ante el primer contacto con el suyo. Primero porque creí que su madre había cortado las rosas para enviarme alguna especie de mensaje bíblico retorcido, y ahora porque imaginaba que sus amigos multimillonarios conspiraban para acabar con el orden mundial.

Pero tenía razón. Él era el Vik de siempre, y yo quería a ese hombre. Lo quería muchísimo.

Me acerqué a él y lo besé en los labios.

—¿Todo bien? —dijo, sopesándome.

—Sí. Me alegro de que estemos en casa.

Me cogió por la cintura.

—Y yo de tenerte solo para mí. En serio, siento mucho lo de la cena.

—Y yo. —Cogí su cabeza entre las manos y me perdí en las motas verdes de sus ojos—. Te quiero.

—Yo te quiero más. No sabes cómo te quiero.

Se aferró a mi rostro y acercó mi boca a la suya. No me besó. Solo hizo que lo deseara. Sabía que vibraba, *por él*, pero ahí estaba,

cambiando de ángulo, jugando, sonriendo divertido al ver que empezaba a impacientarme.

La luz se fue de golpe. Llevaba ahí lo suficiente como para saber que nos habíamos quedado sin energía solar.

—Mierda. Sabía que era mala idea usar la plancha de pelo en el Paraíso.

Vik se rio.

—Tranquila. El generador arrancará en unos minutos. Ahora…

Me atrajo hacia él, apoyó mi mano en su pecho y empezó a balancearnos despacio, sin moverse del sitio.

—¿Qué haces? —murmuré, incapaz de reprimir la sonrisa.

—Bailo contigo como en nuestra boda.

—Vik...

—¿Willa?

Mi sonrisa creció un poco más.

—No hay música.

—Finjamos que la hay.

—¿Y qué suena?

—*Nothing's Gonna Hurt You Baby*, de Cigarettes After Sex*.* ¿Puedes imaginarlo?

—No. No conozco la canción.

Me la tarareó al oído mientras bailábamos en la oscuridad.

*****

Llevábamos horas delante del fuego que Vik había encendido en la playa. Mi cabeza daba vueltas. Por él, por el vino de más que había tomado en la cena…

Las estrellas abrumaban. Había infinidad de mundos ahí arriba, todos desconocidos para mí. Tenía la espalda apoyada en su pecho y su brazo me rodeaba el abdomen por debajo de la camisa. Suya, por supuesto.

—Así que nunca lo habías hecho en la playa.

—Claro que no. ¿Acaso tú sí? —Silencio—. ¡Viktor! ¿Con quién? —susurré después de indignarme.

Levanté la mirada y vi una sombra de sonrisa en sus labios.

—¿Qué importancia tiene?

—Nunca hemos hablado de lo que hubo antes.

—Lo que hubo antes es irrelevante. Desapareció en cuanto te conocí.

—Muy romántico y conveniente. Quiero que me lo cuentes todo de inmediato. ¿Quién fue la primera?

—Willa. Un caballero no menciona esas cosas.

—¿Quién?

—Muy bien. Se llamaba Lorraine.

—La odio.

Se río entre dientes.

—Qué exagerada. No significó nada.

—¿Cuántos años tenías?

—Quince.

—¡Vik! —Le di un golpecito en el brazo y él negó—. ¿La conociste en el instituto?

—No.

—¿Pues dónde la conociste? En serio, ¿te lo tengo que sacar todo?

—Fue en la iglesia.

—Oh, Dios santo. ¿Lo supo tu madre?

—Claro que no.

—Menos mal. Os habría obligado a casaros.

—Es probable —admitió, divertido.

—¿Estuvo bien? Quiero decir ¿te gustó?

—Sí. Fui un poco torpe. Pero, sí, me gustó mucho.

No lograba imaginarme de ningún modo a Vik siendo torpe en la cama. Supongo que la práctica hace al maestro.

—¿Qué ocurre? —me susurró cuando yo ya llevaba unos minutos callada—. Se te ha ensombrecido la expresión.

Forcé una sonrisa.

—Nada. Estaba pensando.

—¿En qué?

—Tonterías sin importancia. ¿No quieres que te diga cuándo y cómo perdí la virginidad?

—No.

—¿Por qué no?

Le asomó aquella curva misteriosa en las comisuras.

—Lo que hubo antes de mí es irrelevante.

Se refería a mis amantes, por supuesto, pero yo sentía que la frase abarcaba mucho más. Mi vida entera. ¿Lo que hubo antes de él era irrelevante? Bueno, supongo que en cierto modo lo era.

—¿Qué te parece si mañana hacemos paracaidismo?

—Ni hablar.

—Willa…

—Me rompí el tobillo caminando por una acera. ¿Lanzarme desde un precipicio? Jamás haría algo tan loco. Así que, si tienes ganas de aventuras, ve tú solito. Yo iré a la biblioteca. Le estoy cogiendo el gusto a esto de leer.

—¿En serio? ¿Y a qué más le estás cogiendo el gusto últimamente?

—Creo que eso ya lo sabes.

—Dímelo de todos modos.

*****

—¿Sabes cuánto tiempo llevamos aquí? —pregunté una noche cualquiera. Estábamos en la piscina, desnudos, observando las estrellas. La Vía Láctea era una mancha densa y lechosa que atravesaba el cielo.

—Es lo bueno de nuestra vida. No somos esclavos del tiempo.

—Llevamos cinco semanas. Se cumplen hoy.

—¿Marcas una equis en alguna parte? —me dijo, divertido.

—Lo sé por mis anticonceptivos, listillo. Me quedan para otras dos semanas. ¿Cuándo volveremos a Londres?

—¿Y si dejaras de tomarlos y vemos qué ocurre?

—No lo dirás en serio.

—¿Por qué no? Sé que eras muy joven y que no era el momento, pero ¿nunca te has preguntado…?

—¡No! —lo frené, tapándole la boca antes de que lo dijera.

Me cogió con delicadeza por la muñeca y me permitió ver su sonrisa.

—Willa, sé cuándo mientes. Te lo preguntaste muchas veces. Averigüémoslo juntos, doc.

—¿Es que quieres que tengamos hijos tan pronto? ¿Por qué demonios no hemos aclarado todas estas cosas antes de casarnos?

—Porque tú y yo no necesitamos aclarar nada. Nos dejamos llevar. Es lo que somos. Vivimos el momento. Intentémoslo. Me haría muy feliz que dejaras de tomar la píldora durante un tiempo. A lo mejor no ocurre nada, pero me gustaría probar. Si hay una persona con la que me veo teniendo hijos, eres tú. Eres la única persona con la que me veo haciendo cualquier cosa.

—De acuerdo —dije.

Quería complacerlo. Quería que fuera feliz.

Y en ese momento lo parecía.

—¿En serio?

Se acercó a mí hasta atraparme contra el borde de la piscina.

—Sí.

Me besó y yo le acaricié la mejilla.

—Respecto a lo que me preguntaste. Lo de volver a Londres. Es casi otoño. ¿Recuerdas lo que era la ciudad en otoño? ¿Por qué no nos quedamos aquí hasta primavera? Siempre quisiste desaparecer, ir a un sitio donde nadie supiera quién eres. ¿Y si este fuera el lugar que buscabas?

—¿Y si vuelvo a agobiarme como cuando estaba lloviendo?

—Si te agobias, nos vamos a casa.

—¿Me lo prometes?

—No permitiré que te agobies. Te lo prometo.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí. Vale.

Su sonrisa creció un poco más.

—Entonces, hagamos un bebé hasta primavera. O no. Podemos, simplemente, ser felices.

—Me parece un buen trato.

…donde hay grietas

El carrito de golf se detuvo justo delante de mí. Iba de camino a la biblioteca y casi me cortó el paso.

—¡Willa!

¿Cómo se llamaba aquella mujer? Intenté recordarlo. En la cena no había interactuado con ella. Estaba sentada lejos, con Vik y Lía.

—Erika —me echó un cable, sonriendo.

—Erika. Perdona.

—Tranquila, por Dios. Tú eras una, y además la novedad en la isla. ¿Y Vik?

—Ha ido a tirarse por un precipicio. En el sentido más literal de la palabra.

Soltó una carcajada. Llevaba ropa de golf y desde la parte de atrás del carrito sobresalían dos palos.

—Típico de él. Un día intenté hacerlo y me puse a vomitar como una loca. No te lo recomiendo.

—No tengo intención de probarlo. Prefiero la firmeza del suelo bajo mis pies.

—Y haces bien. Oye, ¿juegas al golf?

—No. Lo siento.

—¿Y qué haces aquí todo el día? ¿No te aburres?

—Bueno, estoy con Vik.

—Ya. No me digas más. Recuerdo lo que es estar de luna de miel. —Se pasó una mano por la media melena pelirroja que brillaba bajo el sol y me lanzó un guiño cómplice. Tenía unos ojos verdes, cálidos. Me cayó bien—. Dime, ¿qué opinas de los spas?

—Oh, me encantan los spas.

—Pues sube y déjame que te lleve a uno.

—¿En serio? ¿Hay un spa en la isla?

—Hay de todo en la isla. Hasta un centro comercial. ¿No te lo ha dicho Vik?

—No.

Vik me había prometido un sitio en el que solo existíamos él y yo.

—Te quiere solo para él, ¿no es así? Pero aquí lo compartimos todo y hoy eres mía.

—¿Y si regresa y no me encuentra? Se volverá loco.

—Mejor. Un rato separados le vendrá bien a vuestra relación. Anda, acompáñame. Las dos nos hemos ganado un masaje balinés.

—¿Estamos en Bali?

—¿En Bali? No. Pero nadie lo diría. Sube.

Lo hice. ¿Quién iba a decir que no a un spa?

—Erika… —dije al rato. Ella conducía el carrito por la selva.

—¿Sí?

—¿Tú sabes dónde estamos exactamente?

Se rio.

—La verdad es que no.

Hum.

*****

Pasamos un día de chicas muy divertido. Después del spa nos hicieron un tratamiento cosmético y nos dieron un masaje que me quitó por lo menos diez años de tensión del cuerpo. En todas partes atendían mujeres con velo turquesa.

—¿Por qué algunas tienen velo turquesa, otras morado y otras blanco? —pregunté a mi nueva amiga mientras un chef nos preparaba verduras a la parrilla en un restaurante.

¡Había un restaurante en la isla! Y yo pensando que eran como los amish.

—Tienen algún sistema de castas que, a decir verdad, desconocemos. Ya te habrás dado cuenta de lo escurridizas que son.

—¿Y cómo funciona? ¿Cómo se les contrata? ¿Tienen un jefe? ¿Deciden por sí mismas?

—¿Crees que no deciden por sí mismas? —Se apartó la copa de vino de los labios y me frunció el ceño.

—Bueno, como son tan sumisas…

—Claro que deciden por sí mismas. No son esclavas. Solo que no tienen nuestra mentalidad occidental.

—Ya.

—¿Qué tal si nos vamos de compras? Si ese marido tuyo no te ha sacado de la cama todavía, necesitarás cosas. Lencería, ¿tal vez?

Me eché a reír.

—Me encantaría, pero no llevo tarjeta.

—Cariño, aquí no existe un sistema de pago. Tu marido, junto a otros cinco, compraron esta isla entera y construyeron la infraestructura. Todo lo que hay es para que lo compartamos entre todos.

¿Qué eran, una comuna de millonarios hippies?

—Vik me dijo que hay siete casas en la isla.

—Sí, pero John no es propietario. Está aquí en calidad de médico. Por si alguien se pone malo, ya sabes.

—Oh. Entiendo. ¿Y lleva mucho tiempo atendiendo la consulta?

—No sabría decirte. El tiempo…

—No importa en este lugar.

—Sí —corroboró con una sonrisa que iluminaba sus ojos.

—¿Cuánto llevas tú aquí?

—¿La verdad? No lo recuerdo.

Guau. A lo mejor no era mala idea empezar a marcar una equis en algún sitio.

—¿Qué hacías antes de casarte con…?

—¿Larry?

—Eso.

—Trabajaba de camarera en un bar de mala muerte. Estaba a un paso del desahucio porque el cabrón de mi jefe llevaba tres meses sin pagarme el sueldo. Como no quise follármelo…

—¿Y cómo conociste a Larry?

El multimillonario Larry.

—Pues en el mejor de los momentos. Entró a comprar tabaco y fue como… ¿Sabes esa tontería que dicen los tíos de *qué hace una chica…?*

—¿Como tú en un lugar como este? —terminé su frase, sonriendo.

—Exacto. Solo que yo estaba en el lugar correcto. A diferencia de Larry. Tenías que haberlo visto, tan alto y guapo en ese lugar asqueroso. No lo sé, fue como si un rayo me atravesara. Nunca me

había ocurrido con nadie. Me enamoré hasta las trancas. Y cuando me pidió que dejara esa mierda de vida que llevaba…

—No te importó.

—Pues no. Esto es el Paraíso. ¿Por qué iba a importarme?

—Ya. ¿Y nunca echas de menos…?

—¿El qué?

—No lo sé. ¿Ver una peli? Aquí hay una política muy estricta respecto a la tecnología, lo cual me resulta chocante. Que yo sepa, al menos dos de los dueños de la isla están en el mundo tecnológico. ¿A qué se dedica Larry?

—No estoy segura. Algo relacionado con ordenadores, datos, es como súper aburrido. Creo que almacena datos o algo así.

—Ya. O sea, que trabaja con tecnología. Y aquí no hay. Ni siquiera hay una forma de pagar esta comida. ¿Qué tiene de malo Apple Pay?

—Creo que están tan hartos del mundo que han creado que buscan esto, tranquilidad, naturaleza, un retorno a lo antiguo.

—Hmm. Sí. Podría ser.

—Entonces, ¿vamos de compras?

—Claro. Gracias —le dije a la mujer que me retiró el plato.

—¿Por qué les hablas?

—Son seres humanos. Y conservo la esperanza de que alguna me conteste algún día. ¿Tú no les hablas nunca?

—No. Larry me ha dicho que ellas solo buscan servir y que todo esté perfecto.

Fruncí el ceño. Todo *era* perfecto. Tan perfecto que resultaba imposible no notar la primera grieta en cuanto asomara. ¿Dónde estaba la mujer del primer día? Ella parecía dispuesta a desobedecer. ¿Por qué había desaparecido de repente? ¿Y cómo podía encontrarla? ¿Todavía era capaz de reconocer sus ojos? Parecidos a los míos. Era todo lo que recordaba de ella. Un retazo. Una mirada. Algo que no terminaba de encajarme.

*****

—Ah, ahí está tu marido, preocupado. Me encanta cuando los maridos se preocupan. Quiere decir que les importamos. Mi padre nunca se daba cuenta de que mi madre no estaba. De hecho, cuando ella nos abandonó, él tardó tres días en notar la ausencia. Se dio cuenta cuando se le acabaron las cervezas del frigorífico.

Vik se acercó al carrito. No sonreía.

—Erika, ¿por qué has secuestrado a mi mujer?

—Porque no está bien acapararla, Viktor. En esta isla lo compartimos todo.

—De vez en cuando viene bien la propiedad privada.

—Cuidado, Vik. Te nos estás volviendo demasiado conservador —advirtió David, cuyo carrito se detuvo al lado del nuestro—. Chicas.

—Hola, David —lo saludó Erika con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola —dije yo con una bastante más escueta.

Todavía recordaba su mano en mi espalda y esa forma de mirarme, como si esperaba follarme ahí mismo, encima de la mesa, delante de Lía y las mujeres con velo.

—Damos una fiesta esta noche. Venid. Será muy divertido.

¿Una fiesta sin música? ¿Cómo iba a ser divertido?

*****

Seis hombres de piel oscura, vestidos con túnicas blancas inmaculadas, golpeaban los tambores con una energía contagiosa.

El ritmo era sincopado, vibrante, imposible de ignorar.

A su lado, seis mujeres con el rostro oculto tras velos blancos respondían al tambor con la voz, entonando melodías que no habría sabido decir si eran cantos o rezos. Había algo ancestral en cada golpe de tambor, en cada voz que subía y bajaba.

La música parecía estar en sintonía con la tierra misma, y acababas moviendo las caderas casi sin darte cuenta, como si el ritmo despertara algo primitivo dentro de ti, un instinto que se saltaba por completo la cabeza e iba directo a los huesos.

Sentí una alegría física indescriptible. Llevaba horas bailando, riendo y bebiendo los zumos de fruta que Lía no dejaba de

servirnos. Era una fiesta realmente genial. ¿Estábamos en África? No tenía ni idea. ¿A quién le importaba?

—Uy, la flor —dije, riéndome como una idiota.

Vik me había colocado antes una flor morada tras la oreja y luego nos habíamos besado con lengua delante de todos. Me había excitado un montón. Más que nunca, así de relajada estaba tras el masaje.

Me agaché para recoger mi flor y entonces mis ojos se cruzaron con los de la mujer que estaba ahí de pie como una estatúa. Aquellos ojos que no me apartaron la mirada.

Mi sonrisa se borró en el acto.

—Eres tú.

Se llevó una mano a los labios y me pidió que le guardara el secreto. Después, se marchó. Decidí seguirla.

—Tengo que hablar contigo —le susurré.

Siguió caminando.

—Por favor. ¿Por qué eres la única que me mira?

No se detuvo.

—¡Te lo suplico! Aquí ocurre algo raro.

Se paró detrás de una mata, me arrancó el zumo de las manos y lo tiró. No dijo ni una palabra. Solo negó con la cabeza. Me pidió que no me lo bebiera.

Al día siguiente no sabía si la mujer había sido real o lo había soñado todo.

El sol estaba alto. Deduje que había dormido un montón.

Y aun así seguía sintiéndome agotada.

—Buenos días —le dije con voz ronca a Jane, la mujer del velo morado. Como no sabía su nombre, decidí llamarla así.

Me plantó un vaso delante. Un *smoothie* de frutos rojos con una hojita de hierbabuena. Parecía delicioso. Se me hacía la boca agua.

Esperé a que se marchara y entonces lo tiré.

Mentalmente, me cubrí los labios con un dedo. Como la mujer de mi sueño. O de mi realidad.

…pese a los secretos

Me pasé semanas buscándola.

Le pedí a Vik que me llevara a cenar de nuevo a casa de David y Lía, aunque los dos me daban repelús.

Fui a casa de Erika y Larry en dos ocasiones.

Incluso me inventé problemas de tensión para que Vik me llevara a casa de John —ahí no había nadie más. Solo él, que tranquilizó a mi marido diciéndole que el pico de tensión se debía al sol y que debía descansar un poco más e hidratarme.

La mujer del velo no estaba, y no se me ocurrió motivo alguno para ir a husmear en las demás casas de la isla.

O se había ido, o *servía* en otra parte, o lo de la fiesta no había ocurrido nunca y yo estaba como un cencerro.

Al cabo de unos dos meses —ahora gestionaba el tiempo en la biblioteca, hacía anotaciones en la hoja de un libro con un delineador de cejas— tuve que rendirme y aceptar que volvía a estar sola.

Bueno, sola no. Tenía a Vik, que realmente era el marido perfecto.

*****

El agua empezó a salirse de la ducha. Incluso en el Paraíso se necesitaban fontaneros.

—¡Vik! ¡Viktor!

No hubo respuesta. Debía de haber salido a nadar.

Solté una maldición y me puse a desenroscar el sumidero. Una tarea asquerosa. Había restos de mascarilla, pelos oscuros, míos, y más abajo, un buen puñado de pelo rubio.

Se me detuvo el corazón.

¿Quién se había duchado ahí antes que yo?

¿Y dónde estaba ahora?

Vi a Erika al día siguiente. Estaba empeñada en enseñarme a jugar al golf. Lo cierto era que ya no me aburría nunca. Entre mi

nueva amiga, mi perfecto marido y mis propias pesquisas, andaba siempre muy ocupada.

—Me pica la curiosidad. En los años que llevas aquí, ¿has conocido a alguna novia de Vik?

Soltó una risita, bajó el palo y me miró con cierta condescendencia.

—Cariño, no hagas eso.

—¿El qué?

—No hurgues en su pasado. A los hombres no les gusta.

Ni a mí me gustaba no saber.

—Solo es curiosidad.

—¿Se lo has preguntado a él?

—Sí.

—¿Y?

—Me respondió con evasivas.

—Porque para los tíos el pasado ya no cuenta. Ellos viven el presente.

Me sugería que hiciera lo mismo, pero no me veía capaz. Conocer el cuadro entero ayuda a diagnosticar una enfermedad, y yo tenía mente de científica. Yo buscaba saber.

*****

Datos, gigabytes, cada vez más y más velocidad de red. La información está ahí. Solo has de encontrarla. Pero ¿cómo? ¿Cómo se hacían las cosas antes de los algoritmos?

Con los libros.

La gente usaba los libros para saber. Para difundir la palabra.

De ahí que una parte de mí escogiera de forma inconsciente la biblioteca. Incluso cuando tenía otros entretenimientos. El spa, el golf, salir a comer con Erika, comprar trapitos que no tenía que pagar, navegar y bucear con Vik…

Siempre volvía. Sin ser una aficionada de la lectura.

Y ahora entendía por qué.

Mi cerebro había estado buscando algo durante semanas en toda aquella información. Patrones. Buscaba saber qué coño ocurría en la

isla, en ese lugar tan perfecto al que le empezaban a asomar las costuras.

Revisé cientos de libros. Miles. Sentía ganas de gritar. Los días nacían y morían sin que yo consiguiera nada.

La información está ahí, Willa. Encuéntrala. No eres Eva. Hubo otra antes que tú y, si era parecida a ti, tuvo que dejar alguna huella, por pequeña que fuera.

Pero ¿dónde?

La biblioteca era inmensa. Me pasaría años buscando sin encontrar su rastro.

Mis ojos recorrieron los tomos.

Julio Verne, Dickens, Homero, Shakespeare.

Joder.

Era imposible saber qué libro escogería la mujer sin rostro.

Y, entonces, lo vi. El tomo de cuero negro. La Biblia.

Me subí a la escalera, lo cogí y empecé a hojearlo frenéticamente.

Y ahí estaba, escrito con delineador morado: *la muerte es el precio que hay que pagar para entrar en el Paraíso*.

Todo empezó a darme vueltas.

¿Qué coño intentaba decirme?

¿Y por qué el delineador era morado, como el velo de las mujeres que me atendían?

¿Qué cojones significaba el puñetero morado?

*****

—Vik —empecé aquella noche durante la cena. Aún no había decidido de qué forma continuar.

—Dime.

—Esta casa. Villa. Como se llame.

—¿Mm-hm?

—¿Se construyó para ti o se la compraste a alguien?

—Se construyó para mí. ¿Por qué?

—Solo es curiosidad. ¿Y venías mucho? ¿Antes?

—Siempre que lo necesitaba.

—¿Solo?

Le asomó una sonrisa lenta en las comisuras.

—¿Por qué de repente te interesa tanto mi vida amorosa que necesitas interrogar a mis amigos?

Erika se había ido de la lengua. Tomé nota mental.

—Curiosidad.

—Algo te ocurre. Lo noto. Estás diferente.

—Diferente, ¿en qué sentido?

—No lo sé. Hay algo en tus ojos. Un brillo que no había visto hasta ahora.

Él no podía nombrarlo. Yo, sí. Era duda. Empezaba a dudar.

Dudaba de que aquel lugar fuera realmente el Paraíso.

Dudaba de que yo fuera Eva.

Dudaba de todo desde que había dejado de tomarme los puñeteros *smoothies*.

Mi cerebro ya no se concentraba solo en el sexo. Mi cerebro analizaba. Había encontrado una prueba bastante tangible que contradecía todo lo que creía saber y necesitaba encontrar más pruebas.

—Tengo mucho tiempo libre para pensar en gilipolleces. La culpa es tuya por privarme de Netflix.

Se echó a reír.

—Tengo algo para ti.

Se sacó del bolsillo una pulsera y me la puso. Las piedras eran de color morado. ¿El morado quería decir que eras propiedad de alguien? Las mujeres que *servían* a David tenían ropa blanca. *Todo* era blanco en casa de David. ¿El morado era el color de Vik?

Tenía que volver a casa de Erika y arreglármelas para que esta vez me sirvieran algo de beber. Incluso un zumo de frutas. Si las mujeres que me lo traían no vestían blanco ni morado, había resuelto el acertijo.

Siempre me habían estimulado los acertijos, pero esta vez deseaba equivocarme.

Ahí sentada, con la mano de mi guapísimo marido sujetando la mía, recordé la pesadilla de los bichos y las moscas que devoraban la pared de mi salón. ¿Era como ellas? ¿Buscaba los esqueletos ocultos tras la fachada perfecta del Paraíso?

—No te estás quedando embarazada. Y nos esmeramos bastante.

Volví el rostro hacia Vik y lo miré casi con horror.

—¿Qué?

—Deberíamos ir a que John te eche un vistazo. Solo para asegurarnos de que está todo bien.

—¿Por qué no iba a estar bien?

—No lo sé. A veces los abortos dejan problemas de fertilidad.

—¿La afirmación la avala tu título en Medicina?

Sonrió.

—No te pongas a la defensiva como siempre. No perdemos nada si se lo comentamos.

—Es absurdo. Ese tío sabe de torniquetes, no de úteros.

—Es médico.

—Y yo soy casi médico y te digo que te relajes. Está todo bien.

—Tú no acabaste la facultad.

—Guau.

Se pinzó el puente de la nariz y negó.

—He sido un capullo. Perdona.

Lo dejamos estar durante unas semanas.

Hasta que él lo retomó.

—Lía me ha comentado que la progesterona puede ayudar mientras lo intentamos. A lo mejor John nos lo aclara.

—No me apetece chutarme nada, gracias.

—Willa.

—¿Vik?

—Dime la verdad. ¿Por qué te cierras en banda?

No podía darle una buena razón. Yo había accedido a tener hijos con él. ¿Qué motivo tenía para negarme a cooperar? Ninguno que pudiera explicarle.

—Vale. Iremos a ver a John. Me pregunto cuántos úteros habrá visto en Afganistán.

—Listilla.

*****

Era de lo más ridículo. Estaba ahí tumbada en una camilla, con un soldado entre mis piernas.

Un soldado al que yo encontraba atractivo y al que me resultaba imposible ver como médico.

—¿Seguro que sabes lo que haces?

—La anatomía es la anatomía. Relájate. Esto está un poco frío. Lo siento.

Cerré los ojos y dejé que me hiciera una radiografía. La consulta tenía de todo, muy buen equipamiento médico. Estaba a la última, tecnológicamente hablando. A lo mejor podía volver un día y pedirle a John que me dejara toquetear las máquinas, solo por nostalgia. Echaba muchísimo de menos las pantallas. ¿Por qué no había tecnología en la puñetera isla?

Vik esperaba fuera. Pretendía quedarse conmigo, pero John lo echó. Dijo que necesitaba que yo estuviera relajada y que demasiada gente en una sala pequeña me pondría nerviosa. Al final salió a regañadientes.

—Bien. No veo nada que te impida quedarte embarazada.

Respiré aliviada.

—Excepto el DIU que llevas —añadió John.

Me lo quedé mirando, y él a mí.

Había que joderse. Era mejor médico de lo que me convenía.

Pues claro que llevaba un DIU. Me había quedado preñada a los dieciséis. ¿De verdad creía Vik que me conformaría solo con la píldora?

Entonces, no me conocía tan bien como creía. Yo era una mujer metódica que aprendía de sus errores.

…como prometiste hacer

Tocaba cena en casa de Salvatore y Kezia. Llevaba dos días en un constante sobresalto. No sabía qué le había contado John a Vik. ¿Estaba al tanto mi marido de que lo único que lo separaba de su sueño de ser padre era el DIU que yo había olvidado mencionarle?

No tenía forma de saberlo. Nada había cambiado entre nosotros. En apariencia, todo seguía igual. Follábamos, nos reíamos, me miraba a los ojos durante horas y me sonreía, igual que yo a él.

Pero la grieta que levantaba la tierra entre nosotros se estaba agrandando día tras día. Yo la veía. ¿Era visible también para Vik?

—Es ahí arriba —dijo con una sonrisa que yo le devolví.

Éramos la pareja perfecta. Teníamos mucho en común. A los dos se nos daba bien ocultar esqueletos en los armarios.

Erika y Larry nos esperaban en el jardín. Me abrazó efusiva en cuanto bajé del carrito. Era extremadamente cariñosa. Seguro que se tomaba los zumos.

—¿Qué os ha dicho John?

Por Dios bendito. ¿Toda la isla sabía que mi marido intentaba fecundar mis óvulos?

—Que está todo bien —le respondió Vik con una sonrisa.

Erika nos abrazó a los dos, como si ya estuviera embarazada y tuviera que darnos la enhorabuena.

—Cuánto me alegro, chicos. Será fantástico tener un bebé, ya lo verás, Willa. Son maravillosos.

—Sí. ¿Cómo es que nadie tiene hijos aquí?

La sonrisa de Erika se congeló.

Vik no dijo nada.

Larry estaba ahí como un pasmarote, con las manos en los bolsillos, balanceándose sobre los talones.

—Oh, ya habéis llegado —salió Kezia a recibirnos. Era una mujer alta y morena, con pintas de ex modelo—. Pasad, pasad. Cenaremos en el jardín. Hace una noche estupenda.

Sí. Todo era estupendo. La comida, la bebida, las fresas que tanto me gustaban...

Los anfitriones se habían esforzado para complacerme. Estaban sirviendo cada uno de mis platos favoritos.

Después del recibimiento que me habían dado en aquella primera cena, ahora me bombardeaban con cariño. Querían que me sintiera como en casa, parte de la comunidad.

Y yo estaba más lejos que nunca.

Porque las mujeres llevaban velo verde.

Los pendientes de Kezia eran de esmeraldas.

Había resuelto el acertijo.

Las mujeres éramos propiedad de alguien, todas, las que servían en la mesa, las que servían en la cama, y así era como ellos nos distinguían.

Mi color era el morado. Propiedad de Viktor Baumann.

Ese mundo espeluznantemente perfecto y todo cuanto había en él pertenecía a los hombres por derecho natural. No nos marcaban como a ganado. Solo nos asignaban un puto color.

Joder.

*****

Fui al baño porque sentía que me asfixiaba. Necesitaba aferrarme a algo firme, aunque fuera solo los bordes del lavabo. Casi pegué un grito cuando alguien abrió la puerta a mis espadas. Era Zila. No sé qué esperaba.

—¿Te encuentras bien, cielo? Has salido casi corriendo. ¿Tienes nauseas? Nos ha dicho Vik que intentáis…

—No —la corté en seco—. No estoy embarazada. Solo que hoy no me encuentro muy allá.

Me dedicó una sonrisa pequeña.

—Lo entiendo.

—Será mejor que le diga a Vik que me lleve a casa. Tengo que descansar.

—Claro. Oye —me frenó, agarrándome por la muñeca.

Me giré y vi que estaba nerviosa, que miraba todas las esquinas del techo. Se me acercó tanto que por un momento creí que iba a besarme.

—No tengas hijos —me susurró—. Son un lastre.

Enfoqué el rubí de su dedo. Su color era el rojo.

—¿A qué te refieres?

—Así que, además del descanso, mejor que te hidrates —me soltó en voz alta— porque estás un poco pálida, cariño.

Había micros. Me cago en la puta. ¿Qué era ese sitio? No lo sabía.

Lo que sí sabía seguro era que no iba a quedarme para averiguarlo.

*****

—Quiero volver a Londres —le solté a Vik en cuanto llegamos a casa —. Haré la maleta.

—No es un buen momento.

—Me da igual.

—Willa, sé razonable. No se puede volar ahora.

—¿Por qué no? Dijiste que nos iríamos en cuanto me agobiara. Pues estoy la leche de agobiada.

—¿Qué te ocurre?

—¿Que qué me ocurre? Llevo meses en una puta isla perdida, sin móvil y sin poder contactar con mis amigos. Quiero marcharme, Viktor. No quiero seguir aquí ni un segundo más.

Negó.

—Imposible. No se puede volar una avioneta ahora. Es temporada de vientos fuertes. Acabaríamos estrellándonos.

—¿En serio? Porque yo apenas noto una brisilla.

—Aquí no. Fuera de la isla.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo puedes saberlo si no hay tecnología? Aquí solo hay naturaleza, y la naturaleza no me está diciendo nada de vientos fuertes en ningún sitio.

Cogió mi cabeza entre las manos.

—Lo sé. Confía en mí.

—Quítame las manos de encima.

Mis palabras parecieron hacerle mucho daño, a juzgar por cómo se le contrajo la expresión. Vi sorpresa y dolor en su cara. Bien. Quería que sufriera. Estaba furiosa con él. ¿Por qué lo había jodido todo? ¿Por qué coño me había puesto una pulsera?

—Willa, te prometo que he considerado irnos, pero no es posible. No ahora.

—Mientes.

—¿Vas a ponérmelo siempre tan difícil?

Agarré el zumo de la mesa, el que no me había bebido, y se lo tiré a la cara.

Vik no se movió. Solo tensó el rostro hasta que empezó a latirle un músculo en la mandíbula.

El líquido rojo empapó la tela blanca de su camisa.

—Haberte casado con una más sumisa.

—Te quiero a ti.

Firme. Sin vacilar.

No lo dudé. Me quería.

En una jaula.

—Este lugar no es el Paraíso, Viktor. Es una puta cárcel al aire libre, y tú me has encerrado en ella. No esperes que te lo ponga fácil. Pienso luchar cada segundo. —Me arranqué la pulsera y se la tiré también—. A tomar por culo las cadenas.

No sé qué esperaba. ¿Que me golpeara? ¿Que me estrangulara? ¿Que me dijera que estaba loca, que me lo acababa de inventar todo, que nada era real?

Él no movió un músculo. Solo me miró.

Y la tristeza que encontré en sus ojos despertó algo dentro de mí. Un sentimiento que aniquilé de inmediato.

Tenía que haber alguna forma de salir de la isla, y más valía que la encontrara en lugar de dejarme distraer con gilipolleces románticas.

*****

No sabía en quién confiar.

Vik me había traído ahí y ahora se negaba a sacarme, así que no podía confiar en él.

Erika me había delatado a la primera de cambio. Había escogido bando, o al menos eso parecía.

Zila me había mandado una advertencia y ahora estaba jugando en la playa con Salvatore y las olas, chillando y riéndose cuando él la levantó en volandas. Se la veía cómoda en el Paraíso. A lo mejor había vivido en el Infierno como Erika y daba las gracias por cada segundo que pasaba en un lugar en el que el tiempo no existía y las compras no se pagaban con dinero.

Los observé a todos a través de las gafas de sol que Vik me había comprado en aquella tienda de segunda mano. ¿Quiénes eran los verdugos y quiénes podían ser aliados?

Ahí estaba John, alto, guapo, jugando al voleibol. Les estaba dando una paliza a todos. ¿Podía confiar en él? Había mentido por mí dos veces. Que yo supiera, claro.

O a lo mejor era otro jueguecito retorcido. A lo mejor Vik ya sabía lo del DIU. Siempre había ido un paso por delante de mí. Era el hombre que lo controlaba todo.

—Deja de comértelo con la mirada. Tu marido te está viendo. Y no parece muy contento.

Volví el rostro hacia Siloé. Se acababa de instalar en la tumbona a mi lado, con sus largas piernas bronceadas y un minúsculo bikini amarillo.

No me caía demasiado bien. Había algo en ella, algo de doble filo.

—¿A qué te refieres?

—A John.

—¿John?

Torcí la boca y negué como si el asunto no fuera conmigo.

—Tranquila, no voy a juzgarte. Está muy bueno. Qué brazos. Qué hombros. Y esa cara tan cincelada... Pero a él no te lo puedes follar. Está prohibido.

¿Y eso qué quería decir? ¿Que a los demás sí podía?

Me la quedé mirando. Ella sonrió traviesa y sorbió zumo con la pajita.

—¡Willa! —David me hizo un gesto con la mano—. ¡Ven a jugar con nosotros, cielo!

Me levanté. Llevaba puesto un bañador negro. No era el color de nadie. Solo el mío.

Fui hasta ellos y me metieron en el equipo de David, para sorpresa de nadie. Vik no jugaba. Me seguía con la vista desde la silla de playa en la que estaba sentado, con un libro entre las manos. No me cabía duda de que no había leído ni una palabra desde que me levanté de la tumbona.

Sacó John. Le devolví enseguida el balón, con tanta ira que le asomó una pequeña sonrisa bajo las gafas.

—Vaya —se sorprendió David, dedicándome aquella miradita que cada día encontraba más repulsiva—. Se te da bien esto.

Oh, sí, la rabia se me daba de maravilla.

…en todas partes

Mi actuación se volvió rutinaria. Iba a todas las fiestas o a la playa y buscaba de inmediato la compañía de John.

No era algo ilícito, lo hacíamos delante de todo el mundo. Me reía a carcajadas de sus anécdotas de la facultad de Medicina —que la sangre de un cadáver le saltara en la cara durante una autopsia me pareció desternillante, para estupor de todos—. Probaba de su copa. Le tocaba el brazo y a veces dejaba mi mano en su bíceps cinco segundos más de la cuenta. Hablábamos de lugares o costumbres de Inglaterra que nadie excepto nosotros conocía.

Los demás no podían seguirnos. Las bromas, las referencias... No las pillaban. Era un círculo exclusivamente británico que solo nos incluía a quienes habíamos estudiado Medicina. Creamos una especie de burbuja en la que solo estábamos nosotros dos.

Y Vik me miraba.

Por encima de la copa.

Mientras hablaba con otros.

Siempre.

Con celos en los ojos, pero nunca en los labios. No intervenía. Quería que lo escogiera a él. Que lo siguiera como antes.

Y yo seguía a John.

*****

Aquella noche la fiesta se celebraba en nuestra casa. Idea mía. Nunca habíamos dado una. Ya era hora de abrir las puertas de par en par para recibir a nuestros apreciados amigos.

Salí de la ducha y vi que sobre la cama había un precioso vestido morado. Vik se estaba poniendo los gemelos de espaldas a mí. Era una fiesta elegante.

Me cogió por la muñeca cuando pasé a su lado sin prestarle ninguna atención. Era el primer contacto físico desde que yo le había tirado el zumo y la pulsera a la cara. Veinte días, para ser exactos. En breve necesitaría otro delineador de cejas.

—Oye, doc. Intentemos pasarlo bien esta noche, ¿vale? —me propuso, apaciguador.

—Yo siempre me lo paso bien.

—A veces, demasiado.

Mi boca se curvó en una sonrisa cruel.

—¿Hay algo que quieras recriminarme, Viktor?

Me miró a los ojos. Muy concentrado. Él y yo no necesitábamos putas palabras.

—No he invitado a John.

—Tranquilo. Lo he hecho yo.

Se le tensó la mandíbula.

—Willa.

—Me cae bien. Me recuerda a Inglaterra. Y como tú te niegas a llevarme, supongo que tendré que conformarme con él. Aunque esté, ya sabes, *prohibido*.

—Ponte el vestido. Han llegado los invitados.

Nunca quería pelear. Era de lo más exasperante.

Salí quince minutos más tarde, con labios rojos y un precioso vestido negro que había pillado en el centro comercial.

Vik se me quedó mirando con rostro congelado.

—Haber escogido otro tono cuando os repartisteis la isla —le susurré al pasar por delante de él—. El morado no me pegaba con el pintalabios. ¡John! Me alegra verte. Con ese traje pareces sacado de una película de James Bond.

Mi marido se quedó detrás. Sonriendo para sí. Mirando cómo me abrazaba al pecho de otro hombre.

*****

—Estás llamando demasiado la atención de David —me dijo cuando acabó la fiesta.

Yo estaba de pie delante del espejo del baño y él se acercó y empezó a bajarme la cremallera sin que tuviera que pedirle ayuda.

—Intento protegerte, pero me lo estás poniendo difícil. Sé que estás enfadada conmigo y que buscas ponerme celoso con lo de John para que te saque de la isla, primero de Psicología, por cierto,

pero te pido que seas razonable y que tengas paciencia. No es tan simple, ¿vale? Te sacaré en cuanto pueda. Te lo prometo. Confía en mí.

Así era cómo había acabado ahí, para empezar. *Confiando*. Yo ya no confiaba en nadie.

—No depende de ti. ¿Verdad?

Me volví para encararlo. El espejo no me bastaba.

Vik no dijo nada. No hizo falta.

—De modo que el hombre que lo controla todo no puede controlar su propia vida.

Más silencio.

—¿Quién te controla a ti? ¿El de las esclavas blancas?

Levantó el brazo y me colocó un mechón tras la oreja.

—Willa. Siempre tan perspicaz. Sabía que cuando llevaras aquí el tiempo suficiente lo acabarías descubriendo. Tú nunca me decepcionas. No eres como las demás.

Las piezas del puzle se juntaban deprisa. Solo me quedaba una pregunta por hacerle.

Y me daba demasiado miedo la respuesta.

—¿Hay algo en tu vida que hayas escogido libremente, Viktor? —dije al final.

Esbozó una especie de sonrisa lánguida.

Pero sus ojos, perdidos en los míos, estaban tocados de dolor.

—Sí. A ti.

Al menos es blanca.

El círculo se completó y de pronto lo vi todo con una claridad estremecedora. El código de colores. Las prohibiciones. El aislamiento. El grupo paramilitar. Las sonrisas. El aquí lo compartimos todo. Las drogas. La imposibilidad de salir.

El control.

Lo controlaban todo. No había relojes. Controlaban la puñetera comida. ¡A mí me gustaban las patatas fritas y ahora comía pan integral sin cuestionármelo!

—Dios mío. Sois como una puta secta, ¿a que sí? Y David es… ¿Qué? ¿Vuestro líder?

—No nos gusta ese término.

—No.Me.Jodas.

—Willa.

Retrocedí.

Me alejé de él y de la isla. Volví atrás, al principio de todo. Cuando solo estábamos nosotros dos. Sin *ellos*.

Hola, Willa.

Pide un deseo.

Mírame. Así. No apartes la vista.

Amor Vincit Omnia.

La habitación daba vueltas.

Vi a Chris Martin entregándole mi mano en el altar bajo la promesa de intentar arreglarme.

Vi al pastor Davis abrir su Biblia.

Donde tú vayas, yo iré.

Lo había seguido a una secta.

Dime, ¿soy Eva?

Lo eres todo.

Un lugar desconocido donde había un *ellos*.

Escucha lo que te digo. Hay mucha oscuridad en él. Está demasiado lejos de Dios.

Todos mis recuerdos, los mejores momentos que habíamos vivido, mis dedos dibujando ochos en el aire, Coldplay en la radio del coche, él sosteniéndome en la oscuridad; todo estalló.

Y nunca dejamos de mirarnos.

No podíamos hacer nada más.

*****

—¿Cómo te encuentras?

Llevaba tres días sin salir de la cama. Vik no había llamado a John. Sabía que no me ocurría nada físico. Era mucho peor.

—¿Cómo nos conocimos? —murmuré cuando él estaba a punto de darse por vencido.

Volvió a sentarse en el borde el colchón.

—Me seguiste en Instagram.

Clavé los ojos en los suyos.

—¿Cómo nos conocimos *realmente*?

Se pinzó la nariz y soltó un suspiro.

—Diste un seminario en una de mis empresas. Luego te contraté para otros seis.

Algo tembló en la esquina derecha de mi boca.

—¿Tienes tantas empresas en Londres?

—Las compré para poder contratarte.

—¿Manipulaste el algoritmo para que viera tu perfil?

—No. Miraba tus redes sociales a todas horas y supongo que el algoritmo interpretó que nos conocíamos. O que debíamos conocernos.

—Ya.

—Willa, fuiste tú la que me siguió primero. Fue el destino. Estábamos predestinados a acabar juntos. Lo supe en cuanto te vi. Tuve muy claro que había nacido para amarte. Sencillamente, te reconocí entre toda esa gente.

Mi comisura tembló de nuevo. No le aguanté la mirada porque yo ya no estaba ahí. Estaba en el apartamento que había compartido con Alex.

—En del bar de la esquina no te manipula durante meses —farfullé para mí.

—¿Qué?

—No fue el destino, Vik —le dije, hundiendo la mirada en la suya —. Fuiste tú. Me manipulaste, con plena consciencia de ello, en cada momento. Y no me sueltes esa mierda de la Psicología otra vez. Dime, ¿lo del patinete también fue cosa tuya?

—No, joder. Los accidentes ocurren.

Me cogí las sienes entre las manos. Iba a estallarme la cabeza.

—Esto es un puto desastre. No puedo creer que me hayas hecho algo así, Vik. Que me hayas traído a este jodido sitio.

—Quería estar contigo para siempre. Y creí que encajarías.

Dejé de masajearme las sienes y lo miré sin dar crédito.

—¿*Creíste* que encajaría en una puta secta?

—Me equivoqué. Intento arreglarlo.

—¿Cómo? ¿Cómo vas a arreglar esto?

—Te sacaré de la isla en cuanto David lo autorice.

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará. Te lo prometo. Todo saldrá bien. Pensé que serías feliz aquí, desapareciendo, pero no es así. Solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes. Que volvamos a ser lo que éramos. Toma. Bébete esto. Te sentirás mejor.

Miré el zumo que me ofrecía.

—¿Cómo podría confiar en ti?

—No te pido que confíes. Te pido que escojas confiar.

—Tengo la impresión de que yo nunca escojo nada.

—Escógeme a mí. Ahora mismo soy todo lo que tienes. No puedes confiar en ellos y lo sabes. Sigo siendo yo, Willa. Eso no ha cambiado.

¿Lo era? ¿El mismo Vik que me llevaba al mercado, que aguantaba todas las chorradas que ponía en Netflix?

Quería creer que sí.

Quería creerle.

—Sigo queriéndote, doc. Te quiero por encima de todo lo demás.

Me abracé las rodillas. Me sentía frágil.

—¿Cómo…? ¿Cómo acabaste…?

—Supongo que buscaba algo.

—¿El camino?

Hizo el esfuerzo de componer una especie de sonrisa triste.

—Sí. Algo así.

—¿Y si quisieras salir?

Negó.

Salir no era una opción para él.

—Te controlan de alguna forma —deduje.

Se limitó a mirarme.

Repasé la información que tenía, lo poco que me había dado.

—¿Has hecho algo malo? ¿Es a lo que te referías en París, cuando dijiste que te arrepentías de tener algo de lo que arrepentirte?

Asintió.

—¿Cómo de malo es?

—La muerte es el precio que hay que pagar para entrar en el Paraíso.

Bum.

La última pieza encajada en su sitio.

Le cogí el vaso de la mano y lo vacié sin liberar su mirada. Me bebí hasta la última gota con parsimonia, para que viera que escogía confiar.

—Buena chica. —Puso la mano en mi nuca, me acercó a él y me besó el pelo. No intenté apartarlo—. Te sacaré de aquí. Te lo prometo.

Asentí.

Él no iba a enseñar sus cartas. Yo, tampoco.

*****

Al día siguiente cogí el carrito de golf, fui al centro comercial y pillé un lápiz de ojos morado. Luego le devolví el vehículo a Vik. Había quedado para jugar al baloncesto, pero noté que no quería irse. No me quitaba los ojos de encima, como si yo fuera una especie de bomba de relojería.

David y los demás volvieron a llamarlo desde sus carritos. Con *mucha* insistencia.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me preguntó, todavía vacilando.

—Iré a la biblioteca.

—¿Tienes algún libro bueno entre manos?

—Leeré a Shakespeare, a ver si entiendo de una vez por todas qué tiene de romántico la muerte.

—Willa —me regañó con aquella sonrisa suya. Esa que tanto me gustaba a mí y que en realidad no era una sonrisa. Era una sombra, como todo lo que nos rodeaba.

—¿Vik? —dije, en el mismo tono indulgente.

—Volveré en cuanto pueda librarme de ellos.

—No hay prisa. Aquí el tiempo carece de sentido.

Me besó en los labios. Dejé que lo hiciera.

Después se fue y yo corrí hasta la biblioteca. Subí por la escalera de madera, agarré la Biblia y apunté en la primera página: *dale lo que te pide*. Con lápiz morado. Lo subrayé insistentemente.

Es lo que tienen los mentirosos. Ya saben que todo el mundo miente.

…donde no puedes seguirme

Busqué pruebas en la biblioteca, huellas de la mujer rubia. Tenía que averiguar si seguía viva. ¿Quién era? ¿Dónde estaba? ¿Por qué ocupaba yo su lugar? ¿Era ella lo que él debía solucionar —en un sitio sin cobertura— para poder dedicarse por completo a *nosotros*? ¿Qué era Vik, una especie de Barba Azul?

¿Y la secta? ¿Cómo de peligrosos eran? Necesitaba recabar datos. No manejaba demasiada información sobre las sectas. Esas noticias siempre las pasaba por alto.

Chica rescatada de las garras de una secta.

Era algo que a la brillante hija de la doctora Anne Cassidy nunca iba a ocurrirle. Por Dios. Con su matrícula de honor sabría reconocer una secta en cuanto la viera.

A la brillante hija de la doctora Cassidy no se le ocurrió pensar que las sectas no parecen sectas. Hasta que descubres que lo son. Así que a lo mejor no era tan brillante.

—Quiero comprenderlo —le solté en la cena.

—¿El qué?

—Lo de la secta.

—Willa. Las palabras son peligrosas. No uses esa. Si de verdad necesitas ponerle un nombre, piensa en ello como en una fraternidad.

Claro que sí. Qué inofensivo.

—Pues la fraternidad. ¿De qué va? ¿A quién veneráis? ¿A Dios?

—No. Dios no pinta nada en este asunto.

—¿Pues en qué creéis? A ver, tendrá alguna finalidad toda esta… organización sin ánimo de lucro.

Pinchó un trozo de pescado y se lo llevó a la boca sin prisa. Me di cuenta de lo que hacía: se tomaba su tiempo antes de responderme. Dosificaba la información.

—Creemos los unos en los otros.

—¿Qué eres, un libro de autoayuda?

Se rio. Una risa real, que rebajó un poco la tensión del momento.

—Tu ingenio fue una de esas cosas que hicieron que me enamorara de ti.

—No me estás dando nada, Vik, y lo sabes. *Háblame*. Haz que lo entienda.

Se lo pensó unos segundos.

O puede que solo me evaluara mientras decidía hasta qué punto debía contarme.

—No hay mucho que decir. —Soltó el tenedor, y también un suspiro—. Solo somos un grupo de personas que comparten la misma visión del mundo.

—¿Que es…?

—Todo puede ser mejorado.

—Qué propósito tan noble.

—Estás siendo irónica.

—Y tú, muy críptico. Dime qué hacéis de verdad.

—Tomamos las decisiones correctas.

—¿En nombre de todos?

—Es como funciona el mundo, Willa. Desde antes de los faraones. Siempre hay alguien decidiendo por los demás.

—Sí, claro. La ley de la selva, ¿no? Los fuertes dominan a los débiles.

Contuvo una sonrisa.

—No pretendemos dominar. Intentamos ser eficientes. Nada más.

—Cuando me lo cuentas tú suena a mensaje corporativo. Pero lo que yo oí en esa primera cena… Lo de que la regeneración es necesaria, que el sistema está podrido...

—El mundo se renueva todo el rato. Y nadie lo ve como algo malo. En la naturaleza no existe la culpa. Existe la supervivencia.

—Simplifiquemos el ecosistema: para que algo sobreviva, otra cosa tendrá que morir.

—No cuestionemos el equilibrio natural.

Tomé un sorbo de vino.

Dejé la copa sobre la mesa.

Clavé la mirada en la suya.

Pasaron segundos. Años… ¿Qué era el tiempo? Solo un concepto que intentaban arrebatarme.

—¿Hablamos claro?

Sonrió.

—Si te empeñas.

—Te diré lo que pienso de todo esto.

—Adelante.

—Creo que vives en un mundo de cazadores y presas.

—¿Preferirías uno destinado a extinguirse?

—Tal vez. Todo lo que nace tendrá que morir, ¿no?

—¿Por qué?

Fruncí el ceño y lo calibré en silencio durante unos segundos.

—¿Es que no creéis en la muerte?

—Creemos que después de morir hay otra forma de seguir viviendo.

Juntos por toda la eternidad.

Todo cobraba sentido.

Me había casado con un pirado.

*****

En la biblioteca no había nada. O yo no sabía dónde buscar.

Necesitaba encontrar a mi amiga, la del velo. Era la única persona en la que podía confiar en la isla. La última vez la había visto en casa de David. Necesitaba volver ahí.

La ocasión se presentó unos días después.

—David da una fiesta esta noche. Le diré que no te encuentras bien.

—No lo hagas. Quiero ir.

Se giró y me miró con una arruga entre las cejas.

Le costaba identificar mis intenciones. Yo era como el mundo de su madre: igual en apariencia, torcida por debajo.

Le preguntaba por su ideología.

Me bebía el zumo sin protestar.

Dejaba que me besara en los labios —él no había intentado nada más. Se lo habría concedido.

Pero Vik debía de saber que tenía mis propios intereses. No se fiaba de mí, y no terminaba de relajarse. Me conocía. Sabía que no

le sería fácil doblegarme.

Era por lo que me había escogido.

Él era un cazador. No quería que la presa se rindiera sin más. Quería que corriera.

Y yo no corría. Yo estaba siendo muy buena chica, lo cual lo inquietaba.

La parte de mí que siempre lo observaba todo desde fuera, la Willa fría y analítica, veía lo descolocado que estaba.

Y lo disfrutaba.

*****

La mujer estaba ahí. Levantó la mirada un segundo y la reconocí.

Pero para llegar hasta ella, primero tenía que mezclarme con los demás. Acercarme demasiado pronto nos hubiera puesto en evidencia a las dos. Debía aprender a tener paciencia. A pensar como un cazador.

—Willa. Cariño. Me alegro de ver que te has recuperado tras el… ya sabes.

—Dilo. A mí me gusta poner nombre a las cosas.

Lía, de impecable blanco, compuso una sonrisa incómoda.

—Bueno. El… El aborto —susurró.

Increíble, joder. ¿Eso era lo que les había contado Vik? ¿Que no podía salir de casa porque estaba devastada?

Después de indignarme, vi el lado bueno. Me daba cierta ventaja.

—Sí. Estoy recuperada. Físicamente, al menos.

—Estoy segura de que todo saldrá bien la próxima vez. Lo conseguiréis.

—Vik se esfuerza mucho.

Lía se lo comió con los ojos. Él estaba hablando con David, pero me miraba cada tres segundos.

—Ya lo sé.

¡Oh, Dios Santo! Seguro que montaban orgias. Eso era muy de las sectas. Tanto contacto con la naturaleza ancestral despierta la libido.

Me sacudí y decidí conseguir una copa, ahora que ya no estaba embarazada.

*****

Todo el mundo intentó consolarme por mi pérdida. Eran súper cariñosos. Estaban a un paso de arrastrarme a sus lupercales.

El último en acercarse fue John.

Me pilló a solas. Otro cazador que estudiaba el perímetro. Sí que era un mundo de cazadores y presas.

—¿Cómo estás? —me susurró. Sus labios casi rozaban mi oído.

Él sabía lo del DIU. Y no me había delatado.

O sí.

Cuando todo el mundo miente, es difícil discernir la verdad. Tenía la sensación de que en aquella fiesta todos llevábamos una especie de máscara. Nadie sabía qué ocultaban los demás.

—Estoy bien.

—¿Qué ha ocurrido realmente?

—No estaba de humor para estos simposios.

—Willa, tengo que preguntártelo. ¿Te retienen aquí en contra de tu voluntad?

Analicé su mirada. Un gris de lo más persuasivo, el de sus ojos. Me instaba a confiar en él. A decírselo todo.

¿Qué hacía John en la isla? ¿Ejercía la medicina? ¿O era uno de ellos? ¿Era un caballo de Troya?

—No. Claro que no.

Asintió, compuso una pequeña sonrisa y me dejó en paz.

Vi que David se llevaba a Vik al interior de la casa. Era mi momento.

—Tengo que hablar contigo —le susurré a la mujer del velo mientras fingía escoger algo del bufé libre.

Negó con la cabeza.

—He descubierto que son una secta.

Abrió los ojos de par en par, me agarró por la muñeca y me arrastró tras unos arbustos. Ella parecía saber dónde podían vernos u oírnos y dónde no.

—Ten cuidado. Y hagas lo que hagas, obedece. No tienes ni idea de dónde te has metido.

—¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

—¿Qué importa eso?

—Nos han quitado la libertad y el tiempo. No permitamos que nos quiten también los nombres.

Se bajó el velo. Era mayor de lo que esperaba. Le eché más de cuarenta.

—Me llamo Sarah.

—Hola, Sarah. Yo soy Willa.

—Lo sé. Hablan de ti a todas horas. A David no le gusta que estés aquí.

—Y yo que pensaba que quería follarme…

—Quiere hacerlo. Quiere follarnos a todas.

—Pareces conocerlo bien.

—Lo conocí antes de esto. Me casé con él en la universidad. Yo fui la primera mujer de su Eden.

Me quedé boquiabierta. Ella era Eva. La verdadera.

—¿Y cómo acabaste…?

—¿Haciendo trabajos forzosos? Como todos. Empecé a cuestionar las reglas. Luego Vik trajo a Lía. Se suponía que se la quedaría para él, pero al final la rechazó. Y David, que no había dejado de mirarla como te mira a ti, decidió que la quería, y que yo ya no valía nada.

—Dios mío. ¿Soy la culpable de que estés así?

—La única culpable soy yo. Ayudé a crear este infierno. Ahora estoy pagando por mis errores.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Tú qué crees? Porque lo amaba. Creía en él. Ten cuidado, Willa. Estás en un lugar muy peligroso.

—Sé que son poderosos.

—¿Poderosos? Te has quedado corta. *Aeternum* decide dónde habrá una revolución o una guerra, qué político debe morir y cuándo empezará la próxima crisis económica. Willa, no son poderosos. Ellos son el poder que hay detrás del poder. Y no consienten que no te sometas. Si estás hablando conmigo, está claro que no lo haces. Ríndete. No hay salida. Podrías acabar como yo, o peor. Él te quiere.

—Si me quisiera, no estaría aquí.

—Rechazó a una de los suyos para estar contigo. No te imaginas las implicaciones de algo así. Tenemos prohibido casarnos con gente

de fuera, y ningún matrimonio puede celebrarse si David no da el visto bueno. Vik desobedeció todas las reglas. *Por ti*. Tienes poder sobre él. Juega bien esa carta. Te da ventaja. Ponte algo morado. Si él ve que eres de Vik, no intentará reclamarte para sí. Es un depredador. No te conviene que te dé caza. Y deja de tontear con el médico.

—¿John es uno de ellos? ¿O puedo confiar en él?

—¿Aún no lo entiendes? ¡No puedes confiar en nadie! ¿Crees que puedes confiar en mí? Te entregaría sin pestañear a cambio de mi vida o la de mi hija.

Tragué saliva.

—Antes llevabas velo morado. ¿Por qué te han quitado de casa de Vik?

—Porque te miré y no se fían de mí. Hay cámaras en todas partes. Este lugar es una ratonera.

—¿Te castigaron?

No contestó.

—¿Por qué me ayudas?

—Me recuerdas a mi hija.

—¿Dónde está tu hija?

—En uno de sus campamentos. Los niños se educan ahí desde los siete hasta los dieciocho. Les lavan el cerebro. Es como nos controlan. Si conseguimos salir de la secta, jamás volveremos a verlos. Está prohibido mantener contacto con ex miembros. Nuestros propios hijos nos repudiarían.

—¿Cuánto hace que te la quitaron?

—No lo sé. No cuento los días.

—¿Dejaste tú el mensaje en la Biblia?

—Sí.

—¿Y el pelo rubio del sumidero?

—Es de Lía.

—Al menos sigue viva.

—Esa nos sobrevivirá a todos. Es una ferviente. Una puta zorra.

—Lo parece.

—Sé cómo ella. O acabarás siendo como yo. La élite tiene privilegios. El resto somos esclavos. Trabajos forzosos, control de la

conducta y la natalidad, aislamiento, tortura… En casos extremos, cuando no respondes al tratamiento, desapareces sin más.

—¿Hay una resistencia?

—No —me soltó con absoluto convencimiento—. Nadie se resiste. Ni se te ocurra intentarlo. Sé.Como.Lía. Obedece. Y no me busques más. Nos estás poniendo en peligro a las dos.

Se fue y yo me quedé ahí, asimilándolo.

¿Tortura?

Me doblé hacia adelante y vomité en los arbustos.

…o yo te seguiré

Ahora lo sabía todo. Pero ¿de qué me servía saber si no podía actuar? Tenía que haber alguna forma de salir al exterior. Vik era mi principal activo. No iba a quedarse ahí toda la vida. Tenía negocios que atender fuera de la isla. Igual que el resto. A lo mejor podía esconderme en alguna avioneta y salir sin que se dieran cuenta.

Debía seguirlo otra vez.

Aunque, primero, tenía que obedecer.

Hacer que se relajara.

Conseguir que dejara de mirarme como a una bomba a presión.

Darle lo que realmente quería: a mí.

Me puse la pulsera. La vio de inmediato. No dijo nada, solo la miró unos segundos de más. Seguro que se preguntaba qué significaba.

—Buenos días —me dijo al volver de su sesión de deporte matutino.

—Buenos días.

Me besó en los labios. Le sonreí. Un gesto breve, apenas esbozado. Se sentó a mi lado y se sirvió café de la jarra.

—¿Qué tal has dormido?

Dejé que sus ojos me encontraran.

—No muy bien. No tengo desgaste físico. Me paso el día en la biblioteca.

Asintió.

—A lo mejor puedes acompañarme hoy —propuso después de un buen rato. Detecté un brillo esperanzado en sus ojos.

—¿Adónde?

Intenté mostrarme animada.

—Podemos hacer senderismo por el bosque. Acampar, pasar la noche por ahí. Hay muchos lugares increíbles en esta isla.

—¿En serio?

—Mm-hm. Me gustaría enseñártelos.

—¿Y podemos hacer un fuego en alguna parte?

Le asomó una pequeña sonrisa en las comisuras.

—¿Te haría feliz?

Me lo quedé mirando unos segundos. Como en París. Como si aún siguiéramos en un mundo sin ellos. Como si él aún fuera Vik, el hombre que amaba, y no un desconocido que formaba parte de algo llamado *Aeternum*.

—Sí. Me haría feliz.

—Pues haremos un fuego. Necesitas unas buenas botas. Algo que te sujete bien el tobillo.

Él iba a cuidar de mí. Si le daba lo que quería. Si me quedaba en mi jaula, el mundo que había construido para atraparme.

El amor es una debilidad, y yo lo quería débil.

*****

Ninguna trampa debería ser tan bonita.

Entendía que algunas mujeres escogieran quedarse. En el fondo, ¿qué había fuera de allí? Si llevabas el tiempo suficiente en la isla, si dejabas de contar los días, lo olvidabas, porque cuesta recordar una realidad tan lejana, una en la que ni siquiera eras feliz. Aquí eras feliz todo el rato.

Si te bebías los zumos.

Si dejabas de recordar.

Si escogías no escoger.

Miré hacia arriba, las cascadas a las que me había llevado Vik, y por un segundo, o quizá una milésima, deseé olvidarme de la realidad. Permitir que alguien me quisiera, aunque fuese un amor opresivo. Ser la versión de mí que dejaba de correr. La que había prometido ser.

Él respetaba sus votos palabra por palabra.

Te prometo estar. Siempre. En lo que venga. Por toda la eternidad.

Yo buscaba la forma de huir. ¿De dónde venía el río? ¿Dónde desembocaba el bosque?

Había árboles desconocidos llenos de frutas tropicales.

—¿Son comestibles? —pregunté.

—Sí. Y bastante nutritivas. Si nos perdiéramos en el bosque, podríamos sobrevivir comiendo esto.

—¿Puedo probar?

Sonrió, alargó la mano y cogió una fruta amarilla parecida al mango. La abrió, me dio un cacho y me observó divertido mientras me la comía.

—Está bastante buena.

—Te lo dije. ¿Qué te parece si acampamos aquí? Está anocheciendo.

Bajé la vista hacia él y lo miré. Mi guapísimo marido. Ahí estaba, en su elemento, salvaje en su mundo primigenio, esperando a que yo lo escogiera. Sin intervenir. Como hizo en el hotel de Londres mientras yo lo tocaba y lo examinaba todo y luego decidía quedarme.

La paciencia es el secreto, me había dicho su madre.

Todo era un mensaje encriptado, un código binario que por fin había aprendido a leer.

Me acerqué, cogí su cabeza entre las manos y lo obligué a mirarme.

Diez segundos.

Quince.

Veinte.

Un minuto entero.

Me rendí y lo besé, tan hambrienta que su cuerpo reaccionó de inmediato. Llevaba mucho tiempo sin tocarme.

Demasiado.

Se aferró a mí con las dos manos.

—Willa.

—Vik.

—Hola —me dijo, maravillado.

—Hola.

Me abrazó con tanta fuerza que pensé que alguno de mis huesos cedería.

Me tumbó en el suelo, encima de las hojas, y me folló sin que ninguno de los dos se quitara la ropa más de lo estrictamente necesario.

No fue violento. Tampoco amable.

Fue primario. Perfecto.

Tendría que haberlo retenido para poder recrearlo más adelante. La luz dorada del atardecer filtrándose entre los árboles. El susurro de las hojas. La sensación incómoda de las ramas incrustadas en mi espalda. Los ojos de Vik negándose a soltar los míos.

Él sí lo retuvo. Siempre lo hacía.

Más tarde acampamos bajo las estrellas. Hizo un fuego en la orilla del río. Me enseñó Orión.

Me habló de las constelaciones, de lo increíble que era que nosotros existiéramos, y yo lo escuché, sin dejar de mirarlo, mis dedos entrelazados con los suyos.

Era él, Vik, el de siempre. Eso fue lo más doloroso.

Porque, mientras me hablaba del universo, de las estrellas en las que viviríamos cuando acabara nuestra vida en la tierra, yo veía los labios de Sarah formulando aquella palabra. *Tortura.*

*****

—Hoy no, Willa.

Era la primera vez que Vik no quería follarme. Algo estaba ocurriendo. Debía de ser importante.

—¿Por qué?

—Llego tarde.

Era de noche. ¿Adónde iba? Nunca se había marchado, que yo supiera.

A no ser que lo hiciera durante las noches en las que yo dormía como si estuviera muerta.

—¿Llegas tarde a qué?

—Una reunión.

—¿Con tus hermanos? Perdona, ¿os hacéis llamar hermanos?

Me respondió con una sonrisa de lado.

—Sé buena y tómate el zumo. Volveré antes de que te des cuenta de que me he marchado.

Me besó en los labios y se fue. Por primera vez en mucho tiempo no se quedó ahí para verme vaciar el vaso.

La paciencia es el secreto.

*****

Iban en carritos de golf, aullando a la luna. Yo corría por el bosque, camuflada entre la vegetación, intentando seguirlos. Tenían rifles. Disparaban a las estrellas. Todo estaba permitido para los amos. Habían creado un mundo aparte para hacer lo que quisieran.

Pero, ¿qué era lo que hacían?

Llegaron a una especie de complejo. Nunca había estado en aquella parte de la isla. Se trataba de un edificio grande de madera con techo de cristal, parecido a la biblioteca, aunque mucho más imponente. Los del ICE no estaban ahí.

Levanté la vista hacia las letras doradas y algo en mi pecho se apretó.

Aeternum.

Estaban colocadas en lo alto de la fachada con la arrogancia de quien no necesita esconderse. Debajo, el símbolo. El sol. La serpiente. El ojo. Espeluznante.

Llegaron más carritos.

Me escondí tras unos arbustos y espié a través de las hojas.

Las mujeres bajaron una a una. Todas menos yo. Aún no era de los suyos. No me había iniciado. Las ceremonias me estaban vetadas.

Entraron en el edificio en silencio, solemnes como en cualquier templo, y yo conté hasta tres mil y luego las seguí, camuflada entre las sombras.

El perímetro parecía seguro.

Rodeé el edificio en busca de ventanas.

No había ninguna. Tenía que colarme tras ellas.

Joder.

Volví a la parte delantera, abrí la puerta lo más despacio que pude y eché un vistazo dentro.

Vi un millón de velas encendidas. Luego, a ellos.

Durante unos segundos —los más largos de mi vida— mi cerebro se negó a procesar lo que tenía delante. Las imágenes llegaban en

fragmentos, con cada parpadeo, como si la mente intentara protegerse de algo que aún no sabía nombrar.

Todos, hombres y mujeres, llevaban el mismo disfraz: traje negro, masculino, camisa blanca y corbata roja. Bastante normal.

Si no había túnicas, ¿qué era lo que no encajaba?

Entonces, lo entendí.

Donde debería haber rostros no encontré nada reconocible. Ni humano.

Estaba el burro, de ojos opacos y enormes.

El conejo, de un blanco impoluto.

El cuervo de pico abierto.

Y más, muchas más cabezas de animales en lugar de las suyas.

Quise apartar la vista casi tanto como quería seguir mirando.

Formaban un círculo cerrado, tan juntos que sus hombros se tocaban. Desde la puerta no pude ver qué —o a quién— rodeaban.

Solo podía escuchar el cántico: una cadencia baja, gutural, sin palabras reconocibles. Un código anterior al lenguaje.

Me quedé en el umbral, fuera y dentro a la vez. Horrorizada. Fascinada.

De pronto, empezaron a golpear el suelo con los bastones. Un ritmo primitivo, unísono, que hacía vibrar las tablas bajo mis pies como si buscara despertar lo que dormía más abajo.

Cada golpe era una llamada.

Hasta que sonó uno distinto, el duodécimo, y el círculo se abrió.

En el centro había un altar dorado. Sobre él, una mujer. Dormida, o muerta, desde ahí no tenía forma de saberlo. Lo único que pude ver fue que no llevaba nada puesto.

Uno de ellos —el conejo— dio un paso al frente.

Los demás se mantuvieron impertérritos. Conocían el rito. Cada uno sabía exactamente cuál era su papel.

—*Tempus fugit* —proclamó el tigre con voz poderosa.

El que se había movido se llevó las manos a la nuca y soltó algo.

La cabeza del conejo cayó hacia un lado.

Era Erika.

El silencio en el que nos internamos me aterró bastante más que los cánticos. Era una expectativa física, palpable, como el aire justo

antes de una tormenta. Podía oler su excitación. Eran bestias contenidas, y lo que las contenía era solo el rito, el orden de aquella coreografía que interpretaban.

El tigre se acercó a Erika.

—La muerte es el precio que hay que pagar para entrar en el Paraíso —le dijo.

Supuse que era el maestro. David.

Le ofreció una daga. Erika la cogió.

—La muerte es el precio que hay que pagar para entrar en el Paraíso —repitieron todos.

Tum.

Los bastones golpearon el suelo, reclamando.

—La muerte es el precio que hay que pagar para entrar en el Paraíso —dijo Erika con una sonrisa extasiada.

Se acercó al altar y le rajó el cuello a aquella mujer de un solo movimiento.

Grité. O al menos supuse que el sonido animal que llenaba la cúpula de vidrio y rebotaba de vuelta sobre mí, multiplicado, salía de mi garganta.

Se volvieron todos a la vez, con una sincronía más propia de las cosas que actúan con una sola mente.

Algo ajeno a este mundo.

El oso. El burro. El lobo. El jabalí. Inclinaron la cabeza hacia un lado mientras me observaban desde algún lugar detrás de las cuencas oscuras que tenían por ojos.

Los pulmones se me vaciaron de aire, pero el grito siguió y siguió porque ya no era yo quien gritaba. Mi cuerpo había dejado de pertenecerme.

La cabeza del búho cayó al suelo.

Tardé en comprender que ya no estaba gritando. Mi cuerpo había decidido paralizarse. Puede que algo dentro de mí se estuviera fracturando. Fueron segundos.

Minutos.

Toda una vida…

El hombre que me miraba desde el otro lado del abismo tenía la cara de mi marido. Los ojos eran los mismos.

Pero detrás no encontré nada familiar.

Él llevaba mucho tiempo siendo otra cosa. Ocultándose de mí.

—Willa… —murmuró, devastado, como disculpándose.

No lo entendí, hasta que algo me golpeó fuerte en la nuca. Caí de rodillas delante de ellos.

Juraría que el burro sonrió.

No vi nada más.

*****

Todo me daba vueltas. Debía de tener una conmoción. Intenté recordar si había vomitado. No lo recordaba.

Me presioné las sienes con los dedos, pero me palpitaban tanto que dejé de hacerlo.

Mis ojos buscaron algo a lo que aferrarse.

No había absolutamente nada.

Estaba sola.

Encerrada en un lugar en el que la luz no se atrevía a asomar.

Me habían metido en un agujero.

La oscuridad era todo lo que tenía.

¿Iba a salir alguna vez?

…en la tortura

Las paredes eran de tierra. Las recorrí con las palmas en busca de algo que no encontré. El tiempo había dejado de existir. Sin luz, no podías saber.

Intenté mantenerme lucida.

Conté.

Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Conté hasta que no pude hacerlo más, hasta que empecé a gritar. A rugir. A golpear las paredes como una posesa.

Nadie acudió. Nadie me oía.

O no les importaba.

Al final dejé de hacerlo. Me senté y le sostuve la mirada a la oscuridad. Ella me sonrió, y entonces le abrí la puerta de par en par y dejé que lo impregnara todo con su veneno.

*****

No tenía hambre. Solo sed. Y cuando la trampa de arriba se abrió y alguien me lanzó una botella de agua, me abalancé sobre ella y la vacié de inmediato. No quería ceder, pero la biología me obligaba a hacerlo.

—¿Hola? —dije.

La trampa se cerró con un golpe seco.

Seguí contando. Tenía que hacerlo.

*****

El tiempo. Empecé a medirlo con las botellas de agua. El intervalo entre una botella y otra era tiempo. Treinta y seis mil segundos. Diez horas. Cabrones. Saber me daba paz.

Empezaron a alimentarme después de treinta horas desde que yo había descubierto una forma de control. Me tiraron un cacho de pan y una manzana. Me los comí. Buena chica.

Esperé. Yo, que me ponía nerviosa cuando una página web tardaba más de cinco segundos en abrirse, que no aguantaba ver el

circulito en la pantalla, esperé. Aprendí. Me adapté.

Pasaron días. Semanas. Nadie bajó. No lo estaba haciendo bien, entonces.

O sí.

Primero hay que darles lo que quieren. Así lo notarán cuando se lo quites de golpe. La oscuridad que me rodeaba era profunda. Pero no me cabía duda de que había ojos incluso en la oscuridad, midiéndome. No querían que me adaptara. Quería romperme para reconstruirme a continuación. Era un juego, y yo debía poner mi mejor cara de póker. Mentir otra vez.

Me lanzaron la botella. Esta vez no me moví.

Conté cinco horas exactas. Llegó el pan y la manzana. Los dejé ahí tirados. De todos modos, tenía el estómago revuelto. El hedor era nauseabundo. Hubiera matado por una ducha.

No. Qué va. Yo no era Erika.

Aguardé. Paciente. Sin moverme. Como la zorra metódica que sabía que podía ser.

Y al final alguien bajó. Bingo.

Era Tom.

—Come.

No me moví.

Me disparó con un táser.

Grité. Me doblé sobre mí misma.

—¡Come!

Me pegué a la pared fría, y él me disparó de nuevo.

Chillé antes de caer hacia adelante. Clavé las uñas en la tierra. Las lágrimas se me juntaban bajo el mentón cuando levanté la mirada hacia la suya.

—Come.

Me obligué a respirar.

Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Arañé la tierra con las uñas.

—Que… te… follen —conseguí farfullar.

Me cogió por la nuca y estrelló mi cabeza contra la pared.

La boca se me llenó de tierra y sangre. Consiguió que comiera algo.

Se marchó, y yo me desplomé en el suelo, cerré los ojos y dejé de contar.

*****

Voces. Había voces en la oscuridad.

—Quiero ver a mi mujer.

Era Vik y estaba muy cabreado. Bienvenido al club.

—Si la hubieras controlado como te pedí, no estaría aquí. Hemos tenido que intervenir por tu puta culpa.

David. Furioso también.

—Deja que la vea. Haré que entre en razón. Me escuchará.

—No.

Inapelable.

*****

—Come.

Dolor.

—Come.

Más dolor.

—*Come.*

—Que te den.

Dolor absoluto, pero necesario. A lo mejor era el precio que debía pagar para salir de ahí. ¿Qué es lo contrario a la muerte? Vivir. *Dolor es lo que somos*, me había dicho Vik.

Si dolía, es que seguía ahí. Aún importaba.

*****

—¿Qué estás diciendo, zorra?

Volví a farfullar lo mismo. Ellos tenían sus cánticos. Yo tenía los míos.

Lo repetí una y otra vez hasta que se volvieron tan locos como yo porque no tenían ni la menor idea de lo que significaba. No podían controlarlo, y nada jode más a los hombres que lo controlan todo.

A la locura no se le puede poner freno. La gente tiene miedo de los locos porque no hay forma de saber qué van a hacer a

continuación. Su mundo es más profundo que el de los demás.

El mío era un abismo.

Al final dejaron bajar a Vik. ¿Quién se estaba doblegando ahora?

—Willa. Eh. Soy yo. Hola. Lo siento. Lo siento mucho. Esto es culpa mía. Tendría que haber sabido que harías algo así. David tiene razón. Si te hubiera controlado…

Estaba hundido.

Bien.

Intentó abrazarme.

Me arrastré hasta la pared, gruñendo como la bestia en la que me habían convertido, y me mantuve en mis trece.

—Debes comer. Estás en las últimas. Vamos a tener que ponerte una vía en el brazo. ¿Me oyes?

Seguí farfullando mi cántico.

—¿Qué estás diciendo? No te entiendo.

Era verano.

Maya y yo habíamos aprobado los exámenes y nos habíamos ganado un fin de semana en la playa. Su brazo rodeaba mis hombros. Teníamos una copa en la mano y las dos coreábamos el tema del momento. Era feliz, solo que no lo sabía. Ahora sí, e iba a quedarme ahí para siempre.

—Willa. Te lo suplico. Necesito que sigas con vida. No puedo perderte. Come.

Mi canción favorita. Vueltas y vueltas. En mi cabeza. Mi canción favorita...

Incluso en la oscuridad más profunda puedes encontrar un resquicio de luz. Si sabes dónde buscar.

*****

El sol era horrible. Me atravesaba. Me quedé ahí tumbada mientras los soldados me limpiaban con las mangueras. Rindiéndome había ganado.

Cuando estuve limpia y seca, dos mujeres con velo me pusieron un camisón blanco, me peinaron y me cortaron las uñas de las manos y de los pies. Una de ellas me lavó los dientes.

—Escupe.

Obedecí.

Dos soldados me arrastraron a una habitación que no conocía. Sencilla. Blanca. Sin ventanas.

David y Vik ya estaban ahí.

—Willa…

Se agachó al lado de la cama y me acarició el pelo. No tuve fuerzas para apartarme.

—Haz lo que te piden y todo irá bien. Confía en mí.

Creo que me desmayé.

Cuando abrí los ojos de nuevo, John estaba ahí. Traía una vía.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a mi marido.

—Se niega a comer.

—Por lo del aborto —añadió David—. Le cuesta superarlo.

John me miró.

Yo estaba en la cama, quietecita, sin farfullar. Tenía lo que quería. La luz de una bombilla. Estaba viva. Iba a aferrarme a ello.

—¿Por qué no me habéis llamado antes? Está muy débil.

—Creíamos que recapacitaría —le dijo David.

—Joder. Dejaros de gilipolleces. Esta mujer está fatal. Hola, Willa. Vas a notar un pinchacito, ¿vale?

Me dormí. Por fin podía dormir.

*****

Al final me recuperé. Físicamente, al menos.

Y cuando eso ocurrió, me pusieron el velo blanco y me mandaron a casa de David a hacer trabajos forzosos. Había perdido todos mis privilegios. Ahora era como el resto.

Manipulación, control de la conducta, aislamiento, tortura… En casos extremos, cuando no respondes al tratamiento, desapareces sin más.

Ese era el tratamiento.

Ella no estaba.

David se dio cuenta de que la buscaba. Era listo.

—¿Recuerdas la ceremonia? —me dijo un día mientras yo le servía el desayuno.

No levanté la mirada del suelo. Había aprendido a golpes lo que era la obediencia. A esas alturas, había aprendido muchas cosas.

—Era Sarah. Y estaba ahí por tu culpa.

Bajé los párpados. Las lágrimas se escurrían por mis mejillas.

—Largo.

Me retiré.

*****

Lía se levantaba casi a la hora de comer. Se debía de poner hasta el culo de zumos.

—Llegas tarde —me soltó irritada cuando entré en su cuarto con la bandeja del desayuno—. Llevo mucho tiempo esperándote.

—*Tempus fugit* —le respondí. Tenía prohibido hablar.

—Cierto. —Esbozó una sonrisa corrosiva—. El tiempo vuela. Espera. No te marches.

Cogió el vaso de zumo y, muy parsimoniosa, lo vació sobre el suelo.

—Vaya. Qué torpe. Vas a tener que limpiar eso.

Levanté la mirada hacia la suya. Otra desobediencia más.

—Con la lengua —añadió Lía.

Se desquitaba a gusto por lo de Vik. La muy zorra.

—Como si te lo quedas. Aunque dudo de que aún quiera follarte.

—De rodillas —ordenó, temblando de rabia. Pocos placeres me quedaban en la vida ya. Estaba decidida a saborear este—. ¡Que te pongas de rodillas, joder!

Obedecí. Si seguía negándome, sería peor.

*****

Hubo castigos. De toda clase. David era metódico y paciente. Sabía cuánto podía aguantar un cuerpo antes de romperse, y siempre se detenía justo antes.

Siempre.

El día que me arrancó el velo y me tiró al suelo, recordé las rosas de Evelyn. A lo mejor este era el mensaje que yo no había sabido interpretar.

Permanecí de rodillas. Duró ciento ochenta y cuatro segundos. Y cuando terminó, supe que Willa Cassidy, la que daba seminarios en Londres, la que bailaba con sus amigos en la playa, la que buscaba ser como los demás, había dejado de existir.

Ahora era otra cosa. No sabía el qué.

—¿Has aprendido la lección?

—Sí, señor.

—Largo.

Al día siguiente estaba en casa. Vik me miraba. Yo a él ya no.

…en la ceremonia

Seguía viva. Comía. Bebía. Respiraba. Miraba el mar. Mar turquesa. Mar azul. Mar profundo. Entera y, sin embargo, rota de formas que no habría sabido explicar.

—Willa.

Habían pasado tres días desde que me habían permitido volver. Era lo primero que me decía Vik. Como si fuera tan simple.

—¿Cómo te encuentras?

Mar turquesa.

Mar azul.

Mar profundo.

—Por favor, dime algo. Lo que sea.

Algo…

—Dejaste que me encerraran en un agujero bajo tierra. Que me torturaran. Que me pegaran y me humillaran.

Calló unos segundos.

—Siento haberte fallado. Hice todo lo que pude para sacarte de ahí. Te lo prometo.

Promesas.

Palabras.

Cenizas.

Mismo valor.

—Intentaste que me quedara embarazada, aun sabiendo que lo usarían para controlarme. ¿Por qué?

No contestó.

A la mierda el mar. Lo miré. Estaba demacrado. Igual que yo. Me había prometido estar siempre, pero no había estado conmigo en el abismo, ¿a que no? Ahí abajo no había nada. Ni siquiera el Dios de Eve.

—Quería una parte de nosotros —susurró.

—Jamás la tendrás. A no ser que me obligues, no volverás a ponerme un dedo encima.

—No voy a obligarte. ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

—De los que llevan corbata.

Bajó los párpados. Cuarenta segundos. Después asintió, se levantó y se marchó. Era la primera vez que se rendía. Que lo hacía de verdad. Ya no había nada que considerar.

*****

Erika se sentó en la tumbona a mi lado. Yo observaba el mar. Llevaba días haciéndolo. Había algo en aquellas aguas que me llamaba, que respiraba despacio bajo la superficie y susurraba mi nombre.

Willa. Ven.

Y yo ya no me sentía sola. Tenía las olas. Ellas me hablaban.

—¿Estás bien?

Qué pregunta tan estúpida.

—Sentí mucho todo lo que ocurrió aquella noche. No estabas lista para verlo. Te llegó toda la información de golpe y… No es tan malo, ¿sabes?

Volví el rostro hacia el suyo.

—¿Te pareció bien rajarle el cuello a Sarah?

Palideció.

—No fue… No te enteras. Es como si ocurriera a través de un sueño.

—Porque estás hasta arriba de drogas.

—Tienes que ir poco a poco. Ahora no lo comprendes, ¿cómo ibas a hacerlo? Pero cuando él te abra los ojos, cuando veas lo que nosotros vemos, entenderás que hay cosas que exigen un precio. Siempre lo han exigido.

Miré el mar.

¿Qué les hacía ese lugar a las personas? ¿En qué se convertían una vez que se ponían las cabezas de animales?

*****

—Quieren que subas escalones —me dijo Vik unos días después—. Que mejores tu posición en la hermandad.

Secta.

Estábamos en la playa, los dos solos, mirando el mar.

—Es algo bueno, Willa.

—¿Cómo va a ser bueno matar a alguien?

—Ese es el nivel más alto. Todavía no estás ahí. Cuando lo estés, te permitirán salir de la isla. Podrás hacer lo que quieras.

—Con ciertos límites.

—Con ciertos límites —admitió.

—Intento comprenderte. Tenías el mundo a tus pies. No había límites para ti. ¿Por qué te buscaste a alguien que te los impusiera?

Calló unos segundos.

—Todos los necesitamos. Los límites.

Durante un buen rato solo oímos el mar. Estaba en calma. En nuestra playa siempre parecía inofensivo.

—Todavía no has intentado lavarme el cerebro. ¿A qué estás esperando? ¿No vas a decirme lo bueno que es para mí formar parte de tu secta?

Se frotó la nuca con las dos manos. Un gesto de absoluta frustración.

—No.

—¿Por qué no?

—Después de verte en ese agujero ya no estoy seguro de que sea algo bueno.

Giré el cuello para mirarlo, aunque no aguanté más de tres segundos. Dolía demasiado.

—Entonces ¿cuál es el primer paso? ¿Qué tengo que hacer para iniciarme?

—Ya te has iniciado.

—¿Cuándo?

—Cuando me entregaste tu móvil. La entrada es voluntaria.

La esquina derecha de mi boca tembló en una especie de sonrisa.

—Ya veo. ¿Y qué se supone que debo hacer ahora?

Un pájaro pasó volando por encima de nosotros. Blanco sobre azul. Su aleteo atrajo mi atención.

—Te despojarán de la ropa y te pedirán que te mires en un espejo durante horas, para que te veas tal y como eres de verdad. Los

demás también te mirarán. Después tendrás que contarles un secreto. Algo que nadie sabe sobre ti.

*****

Había doce espejos en la sala, y nosotros éramos doce. Como los apóstoles de Jesus. Las horas del día. Los meses del año. Los invitados de nuestra boda. Debía de significar algo.

El acto en sí era solemne. Había velas encendidas, un millar. Olía a mirra. El silencio era absoluto. Ellos llevaban sus disfraces.

Me quedé ahí durante horas, desnuda, delante de mí misma y sus ojos vacíos.

—*Tempus fugit*. ¿Qué ves? —me preguntó el tigre.

Miré tan profundo que casi me fundí con el espejo. Vi a una chica desnuda con once monstruos detrás.

—Me veo a mí, pero no a vosotros.

—Dime un secreto —me pidió David entonces.

Me volví con una sonrisa.

—Os odio a todos.

—Un secreto, Willa —dijo el lobo, divertido—. Eso ya lo sabemos.

Debía de ser Bernie. O Salvatore. Confundía las voces.

—Me follé a uno de mis profesores de la facultad. Estaba casado. No me importó. Le jodí la vida y lo disfruté.

Era mentira.

—Vete —me dijo el tigre.

Me vestí y los dejé ahí para que deliberaran.

En el exterior estudié el símbolo de la secta. No me había dado cuenta de que alrededor del ojo había tres palabras. *Lux, Tempus, Veritas.*

La lengua de la serpiente se movió. Creo.

—Te han aceptado. —Me sobresalté al ver a Vik de pie delante de mí. Se había quitado la cabeza de búho—. Lo has hecho bien.

Claro que sí. Yo lo hacía todo bien.

Excepto cuando la cagaba.

*****

Volví. A las fiestas. A las cenas. A jugar al voleibol. Ahora era una de ellos. Nada había cambiado.

Todo era diferente.

John pareció aliviado al verme. Estábamos en casa de Siloé y se me acercó en cuanto pudo, cuando nadie más andaba cerca.

—¿Cómo estás realmente?

—Bien.

Siempre mintiendo.

Me agarró por el brazo y nos giró a los dos. Ahora estábamos de cara al mar. Era un soldado. Seguro que conocía los puntos muertos de las cámaras. Sabía evaluar el terreno.

—Willa. ¿Qué te hicieron?

—¿Quiénes?

Ya no había un *ellos*. Había un *nosotros*. Un círculo. Uno es todo.

Se me quedó mirando fijamente con aquellos ojos grises llenos de frustración. Le sostuve la mirada tan tranquila. Conté hasta cien.

Entonces, asintió, me soltó y abandonó la fiesta.

En ese lugar perdido los secretos eran valiosos, y yo sabía guardar uno.

*****

—Willa.

Me giré hacia David.

Estábamos en su casa, cenando a la luz de las velas. Doce velas. Doce personas. Intentaban hacer que me sintiera arropada. Aceptada por la comunidad.

—Haremos otra ceremonia para ti. Mañana a medianoche.

—¿Y cómo sabré que es medianoche?

Todos se echaron a reír.

—Cariño, lo sabrás —me tranquilizó Lía.

Lo había hecho bien en la ceremonia anterior y ahora me concedían otra oportunidad.

Mis errores me habían conducido al agujero. Se habían visto *obligados* a intervenir.

Pero, si yo no los obligaba, todo seguiría como siempre. *Perfecto.*

Grietas, grietas, grietas.

—Por fin vas a poder escoger un animal —me dijo Salvatore mientras devoraba un cacho de carne.

Un hilo de grasa se le escurría por la barbilla. Masticaba muy deprisa. Con la boca abierta. ¿Tenía dientes o colmillos? No estaba segura.

—¿Cuál va a ser? —Lía estaba sonriendo irónica cuando giré la cabeza para mirarla—. ¿El ratón?

Se rieron todos menos Vik.

—Había pensado más bien en la zorra.

Cesaron las risas.

David afiló la mirada.

—¿La zorra? —repitió Erika, confundida.

Asentí.

—En un mundo de cazadores y presas, prefiero cazar. ¿Qué escogiste tú, Lía?

Se produjo una pausa, en la que sus ojos de hielo no dejaron de despedazar los míos.

—El burro.

—Mmmm. Te pega.

Cogí una fresa, la más grande y roja, la bañé en nata y me la comí sin prisa.

Vik ocultó la sonrisa tras su copa de vino.

—Creo que Willa será una gran incorporación al grupo —dijo Larry para calmar un poco los ánimos—. Por fin hemos completado el círculo. Ya somos doce.

¿Qué coño significaba?

—Cierto. Mañana será una gran noche. —David levantó su copa —. Brindo por nuestra querida Willa.

Lo miré a los ojos. Vi las grietas en su sonrisa.

Y levanté mi copa.

*****

—Habrá dos pistolas —me explicó Vik aquella noche—. Una está cargada. La otra, no. Tendrás que escoger una, ponértela en la sien

y disparar.

Me quedé helada. Según subías el escalón, las pruebas se volvían cada vez más crueles.

—¿Y cómo sabré cuál escoger?

—Ninguna está cargada. Quieren ver que les confías tu vida. Finge que no lo sabes.

Fingir.

—Asegúrate de que te tiembla la mano —añadió Vik.

Pensé en la primera vez que mi madre me dejó sostener un bisturí.

Bien, Willa. Así me gusta, que no te tiemble la mano. Serás una gran cirujana.

Pero no era cirujana. Estaba en una secta. Ahora debía temblarme la mano.

*****

Las velas otra vez. Los ojos vacíos observándote. La mirra. Menuda parafernalia.

Las pistolas estaban sobre la mesa. Lo hice bien. Cogí una. La solté, horrorizada. Se me escapó un jadeo. Me pregunté si Vik sabía que las pistolas no estaban cargadas cuando se disparó en la sien. ¿O confió en David? Yo no confiaba en nadie. Nunca más volvería a confiar en alguien.

Escogí por fin un arma. El silencio era absoluto.

Me la llevé a la sien. Jamás me había temblado tanto la mano.

Todo el mundo contuvo el aliento. O casi todos. ¿Cuántos de ellos sabían que era una cuestión de confianza y cuántos se sentían especiales por haber sobrevivido a la selección natural?

Vik lo había averiguado, pero él siempre iba un paso por delante. Sarah estaba equivocada. No debía ser como Lía. Debía ser como Vik.

Para sobrevivir, no había que ser obediente. Había que ser lista.

Una fracción de segundo. Un suave rugir de telas. Y entonces disparé.

A David.

Le di en el hombro.

Y no me tembló la puñetera mano.

Alguien soltó un grito. Luego se desató el pánico.

—¡¿Cómo es posible?!

El tigre estaba en el suelo. El lobo intentaba frenarle la hemorragia. El ciervo tenía preguntas que los demás no parecían capaces de responder.

—¡Es un error! —clamaba el oso—. ¡No debería estar cargada!

Así que los hombres lo sabían. Sabían que las pistolas *no deberían* estar cargadas.

—Willa. —Vik estaba horrorizado. Se acababa de dar cuenta de que yo podría haber estado muerta de haber hecho lo que me pedían.

Y cuando todos se giraron para mirarme, vieron que yo tenía la otra pistola. Y al burro sujeto por el cuello con un brazo. Mi rehén.

—Un paso más y le vuelo la puta cabeza.

Hablé despacio, para que lo asimilaran.

—Willa. ¿Qué haces? Esa pistola no está cargada. Ha sido un error. Uno que sin duda investigaremos. Averiguaré quién es el responsable de esto y pagará por ello. Ahora suelta a Lía.

Intentaba racionalizar conmigo. El búho, que siempre iba un paso por delante, no lo estaba viendo ahora. Solo yo me había fijado en las grietas.

—Eso no va a ocurrir. Os diré lo que va a pasar a continuación. Me la llevaré y vosotros os quedaréis aquí. Y como a alguno se le ocurra seguirme, os prometo que me cargaré a esta puta zorra sin que me tiemble el pulso. ¿Os ha quedado claro, cabrones?

—Willa. Suelta el arma. ¿Qué coño haces?

¿Estaba furioso? Bien. Todos lo estábamos.

—Viktor. Cariño. ¿Aún no lo comprendes? *Las dos* están cargadas. ¿A que sí, David?

El grupo se apartó y el líder y yo quedamos cara a cara. Ahí estaba, sangrando sobre los tablones. El lobo aún intentaba detener la hemorragia.

—¿A que sí, David? —insistí a través de los dientes apretados.

Él lo sabía. Lo supo en el agujero. Lo supo cuando me tuvo de rodillas delante de él. *Sí, señor.* Lo supo cuando me volví hacia ellos, desnuda, delante de los doce espejos y convertí la mentira en mi única verdad.

Me rompieron para volver a construirme. Pero ¿me rendí? Ni por asomo.

Yo era la que había apuntado *dale lo que te pide* en una Biblia.

—Dejad que se marche —gruñó David.

Los demás se giraron hacia él, incrédulos. El Paraíso se estaba haciendo añicos. Estaba destrozando lo único que los mantenía unidos: la confianza.

Por eso David me quería muerta.

Yo era la puta resistencia. La que había llegado para romper el círculo.

*****

Ahora el juego era mío. Decidía yo.

Y decidí correr.

En cuanto me dejaron salir, obligué a Lía a cerrar la puerta con llave y me la llevé a punta de pistola.

Me arrepentí de inmediato.

Era un lastre y un grano en el culo. Me estaba ralentizando.

—Corre más deprisa o te juro por Dios que te disparo.

—Estoy deseando ver cómo te despedazan —siseó entre dientes.

—Apuesto a que sí. ¡Muévete!

—Te encontrarán. No hay ningún sitio en el que puedas ocultarte. Ellos lo ven todo, y tu castigo será ejemplar.

—¿Sabes qué? —Me detuve a sus espaldas—. Me tienes hasta las narices con tus gilipolleces. Quédate en tu puto Paraíso. Incluso puedes tener a Vik. Yo me largo.

—No puedes.

—Sí, puedo.

Levanté el brazo y la encañoné. Abrió los ojos de par en par.

—Willa —gruñó en tono de advertencia. Pero debajo de su fachada amenazadora, había miedo. Bien—. No te atrevas.

El disparo levantó eco en el bosque. Algo salió volando en los árboles cercanos. Miré al cielo. ¿Era el ojo de Dios? No. Solo era un pájaro.

Lía gritó, se dobló sobre sí misma y cayó al suelo.

—¡Hija de puta! —rugió con todas sus fuerzas mientras se presionaba la herida—. ¡Joder! ¡Me has disparado! ¿Pero a ti qué coño te pasa?

—Da las gracias de que haya escogido una de tus bonitas piernas. Sobrevivirás. Por desgracia.

—¡David! ¡Estoy aquí! ¡No dejéis que se os escape!

Puta pirada.

La dejé ahí gritando histérica y eché a correr de nuevo.

Si llegaba a desangrarse, no me importaba. Tenía que encontrar la forma de salir del laberinto en el que me había atrapado mi marido.

Solo me quedaba el bosque. ¿Era mi salvación o mi condena?

…después

Corro. Piedras, ramas secas, hojas de palmera que desgarran mi piel como cuchillas.

Nada consigue detenerme. No tengo elección. Me están dando caza como a un animal.

Sé que están ahí, ocultos en la noche. Siempre lo están. Tienen drones, cámaras, cada piedra en mi camino esconde un micrófono. El control es absoluto. El aislamiento, total.

Nadie escapa. No hay lugar seguro. Aire, tierra y mar. Todo les pertenece.

Tengo un uno por ciento de probabilidades de salir —viva o muerta— de esta isla.

Uno es mejor que cero. Pienso aferrarme a ello.

Desgarro con los brazos la vegetación salvaje que rodea el complejo y sigo corriendo. El aire me abrasa los pulmones. El tobillo me está enviando una última advertencia. No estoy segura de cuánto tiempo más voy a resistir. Los músculos se me resienten. Me duele el pecho. Estoy jadeando. Algo terroso me inunda la boca. Barro, sangre, ambas…

El bosque se cierra a mi alrededor, cada vez más denso. No sé qué hay al otro lado.

Me adentro en un territorio inexplorado, aunque dudo de que lo que haya aquí pueda ser peor que las bestias de las que huyo.

Huyo.

Es lo que estoy haciendo en realidad.

Huir. Fugarse. Desertar.

He mentido. Correr suena a elección, a alguien que sabe adónde se dirige. Huir es otra cosa. Implica miedo, y que algo te persigue.

Un dron pasa justo por encima de mí, iluminando el perímetro. Me tiro al suelo y contengo la respiración.

No existo. Soy oscuridad. Hojas muertas. Tierra.

Y durante unos minutos, mi vida entera se concentra en un zumbido.

Cuando lo oigo alejarse, el alivio es tan brutal que no consigo levantarme. Las piernas han dejado de responder. El pánico y los jadeos me vencen.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Los monstruos más crueles son los que llevan corbata.

Debo.Seguir.Moviéndome.

YA.

Me pongo en pie y vuelvo a la carrera. Resistiendo. Respirando. Jadeando. Viva, joder.

El bosque desemboca en un precipicio.

Freno en seco en el último momento y contemplo desde arriba el final de esta historia.

El que no he querido admitir.

Unas cuantas piedras se desprenden bajo mis pies. El estrépito con el que caen al vacío deja muy claro que he agotado mis opciones.

Aquí termina el mundo.

Al menos, el mío. Puedo rendirme y dejar que todo lo que me define muera en este lugar que ni siquiera sabría situar en un mapa, o puedo escoger la nada.

Me aterra incluso pensar que *esa* podría ser una opción.

¿Lo es?

Abajo todo es negro. El mar embiste las rocas en su eterno vaivén. Lo sé porque lo oigo. No veo nada. El abismo parece no tener fondo. ¿Será clemente conmigo? ¿Más que ellos?

El viento es brutal. Me corta la piel, me obliga a entrecerrar los párpados, intenta alejarme del precipicio a empujones. Está furioso. Todos lo estamos esta noche.

Ojalá hubiera alguien dispuesto a ayudarme. Pero incluso Dios me ha abandonado a mi suerte. Supongo que nunca fui su enviada. Solo tengo la naturaleza, y no se me ocurre un entorno más cruel. Obliga a los cazadores a perseguir y a las presas a luchar por su vida. Para que el ecosistema perdure, algo ha de morir.

Ese algo no voy a ser yo. Aún tengo opciones. Puedo saltar.

Ignoro qué me espera abajo. ¿Un mar suave que amortigüe mi caída o unas rocas afiladas que me hagan pedazos como a una

muñeca de porcelana?

Solo hay una forma de averiguarlo.

¿Lo haría? ¿Tan desesperada estoy?

O puedo volver.

La tentación de rendirse es grande. ¿Por qué no dejar que me convenzan? Él cuidaría de mí. Podría quedarme en el Paraíso para siempre. Aún siento algo por él. No creo que sea amor. O puede que sí. El amor es un sentimiento repulsivo. Puedes controlarlo tanto como controlas el viento o las mareas.

Tendría que darle lo que me pide. Acatar sus normas. Dejar de resistirme.

Cuando pisé la isla por primera vez, creí que era el lugar más hermoso que había visto jamás. Luz, vegetación, paz... El mar no se decidía entre el turquesa y el esmeralda. La arena blanca y fina calentaba las plantas de mis pies. Olía a salitre. El tiempo no significaba nada. Tenía lo que quería: a él.

Debería haber sabido que algo tan perfecto no me saldría gratis.

La muerte es el precio que hay que pagar para entrar en el Paraíso. Se exige un sacrificio. Otras lo hicieron.

Él dice que yo no soy como las demás.

Tiene razón. Me niego a aceptar ese final. Supongo que soy una rebelde, después de todo.

O una puta mártir. Está por ver.

Retrocedo sin perder de vista el precipicio. Aguardo unos segundos, con el pulso en los oídos y la adrenalina disparada.

Saltar. Morir. Vivir. Rendirse. Obedecer. Luchar.

Cuesta decidirse. Te lo juegas todo a una sola carta.

Y el tiempo vuela.

—*Tempus semper fugit* —le susurro al viento.

Estallo en carcajadas. Estridentes. Desesperadas...

Porque me ha encontrado.

Por supuesto que sí.

Soy la presa que trazó su propio cerco. Correr siempre me devolverá al punto de partida. Esto es un círculo. Un reloj. Doce agujas en constante movimiento. Tic tac, tic tac, tic tac.

Basta de mentiras. No tengo dos opciones.

No tengo ninguna.

—Willa. ¿Qué haces? Apártate del precipicio.

Hay rabia en su voz, pero yo me deleito en lo que esconde debajo, en su pánico.

Me quiere viva. Suya por toda la eternidad.

Y una mierda, cabrón.

Le saco el dedo, echo a correr por última vez y salto. Decido yo.

Por fin.

—¡WILLA!

No llega a atraparme.

Me fundo con la oscuridad y con el viento inmisericorde.

Soy Alicia cayendo por la madriguera del conejo. Soy tú. Soy todas ellas.

Esto acaba aquí. Con él y conmigo.

*****

Si caes dentro de un sueño, te despiertas o mueres.

Yo desperté.

En el agua. Mar turquesa. Mar azul. Mar profundo.

No había nada más en el mundo entero. Solo las olas del océano sosteniéndome.

Y ahora estoy aquí, en casa de mi madre.

Fin del juego.

—Nadé hasta unas rocas y me quedé ahí. El resto ya lo sabe.

La inspectora Vaughan parece una mujer dura. Me ha escuchado sin parpadear. Le he contado todo lo que ocurrió desde que puse un pie en la isla y no se ha estremecido en ningún momento. Me cuesta saber lo que piensa. ¿Cree que soy estúpida? ¿Qué tendría que haberlo visto venir?

Me trata con consideración.

Me ha hablado de apoyo para las víctimas.

No me siento una víctima. Todavía no sé cómo debería sentirme.

—Señora Baumann. Willa. Gracias por contarnos la historia. Sabemos que no ha sido fácil para usted rememorarlo todo. Me gustaría repasar unos cuantos detalles, si se ve con fuerzas.

—Lo intentaré.

Su compañero, el agente Spencer, me anima con una pequeña sonrisa. La inspectora comprueba sus notas.

—Cuando dice que cayó por la madriguera del conejo. Dígame, ¿su intención era el suicidio?

Mi madre me observa. Está sentada justo en frente, inexpresiva. Tampoco se ha estremecido en ningún momento.

—Sí.

—¿Algún miembro de la secta la instó a que lo hiciera?

—No. Lo decidí yo. Quería salir de la isla de una forma u otra.

—Señora Baumann. Nos ha retratado toda una serie de abusos.

—Hmm.

—¿Le importa que se los repita?

—No.

—La obligaron a tomar drogas varias veces.

—Sí.

—¿Sabe qué clase de drogas eran?

—No. Solo sé que me sentía muy feliz y que dormía mucho, de forma muy profunda. A veces me sentía muy excitada. Físicamente.

Spencer traga saliva antes de apartar la mirada.

—La pegaron.

—Sí.

—¿Quién lo hizo?

—Tom. Lo siento, no me sé su apellido. Estampó mi cabeza contra una pared.

—No se preocupe. ¿Alguien más?

—David. Varias veces. Él era más creativo.

—¿Quién la disparó con la pistola táser? ¿Siempre era el mismo hombre, Tom?

—No. También lo hizo Salvatore. Y un día Bernie.

—¿Alguien más?

—No.

—Sufrió abusos sexuales en la isla.

—David me obligó a practicarle sexo oral.

—¿Alguien más?

—No.

—Vio a la que creía su amiga, Erika, degollar a Sarah Mirren en una ceremonia. ¿Es correcto?

—Sí.

—Después, la mantuvieron aislada durante semanas en un agujero bajo tierra.

—Sí.

—Hasta que se negó a alimentarse.

—Sí.

—Cuando se recuperó, la obligaron a hacer trabajos forzosos.

—Sí.

—Willa. Háblenos del hombre que la llevó a la isla. Su marido, Viktor Baumann.

¿Qué puedo decirles sobre Vik que le haga justicia?

Fue la única persona que se molestó en conocerme de verdad.

Me cantaba *Nothing's Gonna Hurt You Baby* al oído mientras bailábamos en la oscuridad.

Prometió arreglarme.

También construyó una jaula y me encerró en ella.

Me puso una pulsera para que los demás pudieran identificarme como suya.

Me amaba. A su manera.

—Lo conocí en Instagram.

*****

—La prensa ha acampado en la calle. No vamos a librarnos de ellos en una buena temporada. Te acribillarán a preguntas en cuanto pongas un pie ahí fuera. No es de extrañar. Un grupo de multimillonarios, una secta que practicaba sacrificios humanos en tierra de nadie y mi hija, justo en medio, siempre muy creativa a la hora de decepcionarme.

Anne suelta la cortina —y un suspiro— y se gira para encararme.

Yo también le aguanto la mirada a ella.

—Lo has hecho bien con la policía.

No digo nada.

—Ha debido de ser un calvario para ti estar tanto tiempo encerrada bajo tierra. Aislada. Tu mente quebrándose día a día.

Mis ojos no se despegan de los suyos.

—Intentaste suicidarte —prosigue tras un largo silencio—. Pero de alguna forma sobreviviste. Y luego nadaste hasta unas rocas y esperaste a que un hombre te rescatara.

—Mmmm. Sí.

—Una actuación magnífica. Ahora dime la verdad.

Aparece una especie de sonrisa en mis comisuras. Una sombra. Como todo.

—¿Por qué crees que miento?

—Porque te conozco.

Mi querida madre.

Heredé sus ojos.

Su pulso firme.

Incluso su jodida sonrisa.

—Tienes razón. Les colé una mentirijilla sin importancia.

—¿Cuál?

—En la sala de los espejos no había once monstruos. Éramos doce.

…cuando el sol se ponga a mediodía

La naturaleza es equitativa. Nada consume sin ser consumido. Todo ser vivo tiene un depredador, algo que llega después y observa paciente sus movimientos.

La pregunta no es si va a atacar.

La pregunta que debemos hacernos todos es *cuándo*.

Aprendí lo que es la paciencia en un agujero bajo tierra.

Me enseñaron el dolor en una mansión.

Me dijeron que Dios es vengativo en una cena a la luz de las velas.

Yo aprendí algo de todo el mundo.

Ahora les tocaba a ellos aprender algo muy sencillo sobre mí. Era despiadada como mi madre. Una puta psicópata. Y no iba a rendirme. No iba a quedarme ahí tumbada mirando Orión, escuchando el mar yendo y viniendo, hasta que me pudriera.

De eso nada.

Iba.a.volver.

No solo por mí. Por todas ellas. Por la siguiente que acabara dejando recados en una Biblia, consciente de que jamás saldría de ahí para contárselo a otra persona con su propia voz.

Yo no era una mártir. Era una rebelde, y tenía una misión: acabar con ellos. Con sus ceremonias. Con sus sacrificios. Con los correctivos. Con la obediencia.

Sí, señor. A la mierda.

Iba a acabar con los privilegios. Y con los campamentos. Con toda esa red que habían creado sintiéndose intocables.

Una isla sin leyes. Sin pecado. Sin crimen que castigar.

Tal aberración no debería existir.

Aeternum.

No eran eternos. Eran una plaga. Y toda plaga necesita un depredador. Es cuestión de equilibrio natural.

Morir me daba una ventaja estratégica tremenda.

Es fácil mirar cuando nadie sabe que miras.

—¿Todo bien ahí, tío?

—Dame un segundo, coño. Tengo que mear.

El soldado vació la vejiga a unos dos metros de mí. No me vio porque estaba oculta entre la maleza.

Observé con asco cómo se la sacudía tres veces antes de guardársela sin más.

—¿Estás meando o haciéndote una paja? —le dijo el otro desde el carrito.

—Hay que joderse. ¡Que ya voy, capullo!

Las botas se alejaron.

Esperé cinco minutos por precaución y luego me arrastré fuera de mi escondite y recogí lo que se le había caído al suelo mientras orinaba: un paquete de cigarrillos.

Mira por dónde. Mi humilde deseo antes de morir se estaba cumpliendo.

Había un mechero dentro.

*****

Ese era el día. Lo supe desde primera hora de la mañana, por la forma en la que brillaba el sol, por cómo olía el mar y las flores de la isla.

Había llegado la hora de acabar con mi plaga.

Solo tenía que esperar hasta mediodía.

Buena chica.

Oculta entre la maleza, crucé los brazos sobre el pecho, cerré los ojos y aguardé a que el círculo se terminara de completar.

Pensé en el último ritual. La ceremonia más importante de todas, la que te blindaba, te daba auténtico poder dentro de la secta al mismo tiempo que te lo arrebataba fuera de ella.

La muerte es el precio que hay que pagar para entrar en el Paraíso.

Ellos lo veían así.

Eve, en cambio, me proporcionó un enfoque distinto. En su Paraíso tenías que estar muerto para entrar.

Sí, definitivamente me gustaba más esa versión.

Si había que escoger bando, escogía al Dios de Eve, el de Israel, el que lo veía todo y castigaba a los pecadores.

Iba a actuar en su nombre. Ya había descubierto cómo.

Eran unos pirados, sí. Pero tenían un lado bueno. Intentaban dejar huella. Una limpia.

La isla se abastecía con renovables, placas solares, molinos. Sin embargo, en temporada de lluvias, el sol no era suficiente para sostener la infraestructura.

El agua que salía caliente en cuanto abrías el grifo.

El centro comercial.

El rizador de pelo de Lía…

Necesitaban generadores, lo cual resultó ser de gran ayuda para mi misión divina. Los generadores tenían combustible y, a diferencia de las casas, estaban sin vigilar.

¿A qué mente enferma se le ocurriría robar la gasolina de los depósitos?

Solo a alguien con un fuego bíblico que alimentar.

Descubrí dónde guardaban los bidones llenos y me los llevé. Eran de cinco litros. Fáciles de transportar.

Los escondí en mi guarida del bosque hasta que pude vaciarlos uno a uno en todos los puntos muertos de las cámaras.

Luego…

Eso fue lo mejor. Lo retuve para recrearlo más adelante. El raspado áspero del mechero. La punta del cigarrillo reventando en un fulgor anaranjado. El humo en mis fosas nasales y después en los pulmones.

Di una calada muy profunda. Me la había ganado. El resto lo reservé para ellos.

La gasolina prendió enseguida.

El viento y la vegetación fueron grandes aliados. El fuego se descontroló. Cuanto más se alimentaba, más hambriento se volvía.

La isla rugía, furiosa.

Ignis.

Flamma.

Incendium.

¿De qué les había servido su vigilancia y las armas? Tendrían que haberse leído la Biblia. En el primer capítulo quedaba muy claro que la serpiente se colaba en el jardín.

Y que Eva no era trigo limpio.

Las palmeras empezaron a lanzar chasquidos.

El incendio cubrió los arbustos.

Las villas de madera con sus tejados de paja...

Las hermosas flores moradas...

Observé cómo se marchitaban.

Era triste, y muy satisfactorio.

El humo lo envolvió todo. El cielo se tornó gris.

Y dijo el Señor: Yo soy el Dios de Israel; convertiré vuestras fiestas en llanto, haré que el sol se ponga a mediodía y toda la tierra quedará a oscuras.

Cabrones.

Permanecí inmóvil, absorbiendo el apocalipsis que había desatado. Sabía que moriría ahí. Lo había asumido. No tenía forma de salir.

Pero haría que mi muerte valiera la pena. Armaría mucho jaleo antes de irme. Fuegos artificiales como en nuestra puta boda. Era el único placer que me quedaba.

De pronto, noté unos brazos a mi alrededor. Alguien tiraba de mí, me gritaba algo que me negué a escuchar.

No me moví, no lo seguí, y él me levantó del suelo sin ningún esfuerzo, me cargó al hombro y me sacó de ahí.

Seguí mirando hacia atrás. Deleitándome.

Sodoma caía baja el fuego de mi ira.

*****

—Y ¿sabes qué, madre? Nadie me convirtió en estatua de sal. Porque a Dios le parecía jodidamente bien. Ahora quiero saber tu verdad.

No me pregunta a qué me refiero. Ella nunca pregunta lo que ya sabe.

—Has tardado.

—No estaba lista para recibir una respuesta.

Acaba sonriendo.

Pero su sonrisa es una sombra, como la mía.

—Murió en el acto. ¿Crees que iba a *deleitarme* con eso?

Puta psicópata.

La creo. No se lo cargó. No hubiese sido suficiente.

Por fin comprendo algo que mi viejo yo no comprendía: morir no es un castigo apropiado.

Lo cruel es dejar que sigan con vida.

—¿Y ahora qué, Willa? Has dejado el listón muy alto. Te será difícil superar lo de la secta. ¿Qué vas a hacer a continuación para disgustarme?

Le sonrío.

—Volveré a la facultad de Medicina. Me convertiré en una neurocirujana reputada como tú. Ya no quiero ser cardióloga como papá. Los corazones son simples.

No se lo esperaba. Bien. Me gustan los golpes de efecto.

—¿Crees que puedes retomarlo sin más?, ¿que es como un videojuego que pones en pausa y vuelves a arrancar cuando a ti te parece bien?

—Sí. Lo creo.

—¿Por qué?

—Porque soy hija tuya, joder.

…en la traición

Me despierto de golpe en mi cama. La isla otra vez.

Nunca es un sueño amable. Hay bestias. Monstruos que llevan corbata. El burro se ríe de mí. El conejo es dulce y adorable. Quiere ayudarme, aunque yo sé que no debo confiar en su sonrisa. No puedo pensar en el búho. No quiero hacerlo.

Tengo que recordar que he salido. Puedo ver la luz del sol —siempre que los nubarrones me lo permitan—. Puedo sentarme en un banco del parque. Puedo colgar gilipolleces en Instagram. Y en TikTok.

Puedo hacer lo que quiera. He roto el reloj. El tiempo corre de nuevo. Tic tac. Tic tac. Tic tac. Invariable. No sé adónde me lleva, o me arrastra, pero no importa.

Estoy aquí.

He despertado.

*****

Salí de la isla igual que entré: siguiendo a un hombre. Qué puta ironía.

—¿Crees que podrás trepar?

Miré la imponente pared de piedra que teníamos delante, y luego a John, que parecía muy resolutivo a mi lado.

—¿Qué hay ahí arriba?

—La única forma de salir de aquí.

—Pues hagamos añicos el puto espejo, *doc*.

Sonrió para sí.

Después, me siguió. Yo ya estaba trepando.

Desde arriba se veía cómo el fuego devoraba la isla. Había un grupo de personas en la playa. No distinguí quiénes eran.

—Como decimos en Inglaterra, están atrapados entre el Diablo y el profundo mar azul.

John contuvo una sonrisa. Él sí lo entendía. Era inglés. De los míos.

—Estarán a salvo siempre y cuando permanezcan en el agua. Ya los rescatarán.

—¿Y nosotros cómo vamos a salir? ¿Quién va a rescatarnos?

—¿Ves esa isla en la lejanía?

Desde lo alto de la roca teníamos vistas panorámicas, como en casa de David.

—Sí.

—Está llena de agentes de la Interpol. Solo tengo que dar la señal. Llevamos dos años intentando infiltrarnos en la secta. No hemos conseguido nada hasta ahora. En apariencia, la gente estaba aquí porque quería.

Uno. Dos. Tres segundos.

Y mi cerebro por fin lo procesó.

—¿Eres de la Interpol?

—Sí.

Joder.

—Cuándo me preguntaste si estaba retenida, no era para poner a prueba mi lealtad. Querías sacarme, que hablara contigo, que los delatara.

—Sí.

Me cubrí la cara con las manos.

Joder. Me cago en la puta.

—¡Jo-der! —grité a los cuatro vientos.

—Tranquila. Te sacaré ahora. Ya verás qué fácil. —Izó la *Union Jack* y se volvió hacia mí con una sonrisa triunfante—. ¿Qué te parece?

Me reí como una demente.

—¿Estás de coña? ¿*Esa* es la señal? ¿La bandera de Reino Unido?

—Pues sí. Dios salve a la reina.

—La reina está muerta, soldado.

—En esta isla nada muere. A no ser que alguien le prenda fuego.

Me lo quedé mirando, y él a mí.

El mundo a nuestro alrededor era de color gris como sus ojos.

—¿Vas a delatarme, John?

—¿Cuándo te he delatado yo a ti, Willa?

A tomar por culo.

Lo besé.

Y seguí besándolo cuando descendió el helicóptero.

Y cuando alguien gritó Interpol.

Besé a John el británico y lo disfruté, joder. Me aseguré de ello.

*****

Me llevaron en helicóptero hasta el aeropuerto más cercano. Ahí cogería un vuelo comercial para volver a casa. John me escoltó. Él se quedaría. Tenía que ocuparse de todo el desastre.

—¿Sabéis algo de Vik? —le pregunté al final.

No esbozó ningún gesto. Solo me pareció captar una leve contracción en su rostro de acero, en la mandíbula apretada.

—Nadie ha vuelto a verlo después de aquella noche. ¿Crees que se tiró al mar para seguirte?

Mi marido estaba convencido de que no podíamos existir el uno sin el otro. *Amor Vincit Omnia.* Por toda la eternidad.

—Quién sabe. Hazme un favor, John.

—Dime.

—Cuando vuelvas a la isla, tira este puto anillo por el primer precipicio que encuentres. Si Vik está en el mar criando peces, querrá tenerlo. Es un sentimental.

Dejé caer mi anillo en su palma y él se lo guardó en el bolsillo.

Por la megafonía llegó el último aviso. Había que dirigirse lo antes posible a la puerta de embarque.

—Te veré en Londres —me dijo él.

Volví a besarlo.

Me gustaba besar a John. Su mejilla raspaba. Era como… muy real. Lo demás parecía un sueño. Uno del que había escogido despertar.

—Adiós.

Me fui.

Él se quedó en tierra de nadie, alto, firme, un soldado con una misión.

Me giré justo antes de cruzar la puerta. Seguía ahí, impertérrito, siguiéndome con la mirada. Le guiñé el ojo.

Sonrió, y yo asentí y volví a casa.

*****

Maya estaba en el aeropuerto cuando llegué. No me lo esperaba. Tampoco me lo merecía.

Pero ahí estaba, ojerosa y despeinada, recién salida de las trincheras. Mi Maya.

No tenía ni puñetera idea de qué decirle.

—¿No vas a besar el suelo? —me propuso cuando me detuve delante de ella. Sin maleta. Me había marchado con lo puesto. Como siempre.

Fingí sopesarlo.

—¿Sabes qué es lo que realmente me apetece hacer?

—No. ¿El qué?

—Comerme un Big Mac.

Asintió, divertida.

—Vuelves a ser tú, entonces.

—*See.* Eso parece.

—Venga, te llevo al McDonald´s. Me he traído a *Leo*.

—¿Sigue arrancando tu coche?

—Pues claro.

—¿Cómo es posible?

—Es como Mick Jagger. Resiste el paso del tiempo.

Me reí mientras la seguía hacia el aparcamiento.

En el McDonald´s, me comí una doble hamburguesa con dos raciones de patatas fritas. Maya solo pidió un café.

Yo comía deprisa. Ella bebía despacio. De vez en cuanto nos mirábamos. Sobre todo, ella a mí.

Bañé la última patata en kétchup, me limpié los dedos con la servilleta y empujé la bandeja hacia el centro de la mesa.

—Vale. Estoy lista.

Me aguantó la mirada.

Conté hasta quince, y entonces ella le dio un golpe a la mesa con los nudillos y me señaló.

—Te lo dije, joder.

No pude rebatirlo.

Deja de seguirme, puto cabrón

Nunca salí de la isla.

John me sacó en helicóptero, pero una parte de mí no consiguió escapar. Varias, en realidad. Hay versiones mías por ahí, fragmentadas, atrapadas en un mundo que ya no existe. Uno que reduje a cenizas.

Estoy bajo el mar, buceando con Vik.

En el agujero, en completa oscuridad.

En la biblioteca, apuntando cosas en una Biblia.

Entre la maleza, observando, quieta. *Buena chica.*

Hay cosas que no puedo borrar. Otras que no quiero.

A veces entro en su Instagram. Es el momento más cruel del día.

Diez días después de volver a la realidad, me instalo en el piso de Maya. Temporalmente. No aguanto más a mi madre. Una de las dos acabará muerta como sigamos bajo el mismo techo.

—Gracias por dejar que me quede aquí. Y también por la comida china. Estaba deliciosa.

—De nada. ¿Quieres que pongamos una serie, ahora que vuelves a estar conectada?

—Claro. Por cierto, mañana vendrá a verme el tío que me sacó de la isla.

Maya deja de trastear con el mando a distancia y vuelve el rostro hacia el mío.

—¿El soldado?

—Mm-hm.

—¿Está muy zumbado?

—No tengo ni idea. Apenas lo conozco.

—Intenta no casarte con él en los próximos seis meses.

—Muy buena. No, en serio. Muy buena.

Maya se me queda mirando.

—¿Eres consciente de que ahora eres asquerosamente rica?

—Más o menos.

—¿Es raro?

—¿El qué?

—Tenerlo todo. ¿Qué se siente?

—Es lo mismo que no tener nada.

Lo sopesa unos segundos. Al final asiente para sí.

—¿Qué tal una comedia?, ¿eh? Algo que nos impida pensar.

Me froto el dedo anular, pero ahí no hay nada. Solo una marca blanca. Vik se equivocaba. El amor no lo vence todo.

—Pon algo tonto.

*****

John está sentado en la butaca amarilla. Lleva una camisa caqui arremangada y vaqueros gastados.

Yo llevo ropa de Maya y tengo un aspecto de mierda. Estoy fatal hoy.

—El té de jengibre va bien —comenta. Llevamos unos dos minutos observándonos sin saber qué decirnos—. Para las náuseas.

—Ah.

—El primer trimestre es duro.

Chasqueo la lengua.

—Ya me imagino.

—¿Qué fue del DIU?

—Falló. Se debió de mover.

Asiente.

—¿Estás bien?

—No.

A él se lo puedo decir. Con los demás finjo. Lo haré hasta que se convierta en verdad. A veces hay que mentir.

—Willa, me temo que no traigo buenas noticias.

—¿Han encontrado el cuerpo de Vik? —susurro, aunque no sé si estoy lista para recibir una respuesta.

—No. Es otra cosa. David se ha suicidado en la cárcel. Se ha ahorcado.

No era un tigre, después de todo.

—Ya veo.

—Pero a los demás los juzgaremos. Las pruebas son muy sólidas. Han declarado doscientas personas. Y gracias a ti hemos liberado a seis menores. No sabíamos que los retenían.

—¿Solo a seis? Creí que el campamento sería más grande.

—No. A la élite se le consentía tener hijos, pero al resto de mujeres se les obligaba a abortar. Solo se permitían los embarazos que él autorizaba.

Me pregunto si habrá autorizado el mío.

—Entiendo.

John no sabe qué decirme. Lo veo en sus ojos.

—Willa. Pagarán por ello. Te lo prometo.

—¿Cómo van a pagar si están muertos?

No me responde. No puede.

*****

El padre de Vik ha escogido el rincón más oscuro del bar. Se pone en pie al verme llegar. Tiene el mismo aspecto imponente de siempre. Hay cosas que no cambian.

—Willa.

—Señor.

Me hace un gesto con la mano para que me siente al otro lado de la mesa.

—¿Qué desea tomar? —me atiende la camarera enseguida.

—Agua, por favor. Gracias. ¿Por qué quería verme? —voy al grano en cuanto nos quedamos solos.

Elias toma un trago de whisky antes de responderme.

—Tenemos que hablar de cifras.

No me pregunta si veo posible que su hijo saliera con vida de la isla.

—Le escucho.

Se saca una estilográfica de oro del bolsillo, coge una servilleta con el logo del hotel y apunta en ella una cifra con demasiados ceros.

—Si Vik aparece y os divorciáis, y asumo que deseas el divorcio, esto es lo que te llevas. La mitad de todos sus bienes, propios y

heredados. Y si no aparece y lo declaran muerto…

No termina la frase. No hace falta.

Me lo llevo todo.

—Ya veo.

—Te llamarán los abogados.

Asiento.

Elias se levanta y se dispone a irse. Así es como termina lo mío con Vik, de la forma más impersonal posible.

—Señor —lo llamo en un impulso.

Se detiene y se gira para mirarme.

—¿Cómo está Eve? —digo al final.

Esboza una especie de sonrisa que me recuerda a la de su hijo.

—Encuentra consuelo en sus grupos de oración.

—Dígale que fue la voluntad de Dios.

—¿Lo fue?

—¿Qué más da?

*****

Han pasado ciento ochenta y dos días desde que volví a casa. Valoro el tiempo de otra forma, ahora que tengo reloj en el móvil.

—Mira, John, tú no sabes lo que es tener de profesor a ese capullo narcisista. Me trata fatal, y creo que es porque estoy embarazada.

—O porque es el mejor en su campo y quiere que tú también lo seas.

—O porque sabe que he estado en una secta.

John intenta no reírse. Aprecio el esfuerzo.

—¿Quieres que tenga una pequeña charla con él?

—No. Solo quería desahogarme.

—¿Qué tal si te compro un helado?

Acabo sonriendo.

—Bien. Pero te espero aquí. No me veo con fuerzas para subir esos tres escalones.

Asiente, risueño, y se va. Se vuelve desde el último escalón.

—Chocolate, ¿verdad?

—Siempre.

En la heladería hay cola. Estará ahí un buen rato.

Me acerco al escaparate de al lado. Es una inmobiliaria, y me gusta mirar las casas y los pisos, controlar el mercado. Fantaseo con volver a tener lo que tenía antes de Vik: independencia, un espacio propio.

Hay un piso en Sutton que podría interesarme. Es lo único que puedo permitirme. No pienso tocar el dinero de la cuenta con demasiados ceros. Lo heredará nuestra hija cuando cumpla la mayoría de edad.

Busco el teléfono en el bolsillo para sacarle una foto al número de teléfono de la inmobiliaria.

Entonces lo veo, en mi pantalla, reflejado en el escaparate.

Está al otro lado de la calle, tranquilo, con las manos en los bolsillos, la tela de su camisa blanca agitándose en el viento.

Vik.

El mundo entero se derrumba. Mi corazón se dispara.

Me giro, maldiciendo el autobús que me impide ver.

Cuento hasta siete. El autobús arranca.

Y… no hay nadie.

Bueno, hay muchas personas, pero ninguna de ellas es él.

Sin embargo, lo he visto. Estaba justo ahí, me miraba con aquella sonrisa suya, esa que parece que se está riendo de todos nosotros hacia sus adentros.

—Menuda cola. Te he cogido el de chocolate con leche. Espero que no quisieras el de chocolate negro.

—¿Qué? No. Este es perfecto. Gracias.

Me guiña el ojo, cojo el helado y nos alejamos juntos por la acera.

Apoyo la mano que me queda libre en mi vientre abultado.

—¿Todo bien? ¿Contracciones?

—No. Pero Sarah está inquieta hoy. No deja de dar pataditas.

John pone la mano encima de la mía y sonríe. Le salen hoyuelos.

—Es verdad. ¿Qué ocurre, señorita? ¿Estás impaciente por conocer a mami?

Vik está ahí en alguna parte. Nos está vigilando. Y sabe que tengo algo que él jamás tendrá: una parte de nosotros.

¿Manipulación?
No.
Primero de Venganza.

Agradecimientos

Querido lector/querida lectora:

Gracias por estar al otro lado de estas palabras.
Hasta la próxima aventura.

Isabella M.